



AÑO 8.º

NUM. 94.

LA
ESPAÑA MODERNA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONES

Director: JOSE LAZARO

OCTUBRE 1896

MADRID

IMP. DEL SUC. DE J. CRUZADO Á CARGO DE F. MARQUÉS

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

LOS SEÑORES DE HERMIDA

(CONCLUSIÓN)

IX

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONES

Las dolencias de don José se agravaron lentamente. El médico no ponía muy buena cara, y por más que no esperaba un próximo y rápido desenlace, hablaba de una afección cardíaca, y luego claro, «los años, los pícaros años...»

Una tarde, mientras doña Socorro descansaba, quedó Ana al cuidado de su padre, sentada cerca de la ventana que tenía las maderas medio plegadas, oponiéndose á que se colaran como Pedro por su casa en la triste alcoba, toda la alegría de afuera, que andaba esparcida por el aire, por la arboleda y por el mar. De todas estas galas de la Naturaleza, sólo tenía entrada en el cuarto una franja de luz, y ésta no en todo su esplendor, sino después de dejar parte de sus fulgores en la muselina de una cortinilla blanca. No se oía en la casa más ruido que las pisadas de *Tolete*, que subía ó bajaba la escalera. Estaba envuelta la vivienda en esa tranquilidad y sosiego de la aldea, en medio del cual se oye sin cesar un continuo rumor que viene de todos lados, la voz de los campos en el verano, que convida á soñar, oyendo confusamente roce de helitros, refunfuños de abeja, charlatanerías de hojas que chocan, canto de grillos y cigarras, y de mil animalejos que par-

lan, chillan, retozan y cantan que se las pelan, bañados en luz, saltando de hierba en hierba, volando de flor en flor, probando aquí el néctar de una corola, deslizándose allí entre el césped, y disfrutando al aire libre del amor ardiente bajo el amparo del sol.

Más de una hora hacía que el enfermo estaba amodorrado, respirando fatigosamente. Removiósese en el lecho al fin, y dijo:

—Es insoportable este calor... ¿Estás ahí, Ana?

—Aquí estoy, papá... La habitación está á media luz... Fuera hace un sol que abrasa.

—¡Pobres enfermos, hija...! ¿Y Socorro?

—Se ha tumbado un rato á descansar. ¿Necesitas algo?...

—Sí. Necesito que continuemos aquélla conversación... ¿No te acuerdas?—dijo don José, sentándose en la cama.—Colócame una almohada detrás de la espalda... ¡He pensado unas cosas, chiquilla! Hablaremos, hablaremos... Estos médicos no entienden una palabra, y se me figura que esto no lleva trazas de acabar... digo, de acabar sí... sí.....

Hizo una pausa el viejo, en tanto que su hija le arreglaba las ropas del lecho, y prosiguió:

—Me paso el tiempo con la cabeza llena de cosas tristes, niña.....

—Pues dentro de unos días estarás tan valiente como antes—interrumpió Ana vivamente.—Lo que debes hacer es no pensar tanto, tanto... Los hombres siempre imagináis lo peor.....

Calló Ana al notar que le temblaba la voz de la emoción. El ciego entonces se encaró con ella.

—¿Qué es eso Ana, lloras?... ¿Estás convencida de que me muero, eh?—dijo con exaltación.—Tú tiembles... No puedo verte llorar, pero lloras... A ver, pronto, háblame tranquila, serena... No me coge de sorpresa... Yo también lo creo.....

Haciendo un gran esfuerzo la muchacha, dió á su voz una entonación casi jovial.

—No digas tonterías... ¡Pues bien, me acordaba yo de llorar!...

—Ven, me habré equivocado; dame un beso—repuso con calma el anciano.

Y cuando tuvo á Ana al alcance de su mano, sin que ésta pudiera ya evitarlo, logró humedecer sus dedos con las lágrimas que habían dejado rastro en las mejillas de la joven.

—¿Ves? Querías engañarme. Has llorado. ¿Por qué? Bien lo sabes tú... ¡y yo también, chiquilla! A los viejos no hay quien nos la pegue... ¡Dios mío, Dios mío, todos convencidos, todos!...

Después de unos momentos de silencio, don José siguió hablando:

—Sí; las cosas alguna vez han de acabarse. Lo sé yo como el primero..... Lo que conviene ahora es pensar en ti y en Socorro, que sois las que quedáis. Tienes que armarte de valor, Anita... Siéntate, y óyeme, que ya es hora..... Tengo remordimientos, niña... A ti te parecerá mentira... Y es que no me conoces, no me conoces.

Oía Ana á su padre alhelada, sin atreverse á decir palabra.

—Algo me cansa el hablar, Anitilla; pero hay que hacer un esfuerzo... Tengo el deber de aconsejar, de remediar ciertas cosas, ¿oyes? ¿Te acuerdas que poco antes de venir á Rocamar, hemos hablado de asuntos muy serios?... Pues bien; no olvides que me sobran razones para insistir... Tengo el deber de velar por ti, que eres una niña, y mañana te quedarás sin padre... Por eso te he dado consejos que ahora te recuerdo de nuevo.....

Interrumpió el ciego su discurso para toser y carraspear; seguidamente extendió una mano huesuda y blanca hacia Ana, y prosiguió:

—Antes de venir me habló Numa de ti, muy formalmente, y ya sabes lo que él pretende... Si yo tuviera, Ana, la seguridad de vivir muchos años aún, no trataría de convencerte.... Pero las cosas empeoran... Sí; esto más huele á botica que á

jardín de flores... He prometido á Numa darle noticia de tu resolución, y óyeme bien, esta resolución quiero dársela cuanto antes... ¡sé yo que urge; hoy mismo, ahora, antes que sea ya tarde... y yo me muera con un tormento, un tormento horrible!—exclamó don José con todo el vigor que pudo.

Nada contestó Ana. En el hablar de su padre, comprendió que venía sobre ella una avalancha de amarguras, y quedó anonadada.

—Dime algo, niña... serénate. Quiero que sepas que tengo motivos poderosos para aconsejar ese enlace.....

Don José esperó unos instantes á ver si su hija hablaba, y luego, comprendiendo que le oía, y que nada oponía á sus ruegos por delicadeza y respeto, continuó aclarando sus ideas:

—Tú verás cómo más adelante me lo agradeces... Hoy te costará trabajo comprender el por qué contrarío tus sentimientos... pero la vida es así; hay que meditarlo todo... El primer impulso siempre es malo, si no viene á confirmarlo el razonamiento frío y sereno... Así como hoy quieres á *ese chico*, mañana amarás á Numa... Debo darte alguna explicación... No quiero que me creas un tirano, que manda y ordena por capricho. ¿Me oyes?... Hay motivos, hay causas que piden esa unión... ¿Me oyes?

—Sí, sí—balbuceó Ana.

—Bien; así me gustas... Valiente y serena... Déjame descansar un rato. No me siento mal, pero me canso.

Calló el enfermo. Ana dirigió la mirada á la luz de la ventana. En el jardín cantaban algunos pájaros. La joven oyó la voz de Nolo que también cantaba allá fuera.

*No pué ser hoy,
No pué ser hoy;
Y mañana
No me da la gana,
No me da la gana,
No señor.....*

Perdióse la voz á lo lejos como la de un pájaro que pasa, y Ana sonrió leve y tristemente acordándose de aquella alma de niño fresca y risueña.

Reanudó D. José su discurso, diciendo así:

—Entre las muchas cosas que tú ignoras, las hay que deben de seguir desconocidas para ti; pero otras hay que me veré obligado á revelarte, para que nunca creas que si yo me opongo á tus deseos, lo hago fundado en fútiles motivos. Ten valor para oirlo... El día que yo falte será terrible para vosotras... seréis muy pobres... Nada os queda, nada os dejo... ¡Dios mío, Dios mío, que dolor!

Sintió Ana dentro de sí una fuerza heroica que le dictó estas frases:

—La miseria... Bueno, no seremos las únicas. Pero tú no te morirás... No tengo miedo.

—¡Cállate, niña!... ¿Y tu madre? ¿Y mi conciencia?... ¿Por qué no evitarlo? ¿Quieres ver á tu madre vieja y pobre?... No, no hay remedio... Numa te quiere, es rico y bueno... te pido en el nombre de ella, de Socorro, que aceptes... Sí. Hoy escribiré yo á Numa... Quiero morir tranquilo; quiero que nadie sufra por mí... ¿Oyes? ¿Qué dices?—exclamó el ciego con extraña agitación, clavando en Ana sus ojos de estatua.

—¡Dios del cielo!—exclamó la muchacha sollozando—mamá y yo...

—No perdamos tiempo, contesta, obedece...

—Mamá y yo, viviríamos aquí, en la aldea, con nada...

—Esta casa es de Numa. Nada os queda. ¡Nada!... ¡Y yo me ahogo!...

—¡No, no!—gritó Ana temblando, ardiendo de amor.—Tú, aquí con nosotras... Tú, no te mueres...

Y sin saber lo que hacía saltó á la cama, y una bandada de besos filiales que palpitaban en su boca, salió volando á posarse en la frente del anciano. Allí, abrazada á él, hablando con lágrimas y llorando con la voz, vertió sobre su padre la esencia del alma, el cariño de hija. La ternura de Ana brotó

de sus labios, convertida en frases, en palabras incorrectas y cortadas; y lo que era inefable, lo más sutil y hondo que elabora el corazón humano, y que nada tiene que ver con el lenguaje, salió también en el efluvio de los ojos, en el color de las mejillas, en el ardor del aliento. Hablaron en voz baja, como dos niños escondidos.

—Haré lo que quieras, todo lo que quieras...

—Lo sabía, niña; tenía confianza...

—Pero no digas cosas tristes; no pienses en la muerte ¿me das palabra?...

—Ahora estoy tranquilo... De esta me pongo bueno, Anita... No sabes lo que temía morir así... sin dejar arreglado...

—Bien; ya está todo... Haz lo que quieras. Lo que siento es haberte disgustado... ¡Qué mala he sido!... Mira, yo tiemblo; no sé qué me pasa. ¡Qué loca estaba, qué loca!...

—Me has quitado de encima un peso enorme, niña... Hoy escribiré á Numa.

—Bueno. Ya ves; estoy tranquila...

Comenzaba á obscurecer, cuando doña Socorro entró en la alcoba á relevar á su hija. Al salir ésta del cuarto, oyó decir al enfermo.

—Dentro de un momento tenemos que escribir una carta, Socorro...

Salió Ana á la escalera para bajar al jardín. En aquel instante, parecióle sentir, que á través de su alma dolorida se filtraba suavemente una placidez consoladora... Desde el último tramo de la escalera oyó hablar, y se detuvo. La *Mandila* y *Tolete* cuchicheaban en el portalón, y el veterano á veces levantaba el gallo:

—¡Pa no hacer caso de mí, como si yo fuera una burra, más valía que me tiraran al agua atao por el piscuezo!... ¿Pa qué vale el sentío de la sesera, sino pa ver lo que está cantando de puro claro?... Yo ya di mi dictámene ¡crístole! y no quiero ya decir na... ¿Que así, que asao, que esto y lo otro? Bien; pues *Tolete*, con la lengua metía entre los dos carrillos,

y los dientes apretaos... ¡Boticarios, facultativos, melecinas (*Tolete* contaba por los dedos). ¡Por vida de!... ¡Le matan como hay Dios en los cielos!... Y cada vez que lo pienso, siento que me andan los humos del cuerpo de aquí pa allá, y en final... que entre ese matasanos y tanta cama, lo llevan al barrio de los calvos, ¡crístole! ¡Y al burro de *Tolete* no lo cree nadie!...

Y decía la *Mandila* en voz baja:

—¿Pero quién te ha de creer y oír esos rebuznos, manguanazo?... A ver si hablas con más rispato de D. Laureano y de toos... ¿Quién eres tú más que un probe calzonazos, que no...

—¡Calzonazos no!... Y no me metas las narices por la cara, ni acerques el morro pa razonar, ¡recrístole! porque un día disgraciado, te como hasta las asaduras... ¡A buena parte!... ¿No me oyes decir que estoy que ardo?... Pus calla, rispeta y no tientes...

—Chist, abaja el gallo, maldecido...

—Digo con la voz que me da la gana, que aquí no hay competencia, como decía un capitán que tuve...

—¿Qué quiés decir?...

—¿Ves cómo tienes la mollera desocupada?... Pos quier decir, pa que lo sepas, que D. Laureano tien lo que no debía tener, y no tien... Vamos á ver si se te alcanza... Hazte la figuración de dos lanchas, una cargada de bonitos, y otra de cenicia y sabiduría... ¡Pos D. Laureano va en la primera! ¿ta explicao? ¡Ahí duele!

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

X.

Dejando á *Tolete* y la *Mandila* enzarzados en el diálogo anterior, *Ana* salió al jardín, y sin darse cuenta de lo que ha-

cía, buscó un sitio frondoso, oscuro, donde había un banco cobijado por unas matas de hoja muy tupida. La ventana del cuarto de D. José, completamente iluminada por la luz interior, estaba allí frontera, como un ojo de fuego.

Estando á solas, notó que las frases de su padre le habían penetrado en el corazón á sangre y fuego, arrasando todo *lo suyo*, haciendo añicos el ídolo de su alma sin compasión. Vióse á sí misma, como un depósito de ruinas; todo abajo, todo deruido. Tenía dentro una soledad horripilante, no había donde posar una mirada tranquila. Hacía pocos días, aún tenía en sí un oasis de color de rosa. En aquel mismo banco había visto ella cuadros distintos, de matices alegres. Ahora parecía que la claridad de antes no volvería á lucir: era aquello un ocaso horrible: la despedida de un sol que no volvería jamás... Cerca de ella estaba el caño del agua, medio seco en aquellos días, arrojando en la alberca el agua gota á gota. Todo lo que veían sus ojos, envuelto en las negruras de la noche casi cerrada, habíale inspirado otros días pensamientos halagüenos, ideas dulces; y ahora... todo, todo, árboles y brisas, despedían sobre ella efluvios tristes. Nada había allí que le sugiriera algo animoso y consolador... ¡Qué cosas había aprendido Ana por boca de su padre, á quien tanto respetaba y quería, pese á sus mandatos dolorosos para ella!... Era necesario obedecer, obedecer siempre. Las flores y los pájaros obedecen á Dios; ella á su padre... ¡Qué días la esperaban!... Había dado palabra de olvidar á Raimundo, de querer á Numa, y esto... parecía una cosa mala, á pesar de mandarlo su padre... Pero era necesario; las razones eran evidentes, tremendas... La miseria de su madre, la vejez sin pan... No había otro camino... Y sin embargo, no podía menos de repetir mentalmente: «Es una infamia». Y pese á los reproches que se hacía á sí misma, y á despecho de todos los consejos paternales, tenía dentro de sí un diablillo nervioso, insubordinado, salvaje, descarado, que se oponía á todo, que osaba decirle sin cesar desde un rincón del cerebro: «Eso es malo...» ¿Tendría ella dentro un es-

píritu pecador? ¿Sería aquélla la voz del diablo? ¿Sería el espíritu malo, aquel de que hablaban los curas, que siempre está incitando las almas á la perversidad y al pecado? Recordaba Ana que ella en su niñez, cuando en la calle aprendía á decir palabras feas, las repetía constantemente á su pesar, sin poder reprimirse, y acordábase también de un día que sin poder ahuyentar de la cabeza esta frase: «Muera Dios y viva el diablo», entróle un miedo espeluznante, y corrió desolada al regazo de su madre á contarle tan horrible blasfemia. «Reza, reza, Anita,» le dijo entonces doña Socorro riéndose; «eso pasará rezando ó jugando.» ¿Sería lo de ahora algo semejante? ¿Por qué aquella voz no acataba la orden superior? Todo era un misterio, todo era inexplicable. Quedó como helada de pronto. El pensamiento de Ana, cansado de revolotear, chocando siempre contra paredes duras y frías, descendió fatigado, alicaído, á las cosas vulgares, y ya sin rumbo, desorientado, como una golondrina perseguida, evocó mil tonterías y futesas, con un relieve insuperable. Sacó á luz con todos sus dibujos y colores escenas del colegio, en las horas que ella jugaba con las chiquillas bailando en corro, y cantando la historia del pajarillo muerto. Vió claramente á un hombrón de boína azul, que hablaba siempre con su criada, y que una vez le dijo á ella: «Cuando tengas diez años más, ya no seremos amigos, Anita.» Un día en la escuela la besó en la boca un señorón de ojos sanguinolentos, y Ana al sentir la humedad de aquellos labios, se echó á llorar, limpiándose la boca. «Es muy arisca esta chiquilla,» decía la maestra riéndola. Acordóse del dibujo de una alfombra de la sala donde se sentaba á oír los cuentos del aya, y de un enorme reloj de pared, cuyo ruido le infundía gran miedo si se quedaba sola en la habitación... Recordó las primeras palabras cruzadas con Raimundo, luego quiso recordar su rostro, y sólo vagamente lo conseguía... Volviendo á pensar en su amor ahogado, lloró en el jardín, cada vez más sombrío... El agua seguía cayendo gota á gota del caño, las cigarras cantaban alegres, y entre aquel cuadro negro de ár-

boles sombríos, la ventana del cuarto del enfermo alumbraba cada vez más, y seguía allí mirando, mirando... El aire del mar había refrescado el jardín. Ana, de pronto, sintió un vacío en la cabeza, como si se le acabaran las ideas; sintió frío luego, y amedrentada y nerviosa, al verse sola, iba á llamar, cuando oyó pasos en la arena que se dirigían hacia ella. Era Nolo, que venía hablando solo.

—Si yo mandara en too, habían de icir que siempre tenía razón... pero como no soy ná, ahí está... ¡Qué oscuriá!.. ¡Enseguida va á estar aquí la señorita... y toos emperraos en que sí!...

—Aquí estoy, Nolillo...

—¡Diosla!... No se ve gota... Ande, que la llaman arriba...

—Voy... Dame la mano... ¿Qué has hecho esta tarde que no te has dejado ver?—dijo Ana con voz débil.

—Lo de siempre. Achicando la lancha del morral de Bastián... Dimpués salí á las varas pa hacer estrobos... y enseguida me dió dos patás *Tolete*, por llegar tarde...

—¿Te han mandado buscarme?

—Ni más ni menos... Too lo manda *Tolete*... ¡Como tien mal genio!...

Ambos se dirigieron á la puerta de la casa. *Nolo* charlaba por los codos acerca de los pescozones de *Tolete*; Ana iba callada, oyendo á medias la cháchara del granuja.

Dormía la joven en el segundo piso de la casa. Subió la escalera apoyándose en el pasamano, porque sentía á veces gran debilidad que la hacía creer que no tenía cuerpo, y que sólo la cabeza andaba por el aire. Al llegar al pasillo del primer piso, que estaba oscuro, vió allá en un rincón una claridad débil que aumentaba gradualmente. No se dió de pronto cuenta de lo que era, hasta que vió iluminada la nariz y el bigote de *Tolete*, que chupaba en su pipa. La visión sumióse pronto en la sombra. Desde que don José estaba en la cama, el veterano no se separaba de la casa. De día, con las manos atrás, discurría silenciosamente por los pasillos y galerías, bajaba al jardín; subía,

todo sin hablar palabra; de noche sentábase en un banco del pasillo, cerca del cuarto del enfermo, y allí, entre tinieblas, como un alma en pena, fumaba, sin que se notara su presencia más que por el ruido del eslabón ó por el resplandor del fuego de la pipa. Lo mismo era ver al médico, en el cual no creía, decíale rudamente:

—¿Escampa ó no escampa?

—Veremos, veremos...

—Na hay que ver, ¡Crístole!... El jueves ó el viernes ha de estar sano como un coral ó...

Y creyendo de que el médico estaba matando á don José, estaba convencido sin embargo de que el jueves saldría con él á dar un paseo... Con estas ideas volvía á sus tinieblas.

Pasó Ana, como decíamos, por delante del marino, entró en el cuarto de su padre á dar las buenas noches, y al retirarse dijo á doña Socorro:

—Me voy á la cama... No tengo ganas de cenar...

Entró en su dormitorio alumbrado por la luna, y se asomó al balcón que estaba abierto. Vió á lo lejos algunas casuchas del pueblo. Contempló las nubes del cielo, la ardencia del mar, y después de un rato, molestada por una gran excitación, se sintió mal, comenzó á mezclar el paisaje de la noche con las ideas del cerebro, formando un amasijo extraño, una mezcla de cosas materiales y del espíritu. Parecíale que en el aire estaban flotando sus penas, que los girones de aquellas nubes eran cosas tristes de su imaginación; que el mar era un enemigo perturbador, horrible, y que ella flotaba también solitaria por el espacio, viendo sombrajos, campanarios, estrellas, tejados, arboledas enormes cubiertas de negruras... Sintió un escalofrío que la hizo dar diente con diente... ¡Qué horror!— exclamó Ana. Y como empujada por un miedo espantoso, cerró de golpe el balcón, y se tumbó en la cama vestida. Tuvo mucho frío, y quedó medio aletargada. En medio de tal congoja, acordóse de escribir á Raimundo, «para terminar.» Pero no pudo. Además, ¿para qué?

Y estando Ana entregada á tal baturrillo de pensamientos febriles, oyó golpear en la puerta suavemente. Acordóse de que había ordenado subir á *Nolo* para darle la carta, y dijo:

—Pasa...

—Ya estoy aquí... Venga el papel.

—Enciende luz, *Nolo*... Me siento muy mal. Avisa...

Después de revolver en el cajón de la mesa de noche, encendió *Nolillo* una vela, y vió á la señorita en el lecho. Tenía la cara sonrosada, los ojos brillantes.

—¡Diosla! ¿Ice la señorita que está mala? ¡Si está encarná, y los enfermos son blancos!... ¡Como no los haiga de toos colores!...

Dejó la vela en la mesa; bajó *Nolo* á llamar á la señora; pero al abrir la puerta del cuarto de don José, detúvole *Tolete*, diciendo:

—¿Adónde vas, sinvergüenza y cochino?... Atrás, que aquí no entra naide sin que yo quiera. ¿Tas figurao acaso que estás en el arenal? ¡Crístole!... Estoy hasta la coronilla de ver entrar aquí pazgüatos y faldas, y entavia voy á hacer un picadillo de ti y too el que se presente...

Hervía *Tolete* de indignación. Cavila que cavila en sus soledades, había llegado á convencerse de que allí sobraba todo el mundo menos él y la señora. Lo que le traía á mal traer, era la presencia de una criada gorda que los señores habían traído de Nuvarada. Cada vez que se tropezaban, *Tolete* mascullaba algún dicho.

—¡La pandorga esa de la ciudá!...

XI.

Todos en la casa andaban de puntillas. *Tolete* vagaba por los rincones mareado, como si tuviera en la cabeza todo el

oleaje del Cantábrico. La *Mandila* y doña Socorro iban y venían de un lado á otro, atortoladas, y *Nolo* en el patio, se entretenía en ver navegar en la alberca barcos de papel. Ana, presa de una fiebre nerviosa cuya intensidad habia alarmado al médico, permanecía en la cama delirando á ratos.

No tenía tiempo doña Socorro para fijarse en sus dolores. Nerviosa y agitada, extrayendo fuerzas, por arte del amor, de las debilidades de su organismo, atendía á los enfermos sin darse punto de reposo. Tenía dentro de sí un mar de lágrimas estancado.

Llamóla aparte una mañana el médico. Se encontraron frente á frente, sin cruzar palabra unos momentos. Al ver el rostro meditabundo de don Laureano, comprendió ella que estaba puliendo, limando un pensamiento cruel, para presentársela con delicadeza sin herirla brutalmente... Habló ella primero.

—Lo adivino todo... Sólo nos queda la confianza en Dios, ¿no es eso?

—Así es, así es, por desgracia... La noche de ayer, le hizo perder mucho terreno...

Cada vez que doña Socorro se acercaba al lecho del ciego, éste hablaba muy trabajosamente de Ana, de Numa. ¿Habría recibido éste la carta? ¿Cuándo contestaría? Era un gran muchacho. Tal vez vendría él mismo á Rocamar de un día á otro.

Don José ya no padecía el terror á la muerte. Fuera de la gran presión en el pecho y de los dolores que le mortificaban, todo lo veía de color de rosa. Pensaba en sanar, en levantarse, y en ir á comer una langosta en compañía de *Tolete*. Otras veces no pensaba en nada. La muerte le tenía lástima, y antes de darle el zarpazo, se complacía en animar á su víctima, despertándole las viejas ilusiones y la creencia en unas fuerzas soñadas.

Habló don Laureano de preparar al enfermo para el trance final, y doña Socorro después de inventar mil circunloquios, de imaginar caminos y veredas que pudieran conducirla á co-

municar á don José deseo tan triste, se decidió al fin. No se negó el magistrado á recibir el Viático, pero no creyó oportuna la ocasión. Más adelante. No estaba tan mal como se figuraban. Y no hubo medio de convencerle.

Al día siguiente halló doña Socorro á su esposo, lívido, tan alejado de la vida, que se estremeció de espanto. La muerte estaba allí, muy cerca. Aquel rostro tenía ya el sello de lo que no vuelve á animarse.

—Ahora sí, ahora sí, Socorro; *la* veo cerca, viene.—Y siguió hablando solo, mientras su esposa salió á ordenar que viniera el cura. Cuando la vió otra vez á su lado:

—No te apures, siempre está El donde estás tú... Acércate. Creo, creo en Dios y en el dolor de tu martirio... Recomiéndame á El tú... y eso basta. Creo en el amor de tu pecho, y en tu bondad Socorro, y al saber El que voy de parte tuya, tal vez 'se apiade... Pronto será; pronto... Quiero tu perdón, tu perdón me basta... Sólo Dios y tú podéis perdonarme... Sólo tus súplicas podrán ablandarlo... Sólo las oraciones de tu alma tendrán fuerza para subir tan alto.. Perdóname tú, víctima mía...

Hubo un silencio. El drama refugióse en la soledad de las almas. Los dos viejos sollozaron abrazados. El mar también decía sus cosas bufando allá fuera.

—No, no; tú no me dejarás tan pronto, Pepe!—dijo doña Socorro en el paroxismo del dolor.

—Sí; no es pronto... Ahora veo claro!—exclamó el ciego haciendo un esfuerzo supremo.—Veo bien tu aflicción de toda una vida... Has sufrido tanto por mi causa!... Ya que tanto has amado las miserias de tu Pepe, Socorro mía, sálvame ahora, perdonándome...

La anciana entonces, serena, como investida de un sacerdocio sublime, levantó la frente arrugada que destellaba amor; acarició con manos temblorosas la cabeza de su compañero empañada ya por las nieblas de lo eterno, y después de enjugarse los ojos con el pañuelo, siempre húmedo, dijo así:

—Ten valor, Pepe... No nos separaremos tal vez... Mi perdón nada vale, siempre le has tenido, como yo el tuyo... Confía en el cielo...

—Creo en él... tiene que haber un sitio para ti, para tus bondades... y es el cielo... ¿Y Ana?

No habló más. Se acrecentó la agonía. Seguida del médico, entró en el cuarto la servidumbre de la casa. Doña Socorro en pie, con los ojos fijos, como vidriados, miraba sin ver la puntilla de una almohada en que descansaba la cabeza del moribundo. Oscurecía. Mientras el médico observaba á don José, la *Mandila* pugnó por sacar de la habitación á doña Socorro; pero fué en vano. Allí estuvo, fuerte como alma templada en el sufrir. Sintió la frialdad que iba poco á poco robando la vida del viejo, y le oyó respirar levemente por última vez.

Cuando llegó el señor cura, era ya tarde. Doña Socorro salió de la alcoba apoyada en los brazos robustos de la *Mandila*. Momentos después, una criada abrió de par en par la ventana del cuarto. Por ella se colaron de rondón todas las delicias del campo y del ambiente. Las brisas del mar también entraron; ya no molestaban.

Veló el cadáver el fiel *Tolete*. Envuelto en una vieja manta, sentado en un rincón, pasó la noche con la blanca cabeza descubierta inclinada hacia la tierra; y debajo del pelo canoso no dejaron de rebullirle muy hondas cavilaciones. Allí á solas, á la vera del *amo*, que ya no charlaría con él nunca, más de cuatro lágrimas de las pocas que habían vertido sus ojos, bajaron lentamente á escabullirse entre las púas, ya muy viejas, del bigote. La muerte de don José dejó á *Tolete* tan apesadumbrado y afligido, que en más de un mes no cesó de repetir á solas esta frase: ¡No somos na, crístole!

Al lado del cadáver no se atrevió á fumar en toda la noche; á eso de las tres y media de la mañana vino *Nolo* á hacerle compañía. Ya la aurora apuntaba, esfumando su resplandor rosado en la obscuridad del cielo. La brisa del amanecer estremecía levemente las copas de los árboles, anunciando á los pá-

jaros dormidos que era ya hora de estar despavilados, y de salir cantando á saludar al sol, que no tardaría en aparecer espléndido y amoroso, dispuesto á secarles las alas, húmedas aún por el rocío de la noche. Del lado del mar oíase el bramido ensordecedor del Cantábrico, como voz ronca 'expelida por un pulmón inmenso, que exhalase sobre la tierra una espantosa amenaza sin palabras. En esas horas del alba, cuando en la tierra todo es dulzura y misterio, daba miedo pensar en aquel monstruoso gigante que rugía intranquilo allí cerca, como si estuviera mal á gusto en su lecho, y pretendiera con indomable rebeldía lanzarse sobre la tierra, agitando mil lenguas maldicientes y mil brazos destructores.....

Tolete en cuanto vislumbró la claridad del día, abrió la ventana, sin temor al fresco del amanecer, para que saliera el tufo de los cirios que ardían al lado del cadáver. *Nolo*, aterrado, sin pestañear, ni atreverse á respirar apenas, contemplaba los restos de don José, á respetable distancia.

—¿Cuándo le entierra el cura?—se aventuró á preguntar tímidamente.

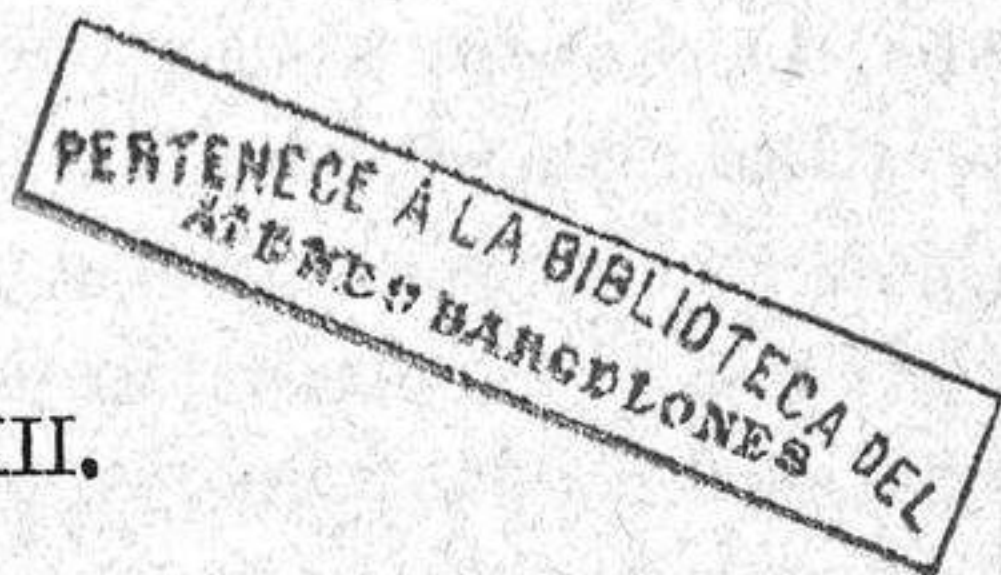
Y *Tolete*, que acodado en la ventana, miraba las sombras del jardín, volvió la cabeza vivamente hacia el pillete, y dijo con bronquedad:

—¡Lo que está ahí na vale..... don José too está allá arriba... y chitón!

No tardó doña Socorro en venir al lado su esposo muerto. Rezó más de una hora, y meditó en silencio. En aquel mismo cuarto con vista al jardín, habían pasado sus días de noviazgo, su luna de miel. Las plantas sombrías, obscuras, las enredaderas de hoja menuda, la parra trepadora que escalaba la pared, habían presenciado sus horas de amor y de deliquios; y allí fuera estaban todavía año tras año arrojando las hojas y esperando primaveras... Doña Socorro, abismada en sus melancolías, salió á la ventana, respiró el aire libre, y luego separando un poco la vista de las cosas de adentro, miró al cielo aún algo obscuro, y sembrado de estrellas pálidas: nunca le

pareció tan grande, tan inmenso, tan protector; y con la energía que suelen dar las grandes penas tuvo fuerzas para rezar al cielo con oraciones suyas que le brotaban límpidas del fondo de su espíritu.

—¡Dios mío, Dios mío guárdale, guárdale en tu seno y has de amar su alma... la pobre!.....



XII.

—Cuidado, cuidado que Ana no oiga las pisadas...—dijo doña Socorro.

Con una fortaleza increíble dirigió la operación de bajar el ataúd á la hora del entierro. Cuatro mocetones que iban descalzos, para evitar el ruido que pudiera oír Ana, posaron la caja en un banco de piedra del jardín. Dos curas esperaban en la carretera, y dada la señal de marcha, los marineros volvieron á cargar con el cadáver. El entierro, á poca distancia de la casa, dejó el camino real, y tomó una vereda no muy ancha que conducía al cementerio, que se distinguía á lo lejos por un ciprés elevadísimo, que asomaba por encima de una tapia. Doña Socorro, en tanto, apagó los cirios de la habitación de su esposo, quitándoles el pábilo con un paño mojado. Había hojas de laurel esparcidas por el suelo. Acercóse á la ventana, y pudo ver el último viaje de su pobre ciego. Iba el entierro por la tortuosa vereda como una culebra abigarrada, que se escurría por entre sebes y prados. Resignada y serena, comprendió lo que era la vejez solitaria. Ya sobraba ella aquí; poco á poco todos los suyos habían llevado aquel camino, hacia el ciprés gigante. Todo quedaba atrás. Sólo ella se mantenía

en pie, entre cenizas, paseando la corona plateada de sus canas, y el corazón ajado al calor de tantos amores..... La culebra seguía deslizándose. El viejo se alejaba.

—¡Todo acabó, todo acabó, Dios mío!... Pero ahora empezará esa niña.....

Recordando á su hija, que seguía aletargada por la fiebre, sin darse cuenta del despertar que la aguardaba, acudió á su alcoba. La *Mandila* estaba á la puerta.

—¿Está tranquila?

—¡A veces habla la probe!....

—Ana estuvo cuatro días más en la cama. Al fin volvió la salud á su cuerpo. Parecíale entrar en una vida nueva; las fuerzas que llegaban debían de ser otras, más dulces y alegres que las de antes, porque ahora todo lo veía agradable y sonriente, y la nueva vida traía consigo goces infantiles. Más que convaleciente, Ana parecía una recién nacida... de diecisiete años. Hablaba de levantarse para ver á su padre, y ni siquiera notaba en el amargo semblante de doña Socorro, el reflejo de una pena inmensa.

Cuando llegó á levantarse, prohibiéronla salir del aposento en unos días: y entónces presentóse *Nolo* en la escena, porque nada había como él para distraer á la señorita; y jugaban juntos con cartas de baraja, levantaban palacios con fichas de dominó, y tan pronto riñendo y correteando con *Nolo*, como sentada en un sillón contándole cuentos, Ana, en aquellos días apacibles, realizó un viaje á la niñez pasada..... Ni una palabra se le escapó á *Nolo* acerca de la gran desgracia. Doña Socorro temblaba al pensar en el efecto que la noticia produciría en su hija, que hablaba de don José como si estuviera sano y bueno.....

Una mañana muy temprano, sintiéndose fuerte y ágil, decidióse la muchacha á sorprender al ciego, presentándose en su habitación sin que nadie lo sospechara, y aprovechando un instante en que la dejaron sola, salió del cuarto despacito, casi aleteando, bajó la escalera la muy pícara, y entró sin ser vista

en el dormitorio de su padre. Todo estaba en orden. La cama vacía, la ventana abierta.

—Se ha levantado, y nada me han dicho...—dijo alegremente.

Vió en el suelo muchas gotas de cera; pero nada entendió de lo que le decían..... Oyó allá arriba la voz de *Nolo*, que gritaba:

—¡La señorita no está aquí!

Fué á salir Ana, y en la puerta vió á su madre más blanca que la nieve. Los ojos alegres miraron fijamente á los tristes; éstos hablaron, y aquéllos leyeron de corrido la dolorosa historia. Ana sintió un dolor como si le aplicaran un hierro enrojado en una llaga ya cerrada, y cayó en los brazos de su madre.....

*
* *

Seguían en Rocamar los días de sol, como la bendición de Dios sobre el mar y la tierra. Los marineros no reposaban, porque la pesca era abundante y había que aprovecharse. Diez ó doce lanchas salían diariamente al bonito, y Ana entreteníase desde el balcón en verlas alejarse ó llegar, con las velas hinchadas por el viento fresco.....

Tolete entregó un día á doña Socorro una carta. Impaciente y nerviosa miró el sobre, dirigido á ella; abrióla. Era de Numa. La leyó, y al principio no pudo dominar un movimiento de indignación; después quedó tranquila. En nada contestaba la carta á la de don José. Palabras frías, corrientes, de pésame, «resignación cristiana para soportar tan irreparable pérdida, etc.» De *aquello* nada; ni un vislumbre.

—Tal vez sea mejor así...—dijo tristemente doña Socorro.
—¡Qué diría Pepe si leyera esto!....

Buscó á Ana y le entregó la carta.

—Me lo decía el corazón—dijo.—No me importa... Dios mío, pero ¿y tú?....

—Déjame á mí, niña... Dios lo prevé todo.

—¿Sabes tú lo que somos?—preguntó Ana sollozando.

—Somos muy pobres..... Lo sé.

—Vivimos en casa de Numa..... Esto ya no es nuestro.....

—Mañana mismo le dejaremos lo suyo, niña. Dame un beso y pide á Dios esperanzas....

.
.

Los caballos de un coche que estaba parado á la puerta de la quinta, pateaban impacientes el polvo de la carretera.

—Un abrazo, *Mandila*—dijo Ana sonriendo.

Y se abandonó en los brazos rudos de la marinera, que no sabía más que apretar con fuerza, y decir llorando:

—Angelín de Dios, angelín.....

A *Tolete* no hubo modo de verle la cara. Andaba dando traspiés alrededor del coche, tosiendo y soltando resoplidos, como un perro acatarrado.

Ana le tocó en el hombro para decirle adiós, y entonces habló así sin mirarla:

—¿Y hasta cuándo?....

—Hasta siempre, *Tolete*... Ya no volveremos.....

—¡Crístole!... Eso no debía de icirse siquiera en groma.....
Haiga salú, señoritas.

Vió Ana una tristeza tan honda en los ojos del viejo lobo del Cantábrico, que se apartó de él acongojada..... ¡Pobre *Tolete*!

Cuando iban á subir al coche, llegó *Nolo* sudoroso y jadeante, dando gritos.

—¡Toavía no, diosla!.... ¡No arrear!

Traía una cestita llena de mariscos para Ana, que le besó cien veces.

—¡Adiós, adiós!

Comenzó á correr el coche. La casa de Rocamar, mora-

da solitaria de los recuerdos viejos, no tardó en desaparecer ante los ojos de doña Socorro, como una cosa viva que se muere, como unos restos más que había que enterrar también. Y al recordar quién sería en adelante el poseedor de aquellas reliquias de su vida, que estaban en toda la vivienda, en las grietas de las paredes, en las cortezas de los árboles, en el papel de las habitaciones, en los nudos del entarimado, lloró silenciosa, más que con los ojos, con todo el rostro, como lloran los ancianos..... Miró al mar, que aún se veía, y dijo á Ana: —Ya estamos solas, niña, ya estamos solas!....

JUAN OCHOA.

FIN.

EL MATRIMONIO EN LA CLASE MEDIA

La clase media en general.—Flujos y reflujos.—Disfraces y mentiras.—Cómo se vive.—Camino del matrimonio.—El noviazgo.—Los ricos, los pobres, los mesócratas.—Preparando la desdicha.—La vida material.—Intimidad del matrimonio.—Luna de miel.—El dinero.—Lo que piensan los cónyuges.—Diferencias íntimas.—Predominio de *uno*.—Males de la prosperidad.—La miseria.—Cómo se acaba.—... y ustedes perdonen...

LA riqueza y la pobreza: he aquí dos cosas perfectamente definidas. Certifican de aquélla desde la cédula de primera clase hasta la finca en el registro; saca ésta su patente, tanto de la miseria en que se vive como de la desenfadada confesión de esa miseria. ¡Soy rico! dice uno; y enseña sus «papeles» representación de su dinero. ¡Soy pobre! grita otro, é informa este quejido con la presentación de sus harapos.

¡Pero la clase media! La mesocracia actual no tiene vallas ni linderos; masa que se confunde con la sociedad entera, esfuma y borra sus contornos al amalgamarse por un lado con los grandes que emula y por el otro con los miserables que odia.

No hay nada tan difícil en la vida moderna como la justa designación y delimitación de clases; tarea que llega á ser casi imposible si se refiere uno á esta porción social de que hablo ahora.

Mientras se prepara el día en que la sociedad sea única; aquel en que no haya sino una sola sociedad, amplia y solidaria, comunicativa entre sí y buena para todos, esclavizada á la

influencia colectiva que dará al individuo libertad de que no gozara nunca, parece que las gentes, no teniendo bastante con la aristocracia, mesocracia y proletariado, grandes grupos en que hasta aquí vivimos, busca é inventa divisiones y subdivisiones, añadiendo á las clases pseudo clases, con sutilezas que no significan, en verdad, sino descensos que no quieren confesarse ó ascensos que no quieren concederse.

Y ahí va la prueba de esto. Por la vanidad, por el orgullo hemos tenido mucho tiempo á mucha gente sin lugar fijo en el anfiteatro social.—«Este es mi puesto.—No, ese de más abajo.—Ese es su sitio.—No, que es el de más arriba.» Y tal ha sido el ir y venir, el mover y remover, el subir y bajar de castas y de gentes, que ha quedado todo como en el arco iris los colores, sin que se sepa dónde comienza y dónde acaba uno; ó como en esas playas llenas de accidentes, en que por aquí entra el agua haciendo una ensenada y por el otro lado entra la tierra produciendo un cabo.

Como sitio apropiado para la expansión de estas luchas la clase media se aparece. Ella, que todo lo rechaza y que todo lo encierra, ha tenido que admitir al burgués, al menestral con suerte, al linajudo sin fortuna, al que despacha aceite pero se viste de americana los domingos, al que trabaja en el taller, pero se ufana de sus manos limpias y de su traje nuevo; á todos esos que tuvieran lo que tuvieran, atesoraran lo que atesoraran, no pasaban de ser, en otros tiempos, sino el tendero de la esquina ó el trabajador de enfrente.

«La verdadera clase media,» aquella que se componía del abogado, del médico, del comerciante, de ciertos empleados, no está hoy sola, ni unida; en círculos variables é infinitos de situaciones y de relaciones, va de aquí para allá en trato con todos, codeándose con chicos y con grandes, nerviosa y descontenta, sin verdadero nombre propio y sin asiento fijo en esta sociedad que se arruina y cuya autora y víctima es la propia mesocracia.

*
* *

Es muy difícil, muy difícil, traer unos elementos, quitar otros, separar, escoger; y para realizar cualquier estudio quedarse con lo que realmente pueda ser la clase media. Hay tantas cosas á ella parecidas que por el cedazo con que la cerniéramos pasarían otras muchas de la misma dimensión, de igual tamaño y de idéntico peso.

—Pero en fin—me diréis—puesto que hoy es el dinero el que lo marca y lo regula todo, prescindid del oficio, del «linaje»—ya sabéis que mucha clase media presume de «abolengo»—de la educación, de las costumbres y clasificad por el dinero; á cada cual por lo que tenga; no se procede en la vida de otra suerte. ¿Clase media? Pues decid que pertenece á ella quien con algo que se llame carrera, empleo, comercio, industria, tenga para vivir sin estrechez y sin dispendios en una holguera razonable.

—¡Difícil es también!

La apariencia del rico casi siempre es verdad; la apariencia del pobre no engaña á nadie, desde luego; no hay nada en cambio tan favorable á la mentira como cualquier aspecto por donde se deje ver la clase media.

Un desequilibrio sin medida suele presidir para el arreglo de los hogares de la mesocracia. Como en el cuerpo donde un órgano sólo se ejercita para producirnos, por ejemplo, un cargador con más fuerza que un toro, pero deforme, patizambo y estevado, la familia mesócrata acude á una cualquiera de sus necesidades, en primer término y á costa de la satisfacción de las demás.

Aquí se prefiere el lujo de la casa; allí el de la mesa; allá el del traje. Todos los individuos de esa familia que viste sedas y que ocupa su palco en los estrenos y en las noches de moda, tiene en el estómago el desmayo y en la sangre la anemia; y por ropa interior cualesquier trapos y por decorado del hogar pobrísimo, sin huecos á la calle y sin luces higiénicas, algunos muebles viejos y algunas camas miserables.

Tal otra, la del lema, «estamos por lo positivo,» no tendrá

en cuenta que el último figurín no está servido ni la vanidad colmada, pero en la casa desconocida del buen gusto y extraña á los adornos no faltarán el butacón cómodo y viejo, ni á la hora de la mesa la carne abundante que sostenga y el buen vino que entone.

Generalmente—bien triste es confesarlo—regladas las necesidades por este orden, ropa, casa y comida—el exterior, el interior visible y la intimidad que nadie nota—todo anda invertido en esta pobre clase que tiene tan pobre economía doméstica.

Un frac, una levita, un par de botas de charol, puestos en homenaje al qué dirán y al qué verán de los extraños, quién sabe en cuánto grado tendrán culpa de la anemia del chico, de la flacura de la madre que cuelga otro á su pecho y del color de tierra de los pimpollos de quince años, graciosos y lindos, que prisioneros en sus corsés celestes, en sus trajes lujosos y en su miseria fisiológica, faltos de alientos y de vida, ven brotar con dolores, con escaseces que dan lástima y con palideces de la sangre que dan pena, las flores de la pubertad; fuentes allá en el campo para la niña sana criada al aire libre, de inocentes vanidades y de legítimos orgullos y materia para que los cuerpos esbeltos adquirieran redondez y el rostro viveza de colores y el organismo todo sanguinidad y fuerza.



Sígase en este estudio, y en todas partes se tocarán dificultades para arrancar á esa clase media la máscara con que se viste y la sonrisa con que se disfraza.

Tiene esta pobre clase para el servicio y en castigo de la vanidad, que bien podría ser su divisa, la imposición á toda hora, en todos los momentos, en todos los instantes, de un feroz disimulo.

Disimulo para la miseria; disimulo para los defectos; disimulo para los disgustos de la casa; disimulo para las contrariedades de la calle; disimulo en la conversación y en el vestido; disimulo cuando se tiene educación y cuando quiere fingirse que se tiene; disimulo para que aparezca como cuerpo fuerte, con personalidad y con carácter propios, lo que no es sino materia híbrida, mezcolanza de todos con todos. Allá donde veáis uno que se llame representante de la clase media, decid con más razón que de ninguna clase y con esperanzas de acierto casi siempre, que allí hay un «disimulado» y un fingidor y hasta puede ser que un embustero.

¡Tristes, desconsoladas imposiciones de la realidad son estas! Pero ignorado el pobre, metido en su rincón, sus «cosas» no aparecen sino cuando el *eclat* de un drama ó de un escándalo súbelo á la gacetilla con la relación del juicio oral ó de la detención de algunas horas por una reyerta en medio de la calle; asegurado el rico, puede permitirse el vicio en sus manifestaciones todas, porque la embriaguez, el juego, el adulterio, píllanle en el balance ganancioso, con la finca de buenos rendimientos, con el cupón cortado.

En todo, hasta en eso, sufre la mordaza social la clase media. Tras de una borrachera, después de un alboroto, el marqués de tal cosa ó Perico el obrero pueden ir sin cuidado al casino ó al taller. ¿Pero cómo admitir en la consulta para el enfermo, ni para informar en el foro, ni para trabajar en la casa de banca á don Juan Pérez, borracho, ni á D. Antonio, jugador?

El adulterio de la gran señora es disculpable, porque la infeliz se aburre en casa; el de la menestrala también, porque anda siempre sola por las calles; pero el de la señora de González, ¿cómo? ¿Cómo, cuando para consumir su delito habrá tenido que perder una hora en que pudiera repasar los calcetines, y llevar sobre todo, por falta de espacio en su morada, al propio amante sobre la propia cama conyugal y á la vista del niño que sonríe en la cuna?

Todo esto se hace sin embargo. Gonzalez bebe, López juega, la señora de Pérez engaña á su marido... Pero sobre todo se extiende la más horrible hipocresía, y el silencio se impone, y el rumor se acalla, y mientras sabe todo el mundo el escándalo último de la nobleza y el último suceso de una taberna de los barrios bajos, donde dos menestrales han jugado á las cartas sus mujeres, el abogado, el empleado, el escritor, el médico, ignoran hasta los más simples detalles de cómo es la existencia de su compañero X ó Z con quien trabajan, con quien viven, á quien creen que conocen y á quien tienen constantemente al lado.

II.

En los matrimonios de la clase rica, de la clase pobre y de la clase media, ¡cuántas no son también las diferencias esenciales! ¡Qué diferente la relación, qué diferente el trato, qué diferentes los afectos, qué diferente todo!

Como el matrimonio de los poderosos no afecta nada á la vida de cada individuo, el noviazgo entre ellos tampoco pasa de ser como accidente. Por cosa muy distinta, no es substancial mudanza, aparte de la que toque luego á las necesidades y á los gastos, la que se origina con la unión de la menestrala y el obrero.

Es muy diversa en los tres casos la secuela de preocupaciones en las gentes y de transformaciones en las cosas. La rica tiene un novio, la pobre ha tropezado con *su* hombre; la vida exterior no varía, la vida íntima tampoco. No hay ganancia ni pérdida en los matrimonios estos; hay simplemente negocio, trato, cambio; cuando existen, afectos que no tropiezan

con ningún linaje de valladares en la sociedad, ni de preocupaciones en el individuo.

Esta diferencia se explica diciendo cómo en los antecedentes al casorio existe siempre en cada parte—en mayor grado en la mujer—una idea *preventiva*, idea de *conservación*, de *precaución*, de *salvaguardia*, como de *indemnidad* y de *seguro* para lo porvenir; y estas ideas es muy difícil que preocupen mucho al rico ni á los pobres.

Porque los padres de la heredera aristocrática sólo han de contestarse á la pregunta en que se digan: ¿Qué pasará á mi hija si acaba mal su matrimonio? Pues no pasará nada; habrá separación de cuerpos y de bienes, y con marido ó sin marido la joven hallará en el caudal sin mengua una existencia sin azares. ¿Qué ocurrirá á mi chica si ese muchacho tan excelente ahora resulta un holgazán ó un borracho? ¿qué ocurrirá si descontando todo esto, es simplemente desgraciado y sufre días de paro ó meses sin taller y entra á diario sin jornal? Nada tampoco; por lo pronto nada nuevo. Para huir del marido ó para ayudarle, la muchacha volverá á la costura, ó á la plancha, ó á la fábrica, ó al río. Lo que ha hecho de soltera, lo que le ha sucedido en las malas épocas del padre.

En la clase media, la labor moral es sutilísima; se piensa más hondo, se hila más delgado.

En primer término, para la interrogación aquella de todas las familias de todas las muchachas, es mucho más difícil la respuesta.

—¿Qué pasará á mi hija? Va entregada al marido; es de él, es una cosa que él adquiere; vivirá sujeta siempre á su dominio por la atadura sin solución posible del pedazo de pan; si es buena madre, no podrá protestar del abandono, ni de la infidelidad, ni áun del mal trato, ni áun de la sevicia que la duela y la infame. Si abandona al marido, ¿qué medios tiene ella para asegurar el porvenir, siquiera el pan diario de sus hijos? No tiene bienes y no sabe hacer nada. Lo que borda no se cotizará en ninguna tienda; lo que toca al piano sólo puede

ser bueno para que lo ridiculice Taboada; no es útil ni para cortar una camisa; y puesto á precio lo que le puedan dar por sus costuras, no saldrán cuatro reales. Mucho más gana una verdulera, una lavandera, una planchadora, y sus retoños viven mal. Con muchos menos medios la pobre señorita ¿cómo cuidará á sus niños, que aun á costa de apuros y fatigas han podido tener un sombrerito, y un traje bien cortado, y una camita blanda?

Para acudir en todo lo posible á las contingencias estas, es necesario una más rigurosa información; precisamente, en el caso y con quien la información es más difícil.

Porque ¿quién es el novio? Fulanito de Tal; aspecto simpático, traje decoroso, buenas maneras, abogado ó negociante ó médico, que asegura que tiene lo que basta para poder casarse. ¿Y qué es este señor, y cómo es? Lo que dice, puede ser cierto y puede ser mentira; puede ser algo y puede no ser nada.

¡Adónde iremos por certificación de la verdad! Al millonario le conoce de sobra todo el mundo; y para saber quién es el novio de la chica pobre no hace falta sino el cuarto de hora en que la madre tarde en ponerse el mantón é ir á la obra y preguntar gritando á los patronos: «Ese muchacho que dice que trabaja aquí, que se llama Juan, que es muy honrado, que mantiene á su madre y que gana cuatro pesetas, ¿es cierto que trabaja aquí, que gana cuatro pesetas, que se llama Juan, que es buen muchacho y que es buen hijo?»

El mesócrata que no sabe de aquello y que no tiene medios de hacer esto, ha de esperar á la casualidad que venga al despejo de su incógnita. Y muchas veces esta casualidad no llega hasta que el sueltecito puesto en los periódicos para dar cuenta de la boda, entera y trae hacia el hogar doméstico á la amante burlada, al acreedor indignado, á alguien, en fin, que descubran al marido como burlador, como informal, como vicioso, para que á los tres días del casamiento se llene el rostro de la pobre joven con las primeras lágrimas.

Puestos en el lugar del novio, veremos en idéntico caso semejantes preguntas, parecidas inquietudes. Cariñoso, ó solamente egoísta, de una hermosura joven, de una gobernadora del hogar, de una enfermera, el candidato á esposo busca en las necesidades, en los apuros, en las intimidades de una casa que le ha mostrado sólo la salita bien puesta y las caras rientes, recursos y argumentos para los casos que puedan ocurrir en el matrimonio de mañana.

Una lucha individual que ya se estudiará más tarde, cuando esa misma lucha tenga su desarrollo amplio y su campo sin límites en el hogar doméstico, se entabla desde luego entre la parejita que al lado de la madre en vigilancia, muy juntos en las sillas, muy tiernos en la voz y en la mirada, dejan que la sangre que arde de sus juventudes generosas, olvide las miserias de la vida, dándose á las expansiones del amor, cuando éste por encima, y á pesar de todo, recobra, sin limitación, sus fueros, quema dos corazones en una mirada, funde dos existencias en el mismo deseo de un mutuo sacrificio, y da á la pobre humanidad sus más grandiosas y más fugaces dichas.

*
* *

Es cosa vieja, como son viejos todos los descubrimientos raices y todas las verdades axiomáticas, que en las relaciones de amor y de amistad, hay siempre uno que *pone* más y otro que se *entrega* menos, un dueño y una víctima. Entre los novios, junto á las complacencias mutuas y los mutuos halagos, ya empieza á verse quién en el matrimonio será más tarde el *amo* ó el Juan Lanas, el marido con faldas ó la mujer sin voz ni voto.

Comienzan los noviazgos por términos que nunca en las clases opuestas se establecen. No es la relación libre del obrero que sale solo con su novia y desde el primer día conoce el me-

naje modesto del cuarto de su amada; no es la de los *fiancés* de clase rica que hacen el cultivo amistoso un rato en el salón, otro en el palco, otro valsando en la embajada; todo rutinario, todo reglamentario, burocrático todo y cuasi *oficinesco* en las costumbres de nuestra mesocracia, el joven que se levanta á las diez, trabaja hasta las seis, come á las ocho y va al café un ratito por las noches, tiene otras cuantas horas, también invariables, también fijas, para escoltar á su novia y á la familia de su novia por la calle ó para cuchichear con su novia y conversar con la familia de su novia en casa; y las relaciones de esta suerte bien pueden constituir precursos y preparativos de las desdichas conyugales de mañana.

*
* *

—«¿Qué te ha dicho tu novio? ¿Qué piensa? ¿Cómo se conduce? ¿Cuáles son sus propósitos? ¿Cuáles son sus ideas? ¿Sabes lo que tiene? ¿Sabes lo que gana?»

—«Aquí no ha de ser oro todo lo que reluce. En estos cuadros hay mucho de barniz. No es tan «fino» como yo creía el padre de mi novia. Sabe Dios de dónde habrá salido esa señora con tantas pretensiones que quiere ser mi suegra.»

Corrientes de desconfianza se establecen entre todo lo que rodea á la novia contra el novio, y todo lo que interesa por el novio, en contra de la novia.

«Que lleva demasiado lazo en el sombrero; que estropea pronto un traje; que no sabe hacer nada; que es muy dominadora; que no es mujer que en un caso de apuro *sepa meterse en la cocina.*»

«Que gasta mucho; que cuida de sí mismo demasiado; que tanto ir al teatro y tanto fumar puro es un vicio; que ese hombre no tiene hábito de economía ninguno».

Cuando se tienen millones ó cuando no se tiene nada, na-

die se preocupa de estas cosas. No hay peor conservador que el que ha de conservar muy poco; ni peor amo que el de un solo criado; ni mayor vanidoso que el de una sola alhaja.

Así en la clase media hácese entre las familias los partidos estos del novio y de la novia; núcleos que por el interés se forman, y que el interés mismo sostiene.

—«La tacañería ó las dilapidaciones de él ¿no serán mañana fuentes de escasez para mi hija?»—«La presunción de ella, su afición por los moños no significarán en lo futuro sacrificios y apuros de mi hijo?»

Y como en la desdichada clase la esencia es tan efímera que hoy parece que raya usted con el burgués porque estrena un gabán, y mañana que linda con el pobre porque lleva el calzado algo torcido—cuando en verdad puede ocurrir que un día y el otro se halle en el mismo estado de intereses—lo más minúsculo, lo más inverosímil, dará rienda suelta en estas relaciones en que se camina sobre todo á ganar algo ó á no perder, al menos, á las suspicacias más intensas y á las luchas más grandes.

La vida sigue, sin embargo, y estos matrimonios se hacen y estas gentes se casan por encima y á pesar de todo, porque van impulsadas por ese sentimiento que se explaya en los cuartos de hora que os decía; que surgió en el mundo cuando aún no existían clases, ni media, ni elevada, ni de ninguna hechura; y cuando para el beso de Adán y de su Eva enamorada no se exigía por nadie el marchamo del sueldo ni el pase de la vestimenta.

III

La vida material del matrimonio: he aquí el tropiezo infranqueable.

¿En qué cantidad puede fijarse el *ingreso medio* en la generalidad de las familias de la mesocracia?

Podríamos escribir una cifra ó un número cualquiera, pero para mi objeto importa eso bien poco. Fuera de aquellas casas, rarísima excepción, donde el sueldo cuantioso y tan seguro que constituye casi una fortuna ó una renta, pone á sus poseedores entre la burguesía, las gentes de la clase media, ó gozan de tan poco sueldo, cuando merced á él viven, ó tienen en los demás casos tan inseguros sus ingresos, que con cualquier cifra que posean para satisfacer sus gastos, sufren de por vida el desequilibrio y la escasez.

De esta manera, áun yéndonos al mayor grado de esa escala del *haber* probable, encontramos siempre sinsabores y apuros. En los días de mayor prosperidad los gastos de la clase media llevan siempre ventaja á sus ingresos. ¿Hay un ascenso en planta? ¿Hay un negocio en perspectiva? ¿Hay una crisis de esas que permiten á la familia, ayer mal albergada y mal trajeada y mal compuesta, irse á un cuarto más grande, y tener en vez de una criada dos sirvientes y un buen traje de raso en lugar del modesto de lanilla? Pues anticipándonos á los hechos y al dinero y superando á unos y á otro, iremos al cuarto más grande, pero mucho más grande; al mueblaje lujoso, pero mucho más lujoso; á tres criadas ó á cuatro, si al fin se procura al niño una niñera; y al traje de raso, con otro de lana, con otro de casa, con otro de teatro, con otro de calle.

Y todo esto en nombre de necesidades, de las cuales no puede prescindirse.

Es como hidrópica esta familia de la clase media. Vive en una perpetua sed de cosas. Siempre necesita más.

Hace cuatro ó cinco años, cuando vine á Madrid, iba á diario á casa de un paisano mío—chico de la buena familia, y los buenos principios, de que nos envanecemos todos los mesócratas—que llevaba ya cerca de un lustro de batalla en la Corte.

Y con bastante intimidad conmigo para mostrarse sin disfraces, me decía:

—He luchado mucho, he peleado mucho; pero ya no hay quien me quite mis veinte mil reales. Mal ó bien, con esto mi mujer y yo vivimos sin tener quien nos moleste y sin demasiadas trampas, porque por junto, quizá no ascienda á mil pesetas lo que debo.

Ha seguido la lucha, ha continuado la ganancia; llevado por las ansias de representar más y de volar más alto, cada prosperidad nueva era seguida de un arreglo nuevo del hogar, de un aumento en los gastos; pagábanse en la casa de mi amigo las trampas pequeñas y se contraían otras más grandes; convertíase la deuda, como expresaba él; había más dinero, pero había más apuros, hasta llegar al día de hoy, en que mi amigo gana más de diez mil pesetas y debe veinte mil, y paga quince duros de criados y treinta de casa, en la que tiene á todas horas una nube muy densa de acreedores.

¿Dónde sucede esto sino en la clase media, Tántalo de todos los deseos, Icaro de todas las alturas?

Dadle fortuna al pobre, y sus mudanzas se reducirán al aumento de un plato en la comida; dadle una herencia al rico y tampoco habrá cambio, porque la familia opulenta no va á pasear á un tiempo en quince carruajes ni á ocupar cuatro hoteles.

La pobre clase media, en cambio, crezca lo que crezca, avance lo que avance, no ve disminución en sus apuros. Sus bienandanzas, sus lujos sin base, sus despilfarros sin hacienda, sólo servirán para que un día se digan con tristeza los jefes de la casa:

—Cuando faltemos ¿qué va á ser de estos hijos? ¿Adónde irá él con su titulito de abogado, y ella con su poquito de presunción, de vanidad, de música y de francés inentendible?

Pero esto es lo que pasa á la *élite* y á la espuma de la clase, que mal ó bien conoce lo que son las comodidades y abundancias, y sabe, mal ó bien, lo que supone y lo que valen unos cuantos billetes de mil pesetas cada uno.

Pongámonos en la medianía con sus vislumbres hoy á la

abundancia, con sus atisbos mañana á la miseria, siempre ceñida, siempre apurada, siempre en lo poco, y estudiemos al pobre matrimonio, en el que es su general y su más propio medio.

*
* *

Juana y Juan, un matrimonio que yo «compongo» ahora, van á servirme de *pareja tipo* para hablaros con ella y «simbolizar» en ella á la legión sin número de los hogares sin ventura.

Un cúmulo de embustes, de vergüenzas «pequeñas,» de vanidades sin valor, de disimulos sin excusa, de preocupaciones y de prevenciones, cayeron al suelo en aquel día del primer beso conyugal. No fué la desnudez sola de los cuerpos la que produjo el desenmascaramiento de las almas. ¡Quién sabe si la alcoba no trajo ni descubrimientos, ni sorpresas para dos seres que quizás ya se poseían! Fué la desnudez, pero precisamente en aquel lecho que ya no destruirá, ni anulará poder ninguno. Fué la unión matrimonial, fué la de ley, la de derecho, antes que nada, quien hizo la fusión, la mezcla, la compenetración de los espíritus; porque los prometidos, áun aquellos para quienes el lazo indisoluble puede representar tan sólo el cambio á un distinto y mismo hogar, el acceso á una diferente posición, llegan hasta el momento este en que se dice cada uno: «es mi mujer», «es mi marido», con una porción grande de prevenciones y reservas.

Pudo ella en el noviazgo haberse dado á él encueros, pero no se habrá dado despeinada; habrá puesto él en las confianzas amorosas, sobre la carne y para el espíritu de ella, toda la lujuria, todos los ardores, y áun todos los vicios; pero no le habrá dicho una palabra de aquella deformidad pequeña, ni mengua de su fuerza, ni menoscabo á su esbeltez, que tiene en

una pierna ó en la espalda. Pues de la misma suerte los sentimientos, las ideas, se han mantenido en reserva, en cierto disimulo, en algo como vestidura correcta, como *habit noir* de los caracteres, hasta este día del matrimonio, en que rotas las más hondas vergüenzas y los más recónditos pudores, todas esas reservas caen al suelo. ¡Verdad que el mismo día otro linaje de reservas se levanta!

Todo el mundo se confiesa fácilmente del pasado, mientras que no hace nadie las confidencias del presente. Así este matrimonio, que pierde la vanidad, que deja el amor propio entre «ellos,» que cuenta todo lo que antes de casarse guardara cada uno de sí mismo, empieza desde la fecha esta en que deja de callar lo que de sí ocultara, á ocultar las ideas y las apreciaciones que comienza á tener del compañero.

Pasan entre dichas la temporada primera, los días felices de la luna de miel, durante los cuales cualquier dificultad es llana, como cualquier defecto chico.

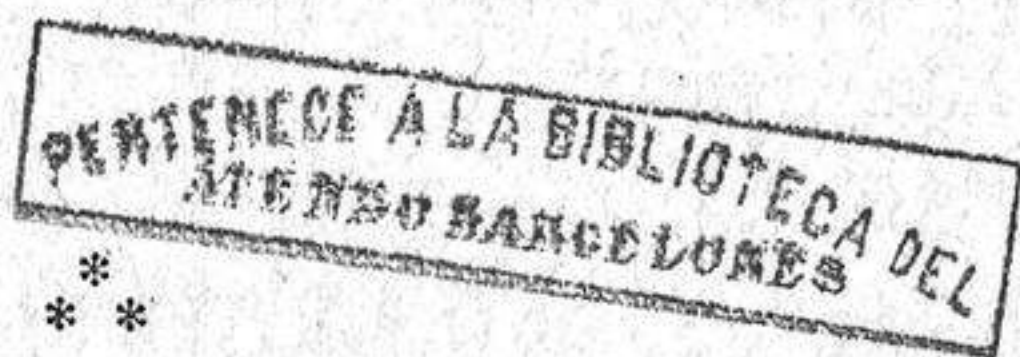
En el matrimonio rico ó aristocrático, el enfriamiento de los ardores y de las estimaciones conyugales no tiene que ofrecerse á la contemplación y á la consideración continuas en la continua intimidad. Los pobres no están tampoco para eso; salen, bullen, trabajan, y cuando se reúnen de noche en el hogar, piensan que tienen que madrugar mucho, se acuestan y se duermen. Si hay que hablar, ¡qué hablar después de todo! Los ricos de sus cosas, que no preocupan á ninguno. Los pobres del *maestro*, del jornal, de cómo está el trabajo, de la paliza que su esposo le ha dado á la vecina..... ¿Acaso del dinero? Habas contadas éste, como los asuntos son contados, todo se reduce á que «Si ganas tres pesetas y me das diez reales, has derrochado dos en copas.» «No lo haré más.» «Conformes.» Y á la cama.

En una y otra parte todo es con más libertad, con más franqueza y más llaneza. En nuestro matrimonio rómpese el nivel. Hay la misma intimidad y escaseces de los unos; las mismas pretensiones, en un cierto grado, de los otros.

Todo son miramientos, suspicacias, celos y recelos. Las mutuas reservas que os decía sustituyen á los secretillos pasados y á la confianza amplia de un momento; pero la fuerza adquirida en los primeros y aparatosos días de boda—aparatosos para las expansiones del cariño y para las esplendideces de la casa—hace que las caricias continúen y que los gastos sigan.

La vez primera en que el marido llega disgustado pensando en que el dinero se concluye, y la mujer como á diario viene á llenarle de caricias y á sentarse en sus rodillas, ocurre el estallido.

En ruido ó en silencio; con cualquier discusión en que asome el disgusto ó con la frialdad con que se separen las caras, se rehuyan los cuerpos y en un lado él, en otro ella, piensen con el ánimo en depresión y con las fisonomías contraídas, en que aquello, el encanto de besarse, la alegría de vivir juntos, son como el dinero—y por imposiciones del dinero—que pueden irse y que se van.



¿Es acaso todo esto que yo, el que escribe, piense que sólo con el dinero puede existir la dicha humana? Yo no pienso sino que el dinero es antes que una necesidad, un gran estorbo para aquélla. Dad á todo el mundo sedas, palacios y champagne en las comidas y suprimidas las clases, habréis suprimido las desdichas originadas por las diferencias. Acampad á la sociedad entera en unas chozas y ocurrirá lo mismo.

Pero si creáis medios nocivos, ambientes especiales, formas de vida que hayan de producir el mal, como este medio y este ambiente sin solución ni limadura en que viven por fuerza los mesócratas, ¿de qué suerte queréis que atisbe ni que apunte la menor dicha entre ellos?

Hechos para la desgracia, fabricados para la desgracia, queriéndose ú odiándose, fieles ó infieles, buenos ó malvados, de cada cien matrimonios de la clase media, podéis jurar que en unos el dinero, en otros el carácter, en otros el amarrijo inquebrantable, siempre las cosas que dependan del propio sistema, de la clase misma, tendrán á ochenta de esos matrimonios en perenne, en incurable, en crónica desdicha.

Porque no es sólo el disgusto hondo que estalla, el adulterio escandaloso, el vicio de él ó la infidelidad de ella; la diferencia tal de caracteres, que sobre todo y á pesar de todo, tienen que saltar y resolverse con la separación y áun con el crimen; no. Esto es lo grande, este es el drama. Se trata aquí del mal sin trascendencia aparente, del agua menuda, de las penas pequeñas, de todo lo minúsculo y horrible que el poeta maldecía; se trata de eso que se llama la cruz del matrimonio, llevada en nuestra pobre clase media por mártires que no tropiezan nunca con los Cirineos que les ayuden ni con Verónicas que limpien el sudor mortal de sus congojas.

*
* *

Aquel matrimonio que os decía—y sigo hablándoos de los casos en que hay suerte—vive en el razonable medio donde las necesidades no llegan á la categoría de imprescindibles, ni la carga de la vida á la designación de intolerable.

Pues entre la abundancia misma del pan, y el abasto de los apetitos sin espera y la casa en donde se halla el confort y donde el amor ó por lo menos la estimación de los esposos sigue, los disgustos no faltan.

Son quejas intensas, perdurables, amargas, que no se dicen nunca, las que van de continuo de ella hacia él y de él á ella.

El *bien ganancial íntimo*—un ganancial que en la interioridad del matrimonio existe con suspicacias y apreciaciones y

pesos y medidas, impuestos por la susceptibilidad ó el egoísmo, de formas que no pueden existir en la ley jurídica, seca é inflexible—considéranlo siempre desequilibrado cada cónyuge en contra del propio bienestar y áun del particular decoro.

Siempre cada uno al preguntar á su conciencia, encuentra que le toca la mayor parte de los males y la menor parte de los bienes.

Piensa ella que él sostiene la casa, que él lucha, que él trabaja; que es quien carga con las preocupaciones que envejecen y con el desvelo que agota, mientras imagina la busca y captura del dinero; pero al mismo tiempo ¿no es quien disfruta de la calle y quien en trato diario con la gente, anda, bulle, habla, se distrae, lleva en el bolsillo lo que tiene, gasta lo que quiere y hace lo que le da la gana, desde la cena con los cuatro amigos, hasta el entretenimiento amoroso que ella, buena mujer y amante honrada, no podrá soñar nunca?

Una se «entierra»—exclaman ellas—el mismo día en que se casan.

Y piensa él por un patrón igual de las ideas, que ha perdido su libertad, su tranquilidad, su independencia y su despreocupación hermosas, para el sostén de la mujer. Sí, que ambos participan de lo mismo; pero la casa, los criados, los gastos dobles de todo hogar constituido, ¿qué falta le harían á él, soltero, sin más menaje que una maleta y dos vestidos, ni más preocupación que la de buscarse distracciones?

«Todo es de ella, todo es por ella y todo para ella.»

Estas quejas no expresadas en la vida, estas reservas mentales no significan muchas veces falta de cariño. Son protestas contra el mundo, contra la sociedad, contra la desgracia, contra lo que sea.

Sujetos al imperio de la costumbre que equivale á un afecto ó del afecto verdadero, se odia, se maldice, se detesta al matrimonio, sin que esto sea un obstáculo para que á pesar de todo se quieran el marido y la mujer.

Al contrario; el más quejoso, el más rebelde en la teoría, el

mayor protestante, suele ser á un tiempo mismo el más sometido, el más esclavo; porque aquel individualismo, tanto más feroz cuanto más disimulado y hasta cuanto más inconsciente, que en el matrimonio se establece desde el día primero, acaba por hacer una víctima que ya no alzará nunca la cabeza.

Y no consiste esto en el dominio casi material, en la especie de *miedo* de un cónyuge hacia otro, de que los escritores cómicos nos hablan.

Se trata de la absorción de uno por el otro de manera tan inconsciente, que bien puede ocurrir con el marido, en todas las apariencias bien dueño de su casa, ó con la mujer, por todos los aspectos bien considerada y bien ama de su hogar.

Y esta absorción, esta anulación que sufre muchas veces una de las partes, se repite en la mayoría de los matrimonios.

Yo he visto casa donde todo se hace en holocausto á la mujer. Trabaja el marido como un león, lucha como una fiera, y para que la esposa, ignorante de infinitas de estas luchas, y puede ser que hasta indiferente á todas, vista con lujo, tenga criados, albergue en su casa y coloque en su mesa á dos ó tres parientes, el pobre hombre lleva de continuo un solo traje y hasta fuma mal.

Y aunque el cariño no proteste, ¿qué pensamientos no tendrá este marido, que al llegar á su casa ve considerados y mimados y como dueños de ella, charlando distraidamente á aquella señora y á aquellos dos ó tres *gandules*, á quienes no quiere, que no le quieren, que son unos simples explotadores suyos, con los cuales ni contrajo ni pensó contraer nunca ninguna obligación?

¿Qué pensará, por el contrario, la pobre mujer siempre recluída en casa, esclava de sus hijos, mal trajeada, mal cuidada, mientras el marido triunfa y se divierte y gasta y se «compone» á título y en nombre de la representación que necesita y de la posición que representa?

*
* *

Un matrimonio que se casó en la medianía llega hasta la fortuna. Se ha tardado en esto ocho años, diez, quince. El marido ha ido mejorando con la posición sus relaciones, su trato, su modo de vestir, su manera de presentarse. Es diputado ó bolsista ú hombre de negocios en grande. Come en los círculos, se codea con los marqueses. El escribiente ó meritorio ó zurupeto es un banquero ó un *spormant*. ¿Y la mujer? Después de cuatro ó cinco partos, de diez ó doce años de clausura, de mucho trajín en la casa y de mucha ausencia de toda relación, ella que se casó modestita y bien educadita, continúa ignorante y se ha hecho tímida, y cuando un señorón va á buscar á su marido, consiente, si está vestida de mañana, que la tomen por la cocinera, y casi le dan ganas de decir don Fulano á todo el mundo, como hacían ella y su marido mismo allá en los tiempos en que se casaron.

Y esto desespera al marido. Piensa que no tiene quien le acompañe, ni quien le represente. Imagina que para su progreso ¡cuánto no convendría dar comidas, reuniones, ocasión de lucir el boato de su casa! Pero, ¿quién muestra á ésta? Y entonces el marido se convence de que ésta es una estúpida, sin recordar que cuando se casaron le daba lecciones de educación á él, que tenía menos; se lamenta de no haberse unido á mujer de más mundo, sin caer en que la doncella de más mundo hubiera querido un novio de más mundo también y más dinero; acaba por renunciar al abono del Real, á comer con la marquesa y á que la marquesa coma con él, por no abochornarse de su esposa; y la recluye definitivamente.

Todo esto; esta segunda educación, los hábitos que él adquirió y de los cuales no participara ella, divorcia íntimamente y con una de las más infranqueables vallas á este matrimonio que ofrece dos fisonomías distintas en el traje, en la mesa, en el habla, en las necesidades y en los gustos; y que presenta al marido muy lleno de perfumes, despreciador de su mujer, sin atractivo y sin adornos, y sin la interior coquetería que ha adivinado él en dos ó tres marquesas bien olientes, y

palpado y tocado en otras pocas empingorotadas cortesanas.

Otro caso contrario y parecido, hay, todo él, bien lleno de tristezas.

En este es la mujer, burguesita arruinada, niña con pretensiones, la que siente aversión por el marido que escogiera.

Tiéndenle á ella las relaciones de sus padres, la buena voz, el trato que encanta y el discreteo en el habla, que seduce, abiertas unas puertas de unos cuantos salones.

El marido, hombre *basto*, pero con la práctica y el positivismo del negocio, trabaja, emprende, prospera. Ya tiene ella su morada casi como en la época «esplendorosa y falsa» de sus padres; ya gasta lujos, ya manda criados; ya pronto, quizás, pueda hasta tener su medio turno en el Real, y su «enganchada» de berlina.

Pero, ¿y Juan? ¿Qué entiende él de hacerse una corbata, ni de llevar un frac, ni de manejar un *smoking* con soltura?

Ella se lo dice, hoy riendo, mañana con formalidad, pasado incomodándose; y el marido concluye por llenarse de amargura ante aquel moral desequilibrio de su casa, ante el menosprecio aquel de su mujer; desequilibrio y menosprecio y desventura traídos precisamente por él mismo con sus negocios, con su prosperidad, con su dinero, buscados con afán para que Juanita viviera en la abundancia y fuera una «dichosa» adoradora y admiradora de su Juan, muy bien pagado con unos cuantos mimos y algunos cuantos besos.

Otro capítulo muy triste: el de los adulterios. Sé de algunas mujeres, con fama de «mañosas», que no son sino disimuladas prostitutas.

—Con cuatro cuartos que le doy—dice el marido—y con cuatro trapitos que ella compra, me pone á mí hecho un príncipe y ella parece una princesa.

Infinidad de veces, todo este principado no tiene el fundamento en las habilidades de la mujer, sino en la deshonra del marido. Muchas tiendas de modas, bastantes casas de Madrid, bien amuebladas, correctas, silenciosas; «embutidas» en

un principal, entre un segundo donde habita, porque nada sabe, una dama honradísima, y un entresuelo donde vive, porque lo ignora todo, una familia muy meticulosa, son los puntos de cita de muchas señoras de la clase media, que han encontrado con su primera falta un lucrativo oficio, y van allí por los suplementos al sueldo del esposo, que serán más tarde para el esposo mismo, muestras de lo *mañosa* y de lo hábil que es para todo su mujer.

*
* *

Al cabo de todo esto y como regla general para que los caracteres se agrien, y los afectos se apaguen y se aborrezca en suma, el matrimonio, tenémoslo con la miseria por condición de su existencia y por cortejo inseparable de su vida.

¿Qué amor resiste á esto? Al par de años de matrimonio sin dinero, es un infierno todo hogar. El sufrimiento hace insensibles y egoistas; el dolor hace injustos; y ahí tenemos á dos esposos inocentes que si tuvieran qué comer se adorarían, riñendo y maltratándose y echándose en cara cada uno la desventura de los dos.

Luego el marido no es aquel pollo dicharachero, amable, bien vestidito, bien peinado que reía siempre y que con cualquier chiste la hacía reir á ella.

Luego la mujer no es aquella niña pizpireta y tan mona, del noviazgo. Ha olvidado el hábito de componerse, de acicalarse; prescinde ya de la coquetería más *sana* y más «precisa» y más útil para la mujer más honrada. Con su último sombrero, ya pasado de moda, juega el pequeñito de dos años. La tenacilla con que rizaba ella su pelo tan hermoso sirve hoy para el carbón.

Como todo lo prematuro, esta vieja de veinticinco ó treinta años, que ayer de veinte era tan linda, y este cambio tan brus-

co que ha hecho del joven un hombre adusto y cejijunto y serio, trae la incompatibilidad al matrimonio. Cuando se miran él y ella, no se reconocen. ¡Qué fea se ha puesto! ¡Qué viejo y qué insufrible está! Y como aún los corazones no han pasado de los treinta años, á pesar de las arrugas en las caras y del desgarmo de los cuerpos, él busca en el adulterio la fragancia que en su mujer no hay, y ella si no es adúltera es también una infeliz sin ilusiones, desengañada y desgraciada.

Y así se va en el matrimonio este, á quien los hijos y hasta la miseria misma uncen y amarran á todas las desdichas..... Y hoy se pide, mañana se empeña; se recupera un día para perder al otro; adelantase un paso que serán luego cien de retroceso; y el niño que tiene traje pero que carece de calzado; y el invierno que entra sin que la habitación se estere; y el parto, y el bautizo, y la lactancia, y las enfermedades y el entierro; y el padre que debe de ir decente para que no se le conozcan los apuros; y andando la comedia y el embuste cinco, diez, veinte, treinta años, la vida perdurable; hasta que el pobre hombre y la pobre mujer que vivieron sufriendo, mintiendo, disimulando en la lucha feroz para ser algo y en la desesperación feroz de no ser nada, queriéndose quizás, pero odiando y maldiciendo su cariño dejan que sus hijos desdichados nuevos, continúen la representación del drama y mueren con esta última inquietud quejándose en palabras que, si ellos las supieran, bien podrían ser las últimas de César.

*
* *

¿Las causas de esto y las curaciones para todo esto? Si fuera yo otra cosa que un simple periodista sin más filosofías que la que exprime uno en la columna del artículo, ya tendría tema al contestar para escribir otro puñado grande de cuartillas.

Pero no haré eso ahora; lo haré mañana, pasado; tal vez nunca.

«Entretanto» vaya el trabajo este sin soluciones y sin terapéuticas. Ni médico ni sabio, Dios me libre de discursar ahora acerca de cómo sea el remedio de estos males sociales.

En una conversación que tengo bien presente, el viejo y «hondo» Campoamor me decía hablándome de una desdicha social, esto es tan aplicable á todo ese linaje de sociales desdichas: «El mundo es malo y siempre será malo. Empezó con Cain y Abel y con Cain y Abel acabará.»

Tengan los pesimistas esta frase. Para los optimistas «como yo» hay la esperanza de que el remedio á nuestros padeceres—y el matrimonio que he observado aquí, no es sino un aspecto de ellos—se curará con años, con centurias, quién sabe si con siglos durante los cuales se hayan vertido en este mundo torrentes de sangre y muchísimas ideas; y cuando para la humanidad se haya mostrado terminante y clara esa fórmula que ya algunos «precursores» sienten, pero que aún no ha descubierto nadie.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONES

Y aquí acabo y «perdón para mis faltas.» No sé de literaturas ni de ciencias; como adorno á este artículo no he podido traer las citas que autorizan, ni los datos estadísticos que informan; no sé siquiera lo que Schopenhauer dice, ni lo que Spencer opina de estas cosas... Diógenes fin de siglo, sin talento y sin tonel, como aquel inquisidor, como él en cueros, voy con mi linternita buscando tipos y estudiando cosas.

Y encuentro mucho, muchas veces. Hoy es una muchedumbre social, en la esclavitud y en la abyección, sin dignidad y sin aspiraciones; mañana es otra masa obrera que espera, que trabaja y que se lo promete todo de una bomba que estalle y de una institución que se hunda; ahora mismo y traídos aquí, son

E. M.—Octubre 1896.

4

la mesocracia y el matrimonio de la mesocracia, viviendo en la degradación y en el embuste; hace un rato pudimos ser unos soldados y un pueblo y unas hojas periodísticas que iban y que empujábamos á la guerra con arrogancias y vivas no sentidos; mañana... mañana pueden ser los despojos de aquella batalla, las ruinas de aquel estallido, los hijos vengadores y vindicadores de ese grupo de obreros; los frutos de esos matrimonios, purgadores de los pecados de sus padres, degenerados de la sociedad y la materia sin glóbulos en las venas, sin fuerza y sin ideales en el alma...

ERNESTO LOPEZ.

Septbre. 1896.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

(CONCLUSIÓN.)

Nada entre dos platos.—Horribles desgracias.—Vuelvo á Zaragoza.—La coronela con mando.—Soy oficinista.—La noche de San Daniel.—22 de Junio de 1866.—La heroína de la caridad.—Lamentos de un civil.—Asciendo.—O'Donnell y Narváez.—España con honra.—Catástrofe de 1868.

Fuí destinado al batallón provincial de Valencia. Después de trabajar con fe y entusiasmo veintisiete años, derramar sangre en abundancia cumpliendo con mi deber, hallarme en guerras, sitios de plaza, revoluciones, luchando en ellas, llegué á no ser nada: á capitán de provinciales. Antiguamente en estos cuerpos sólo eran veteranos ó del ejército, el segundo jefe, el ayudante y un sargento por compañía. Los oficiales y el coronel pertenecían á familias distinguidas; no cobraban sueldo sino cuando se ponían sobre las armas. Cuentan que un criado llevaba un plato vacío cubierto con otro, y al preguntarle:—¿Qué es eso?—Nada, un capitán de provinciales—respondió. Para burlarse de la poca importancia de tal empleo, decían era nada entre dos platos.

Huí de la milicia. Si veía fuerza armada volvía la espalda. Los primeros jefes de un Regimiento que guarnecía á Valencia, antiguos compañeros míos, trataron de que otra vez sirviera con ellos.—¡Jamás!—les repliqué. Un amigo sin causa me echó. Tres me mandarían á galeras.

Como no podía vivir sin ocupación, me dediqué á la arqueología en cuerpo y alma. Conocía cuantos objetos artísticos había en la ciudad del Turia; sabía mejor que mis colegas las monedas que faltaban en sus colecciones. En numismática extracté varias obras españolas y francesas.

Un francés vió en Valencia las mulas de un Regimiento de artillería montada, que llevaban á dar agua, y escribió: «El ganado de la caballería española es mular.»

Regresaba Isabel II en 1862 á Madrid; las tropas debían cubrir la carrera. A las doce de la noche salió de Leganés un batallón de cazadores, llegó á la Corte, lo tuvieron formado sin permitir sentarse, amaneció, lo colocaron en el salón del Prado, y pasó sin comer todo el día. Muchos cazadores cayeron al suelo de debilidad. Uno, desesperado, profirió palabras inconvenientes contra la persona por cuya causa padecían sin necesidad.

A las veintidós horas regresó el batallón á Leganés, casi disperso. Llegó una orden urgente al cantón para que se formase inmediatamente causa al que había delinquido de palabra contra el jefe del Estado. No existían otros datos que el de ser uno de los soldados tendidos en el salón del Prado; á varios metieron en el calabozo. Se presentó al jefe del batallón un asistente, y le dijo:—Yo fuí el que ayer habló mal de la Reina.—Le replicó el T. C. deseando no hallar al culpable:—Usted se ha vuelto loco.—No quiero—añadió el cazador—que por mí padezcan tantos inocentes.—Acto de caballerosidad que debió premiarse; destinaron al soldado á Filipinas, y á los que pudieron oír sus palabras al Fijo de Ceuta. Todo por no observar los superiores las órdenes generales para oficiales.

Pasaban días y días; no me mortificaban en la milicia; rara vez vestía el uniforme que en mi juventud me enorgullecía; en 1862 Dios me afligió con multiplicadas desventuras. En seis meses perdí á mi mujer y dos hijos. ¡Cuánto sufrí! Ver morir á seres queridos sin poderlo remediar, es horrible. Te-

ner corazón es una desgracia. Después de tantos años su recuerdo me hace padecer. El único hijo que me quedó, lo perdí en 1891. Llegar á la vejez sin familia, persuadido que no hay más parientes que los padres y los hijos, espanta.

En 1863 me destinaron al provincial de Zaragoza. Una sola vez en mi vida pedí dinero, y no para mí. El Jueves Santo de 1864 recibí un telegrama de una hermana mía, rogándome fuese á Barcelona; su esposo se moría. Yo tenía fondos en el Banco de Zaragoza; aquel día ni al siguiente se podían sacar. Temí que mi hermana necesitase algo; lo que yo poseía en metálico bastaba para mí; recordé que quien debía prestarme era la rica viuda de un hermano de mi madre que heredó injustamente lo que á ésta correspondía; veinte veces la vi en poco rato sin decirla lo que deseaba. A las doce de la noche me atreví, sudando la gota gorda.—Chico, no tengo un cuarto—me respondió.—Escapé á mi casa, reuní las piezas de oro de mi monetario y decidí venderlas ó empeñarlas si era preciso. No hizo falta.

Entre los inconvenientes de ser militar, no es el menor que nos olvidan nuestras familias, se acostumbran á no vernos, si volvemos nos consideran como extraños y sienten les obliguemos á partir lo que han imaginado heredar solos de nuestros padres. El interés endurece los corazones.

Exaltado en extremo, soporto sin quejarme los padecimientos físicos; los morales, en especial los desengaños, el que no correspondan á mi cariño, me parte el alma.

Después de un cuarto de siglo había variado algo la ciudad siempre heroica, título que la dieron el 38 por vencer en fratricida lucha, cuando ya tenía el de heroica tan justamente ganado en sus inmortales sitios de 1808 y 1809, contra las aguerridas tropas de Bonaparte. Iban desapareciendo las huellas de las balas francesas en las fachadas de las casas, las ruinas del Seminario, Hospital General y San Francisco. Subsistían las de Santa Engracia. No habían destruído la torre nueva, monumento mudéjar, levantado por Fernando el Católico,

vigía constante de la ciudad, salvajada inútil hasta para los mercachifles de baja estofa que influyeron en su destrucción. Habían construido el palacio de la Diputación, la glorieta y erigido una estatua al canónigo Pignatelli. A su talento y carácter debe Aragón el canal imperial. Le recompensaron con una *crucetica* de Carlos III. A muchos, por conspiradores ó habladores, que es casi peor, les han concedido la Gran Cruz de la Orden mencionada. ¡Buena cara pondría, la tenía feísima, el monarca que la instituyó, cuyo lema es «Virtud y mérito», si supiera que la han obtenido danzantes que ni danzar sabían!

Cuando á Pignatelli le decían no levantaría la presa del canal por la gran corriente del Ebro, replicaba:—Lo conseguiré con cabezas de aragoneses y navarros, que son duras.—La constancia lo puede todo. Cuentan que un herrero de Zaragoza al forjar una cadena le dijo:—Señor Canónigo, retírese V. S., que estas chispas no son como las del Coso.—Aludía á unas muchachas guapas que vivían en la referida calle. Al día siguiente trabajaba el artesano en el canal, amarrado á la cadena que construía al soltar la desvergüenza.

El año 30 no se veía en Zaragoza más coche particular que el de las señoras de Castillo. Volcó el vehículo, se rompió, quedaron las damas boca abajo, con las faldas para arriba, y gritó una apurada:—¡Pepe, tapa el mío!—¿Cuál es el de V. S., que no lo conozco? la preguntó el lacayo.

A un teniente aragonés lo separaron del ejército por progresista, no le remuneraron el 54 como á otros, nada pidió, creyó le harían justicia, se incomodó y no volvió á leer la táctica. En 1860 le destinaron al provincial de Zaragoza, le previnieron mandase el manejo del arma, y aunque los fusiles eran de percusión, lo verificó como si fueran de chispa. Carga en once veces:—Prevénganse. Abran cazolé. Saquen cartu—gritó. Los soldados permanecieron inmóviles. El jefe le interrumpió:—Basta, basta; usted será progresista, pero atrasa mucho.

A otro oficial aragonés del referido Cuerpo, le ordenó el comandante explicar en la academia pasar el desfiladero.—Para pasar el desfiladero...—dijo, y se atascó.—Continúe usted—añadió el jefe.—Para pasar el desfiladero...—repitió el subalterno.—Pero siga usted.—Buen balazo, y adelante.—Hombre, hombre, qué explicaderas tiene usted.—Así lo pasábamos en la guerra civil; no sé de otro modo—replicó el oficial.

En las poblaciones de Aragón, como Borja, había á mediados de este siglo bastantes propietarios que vivían decorosamente con el trigo que les pagaban los colonos, las legumbres y frutas del huerto, los huevos del corral y las cosechas de vino y aceite. Sólo compraban carne, leche y chocolate. Fabricaban en casa la ropa blanca; hilaban señoras y criadas. Ahora, la clase media se desdeña de trabajar, con raras excepciones, y las muchachas, como no pueden ir elegantes, se convierten en cursis; lo más ridículo del estado social. Los jóvenes se hacen abogados ó médicos, la mayoría no tiene pleitos, ni enfermos; vagos de oficio, se dedican á la política y á destruir la patria. Los que podrían vivir holgada y modestamente en los pueblos fomentando la agricultura, se van á las capitales de provincia, los de éstas á la Corte, los ricos, con excusa del calor veranean en el extranjero, todos gastan más que pueden, concluyen en la miseria y empobrecen la Nación. Los únicos que ganan son los usureros y tenderos.

Por desgracia, me colocaron en uno de los regimientos que se hallaban en Aragón. El coronel se rodeaba de una pandilla de aduladores, conspiraba, se metió en la revolución del 68, comprendió que yo no le haría coro, no me incluyó en el cuadro del cuerpo y me trasladaron á otro. El mismo jefe, ya de brigadier, creyéndome alfonsino, me maltrató el 74 sin conseguir lo que se propuso. Que yo pidiera el retiro para que no ascendiese á coronel por antigüedad. En los dos últimos regimientos que serví de capitán no tuve amigos. Perdido el entusiasmo, la milicia es un tormento. Pesa como toda obligación. La injusticia en los ascensos hace más daño en el ejército que

en las carreras civiles, porque se juega uno continuamente la vida y la honra hasta en tiempo de paz.

Al presentarme en el cuartel, un capitán viejo, muy gordo, me preguntó:

—Compañero, ¿es usted muy antiguo?

—Sí, y anticuario—le contesté.

Se encogió de hombros; no comprendió la frase.

Se hallaba en Zaragoza un jesuita de talento, al cual un comandante sin vergüenza, se propuso estafar. Al confesarse con él le manifestó que su honor estaba comprometido, necesitaba diez mil reales por dos meses y si no se los prestaban se pegaría un tiro, dejando en la miseria á su familia. El sacerdote lo citó á su habitación para hablar como particular y le entregó la expresada cantidad, rogándole se la devolviera por ser dinero para limosnas. El tunante se quedó muy satisfecho de engañar á un jesuita. Este, al año, recordó la deuda al militar, que la negó, insultó y desconoció al sacerdote. Lo supo el capitán general de Aragón, lo notificó al jefe del regimiento donde servía el comandante, que exclamó:

—No hay que dudarle, conozco á ese pillo desde que éramos cadetes; son innumerables las reclamaciones de deudas que tiene, y yo prometo hacerle vomitar esta última.

El coronel, aragonés, no se paraba en barras, se encerró con el comandante en su cuarto, y apuntándole con un revólver, le dijo:

—Si no firmas ese recibo de 10.000 reales que robaste á un jesuita, te mato. Suscribió el documento, le descontaron la referida cantidad y lo echaron del ejército, al cual volvió, como tantos otros que se hallaban en su caso, en 1868. En 1873 se fué á los carlistas, concluyó la guerra y acabó por meterse en una conspiración republicana. Tan repugnante tipo ha sido muy común entre los militares políticos. Prim decía que con obispos no se hacen revoluciones.

A un batallón de cazadores que se hallaba en el campamento de Tetuán durante la guerra de Africa, destinaron un

teniente coronel; en cuanto lo vieron los soldados comprendieron era un buen señor que servía para poco. Siempre que un jefe se pone delante de la tropa, los ojos que á él se dirigen, formando una gran fuerza de adivinación, lo analizan, examinan y juzgan. Rara vez se equivocan. El nombre del referido jefe se prestaba al ridículo y con la contraseña del batallón que era el toque de golpes lo tarareaban los cazadores. Fué sargento de la compañía de O'Donnell en la Guardia Real en 1864, mandaba mi nuevo regimiento, nos conocíamos desde 1841, me encargó la instrucción de 300 quintos que acababan de llegar á Zaragoza, y me previno que al día siguiente los tuviese formados delante de su casa, en la calle de la Independencia. Le avisé esperaban los jefes y capitanes del cuerpo, y como le afeitaban con gran calma, nos hizo la barba á todos más de una hora. El coronel revistó los reclutas muy despacio y dispuso que en columna desfilaran varias veces por delante del balcón donde se hallaba la señora coronela. Los quintos marchaban al único paso que sabían, el que sus madres les enseñaron. Me desesperé. Al otro día se repitió la función á la misma hora, sitio, accidentes y público; oí espantado que al siguiente continuarían las evoluciones y me pondría en ridículo por tercera vez. En el casino mis amigos, paisanos y militares me embromaron de lo lindo; maldije la milicia, manifesté no era el coronel quien había dispuesto tales mamarrachadas, sino la coronela, que según los oficiales del regimiento deseaba... elegir asistente, sirviendo los quintos y yo de diversión á los que se paraban á contemplar el espectáculo.

Me presenté en el castillo de la Aljafería para conducir los reclutas á la calle de la Independencia y recibí una orden urgente escrita de mano del capitán general prohibiendo que los quintos salieran del cuartel formados, hasta que se hallasen completamente instruídos. Al general Manzano, un perfecto caballero, refirieron en el casino la broma que me acaban de dar sobre las famosas revistas matinales y su probable objeto.

La mujer del coronel observaba siempre desde la alcoba del despacho lo que su marido hacía. Llamó éste á un capitán, le reprendió porque se había presentado tarde, se excusó con hallarse de servicio; cuando se marchó, la coronela increpó al coronel de falta de carácter y le mandó arrestase al oficial por insubordinado. El jefe lo dispuso en el acto.

Todos los hombres se ponen en ridículo cuando cambian de papel con sus mujeres; si son militares y toleran que las suyas se entrometan en asuntos del servicio, pierden la fuerza moral y son despreciados por los que están á sus órdenes.

Al mencionado coronel se le podía aplicar lo que dice Mahoma, que en materia de mujeres era muy inteligente por las muchas que tenía: «Hombre dominado por hembra, aunque tenga setenta hijos de su semilla, eunuco es. En las mujeres es más difícil guardar el secreto que la castidad.» Como rarísimo es el oficial sin esposa, novia ó amiga, si se enteran de la más pequeña picardía que se hace en un regimiento lo sabe hasta el último rancharo.

Volvía yo una tarde de la instrucción, los oficiales que me acompañaban me advirtieron que un capellán del regimiento, la coronela y su marido me llamaban repitiendo de lejos: Ep, ep, ep. Sin detenerme aumenté la velocidad del paso hasta que escuché mi nombre.

—Usted sin hacer caso—gritó el jefe.

—Como no me llamo Ep—le repliqué.

La jefa se sonrió y su digno esposo calculó que mi respuesta no merecía un arresto.

—¿Cómo van los quintos?—preguntó el coronel.

—Bien.

—¿Lo saben todo?

—Todo.

—¡Oh! si éste cuando era alférez.....

—Sí, sí—le interrumpió la coronela que me conoció en aquella época, cuyos monosílabos para adular repitió el pater que me veía por primera vez.

La coronela era arpía y sabia... Convirtió á su esposo en hazme reir; le llamaban D.^a Fulana, y le quitaron el mando del cuerpo porque ni del suyo disponía.

La mujer debe instruirse con arreglo á la posición que ocupa. Más que retórica y poética debe aprender á coser y á bordar. Su misión es hacerse querer, conseguir que sus hijos teman á Dios, mantengan ó defiendan la patria. Isabel la Católica y Santa Teresa tenían más talento que instrucción. A las sabias llamaban antes cultilatiniparlas, marisabidillas, politicomanas; si hacen gala de ignorar su idioma, dicen que piensan en lengua extraña, repiten lo que han oído, ó hablan de lo que no entienden, aprestán.—¿Conoce usted los pequeños poemas de Campoamor?—pregunté á una de ellas.

—No, los grandes—contestó, creyendo los habría de todos tamaños.

En el Pirineo aragonés quedan palabras de una lengua compuesta de celtívoro y latín. A los sabios llaman *saputos* y á las sabias..... Una de éstas me regaló la novela que había escrito en cuatro tomos. Pasó un mes y me preguntó:

—¿Qué le parece á usted el tipo de la andaluza?

—No he concluído.....—respondí.

—¡Si se halla en el primer capítulo!—añadió furiosa.

Por poco me caigo de espaldas. Admiro las mujeres de talento, huyo de las cotorras.

Me destinaron á la secretaría de la Dirección de la Guardia Civil. Los que la componían eran de las armas generales del ejército en 1864. No me consideraba apto para escribir minutas, resolver expedientes, ni ajustar cuentas. El pasar horas metido en una habitación me aburría. Mi gusto, mi placer era el movimiento, la algazara, el ruido, el variado espectáculo de las evoluciones, lo que hiera á la imaginación, como el ejército. Nací para soldado. A fuerza de desengaños, injusticias y trabajos perdí el entusiasmo militar; no podía romper la cadena y me resigné. Tenía que ser lo que más odiaba Ca...tintas. Suponía que para ser director de una arma se necesitaba ta-

lento, instrucción y gran práctica. Para ministro de la Guerra un genio. A poco me convencí que con firmar y darse importancia, aunque fuera una nulidad, bastaba. Hubo generales de directores, que valían. Otros, nada; todos pasaron como buenos. Los jefes de sección informaban y el director se conformaba ó no. Uno se hizo famoso por la dureza de su carácter.

Los estudiantes de Madrid, causa de perturbación, mande quien mande, azuzados por los progresistas y vicalvaristas, se amotinaron contra el Gobierno moderado el 10 de Abril de 1865; gritaron por las calles y silbaron á los agentes de la autoridad, en especial á la Guardia civil veterana. Los guardias dieron la mayor muestra de disciplina que puede exigirse á la fuerza armada. Sufrieron impasibles groseros insultos, hasta pedradas, horas y horas. A una sección de caballería del referido instituto, en la plaza de Isabel II, se propusieron mortificarla unos cuantos mozalvetes que hubieran escapado al ver reflejar la hoja de una espada. Al teniente que mandaba le decían:—Es usted buen mozo, granfacha. ¡Vaya unos bigotes!—El oficial se cansó de oírles, y replicó:—Señores, tengan ustedes la bondad de retirarse; no me dirijan la palabra.—Los granujas comenzaron á reír á carcajadas y á gritar:—Es andaluz; se conoce por lo bravo.—Alentados por la impunidad, sabiendo que los guardias tenían orden de no hacer uso de las armas, aumentaban la algazara y los silbidos. Perdió la calma el oficial, se desmontó, arrojó la espada al suelo y los desafió. Los estudiantes, tan canallas como los pillos que les ayudaban, repitieron las provocaciones que no concluyeron hasta que la sección abandonó la plaza.

Recibió orden la Guardia civil de cargar á los grupos. Si hubo desgracias entre los curiosos y transeuntes, se debió á los revolucionarios, no á los que aguantaron injurias, silbidos y pedradas toda una tarde, contenidos por la disciplina. Ríos Rosas, abusando del carácter de diputado, llamó cobardes á los guardias, y dijo: «Ese cuerpo ha deshonrado el uniforme.»

El exministro, que por su carácter comparaban á uno de los leones del Congreso, si mandara entonces, como en 1856, habría ametrallado á las turbas. Los políticos juzgan según conviene á sus intereses, aunque llenen de lodo á los que tienen la noble misión de morir por la patria y por la sociedad.

El italiano Edmundo de Amicis, que la echa de socialista, dice: «Hay alguien más malvado, más infame y despreciable que el asesino que asalta en la carretera y hunde el puñal en el pecho del viajero indefenso. El que tira una pedrada á un soldado y corre á esconderse entre la multitud del público curioso y de la gente pacífica, donde sabe que no pueden penetrar las bayonetas; y después, si las bayonetas abren paso... Estábamos desarmados, exclaman y se hacen los víctimas. Para que los soldados vayan valerosamente al encuentro de las balas enemigas, es preciso que marchen á la guerra sin llevar manchado su capote con el lodo que les arrojan sus conciudadanos.»

En España los liberales creen que la libertad consiste en faltar á la ley, en deshonar á los que por obligación la defienden. La llamaron noche de San Daniel, parodiando á la francesa de San Bartolomé. El pueblo consideró víctimas á los encargados de conservar el orden, y repetía los versos zarzueleros:

«El ser civil—es un placer
como en la noche—de San Daniel.
Es un placer—el ser civil
como en la noche—del 10 de Abril.»

Los progresistas y demócratas trabajaban para pronunciar al ejército. Prim olvidó lo que prometió á la reina cuando se cubrió de grande de España. Cuentan que al acabar la ceremonia le dijo un duque: «General, ya es usted tanto como nosotros.» «Tanto como los que ganaron los títulos que ustedes ostentan,» replicó el audaz revolucionario. El 3 de Enero de 1866 se sublevó Prim en Villarejo de Salvanes con dos regimientos de caballería, única fuerza que le siguió, contra el Gobierno

que presidía D. Leopoldo O'Donnell. Nos hallábamos en la Dirección de la Guardia Civil otro capitán y yo cuando llegó la noticia. Un teniente coronel del indicado cuerpo, en 1868, fué revolucionario, echándola de gracioso, nos dijo: «Será preciso prender á ustedes por conspiradores.» Mi compañero, sin desplegar los labios, le enseñó una nota de su hoja de servicios la cual expresaba que fué el único oficial que se separó de su regimiento en la sublevación del campo de guardias en 1854 por no faltar á su deber; yo, sin hablar palabra, le mostré dos cicatrices de las cuatro heridas que recibí el mismo año defendiendo al Gobierno.

Prim carecía de instrucción, tenía carácter, talento, había nacido para revolucionario y conspiraba contra moderados ó vicalvaristas. Le era igual. Deseaba el poder y ser capitán general del ejército como Espartero, Narvaez, O'Donnell y Serrano. La patria que la parta un rayo. A los cabezas de motín, lo mismo les importa la libertad que el absolutismo.

Como el Gobierno no tenía confianza en algunos jefes y oficiales de la guarnición, todas las noches dormía un general en cada cuartel. Un capitán encargado de sublevar su batallón y prender al general que lo distinguía y le daba pruebas de amistad, aunque no llevó á efecto su bastardía, llegó á brigadier durante la revolución. El remordimiento le volvió loco poco después. Lo ganaron como á otros muchos pagando sus deudas.

El duque de Tetuán mandó á dos generales unionistas persiguiesen á los insurrectos, los escoltaron hasta la frontera lusitana, y los dos á los dos años se unieron á Prim para echar á la reina.

En Avila se sublevó un batallón, que huyó á Portugal; el que lo mandaba, sin más hazañas, ascendió á teniente general. De esta algarada resultó que fusilaron al capitán Espinosa, que no supo escaparse, y se hizo famoso un coronel que fué pisando los talones á Prim sin alcanzarle. Llegó al referido grado en cinco años de teniente de la Guardia civil por adular

á los parásitos de O'Donnell. De brigadier, al saber que por edad pasaba algún general á la reserva, preguntaba: «¿Ya ha cerrado ese?» Procedía de caballería. En 1868 se oscureció hasta que mataron á Prim. En el entierro de éste volvió á salir á luz. También iba detrás. Le vi.

Conspiraban progresistas y demócratas. Estos no se atrevían á llamarse republicanos. En artillería, los oficiales procedentes de la clase de tropa no pasaban de capitanes, y los facultativos los despreciaban. Ellos les odiaban. Se trató que los prácticos ascendieran á comandantes. La oficialidad que había estudiado en Segovia se comprometió á abandonar el ejército si se llevaba á efecto la medida. El Gobierno tuvo miedo. Los revolucionarios dirigidos por Prim sedujeron oficiales, ganándolos en los garitos, á muchos sargentos de la guarnición y á todos los de artillería que había en Madrid. Los conspiradores se reunían en la calle de Jesús del Valle, número 3. Los sargentos y oficiales prácticos de artillería eran los más impacientes por vengarse de los de la escala facultativa. Les dieron por jefe á un capitán del mismo cuerpo. Acordaron que el motín se verificaría el 22 de Junio al amanecer. Tocaron diana en el cuartel de San Gil; los sargentos armados trataron de sorprender en el cuarto de banderas á los jefes y oficiales de su regimiento; los encontraron jugando al tresillo; un sargento les apuntó con el mosquetón para que ninguno se moviese, pero un oficial echado en el sofá y oculto por la sombra, lo mató de un tiro de revólver. Cayeron asesinados vilmente cuatro oficiales y el coronel Puig. Los sargentos marcharon con los cañones á la Puerta del Sol y Plaza de Santo Domingo seguidos de los soldados siempre víctimas de la disciplina. También mataron en las calles á varios jefes, entre ellos al coronel Balanzat, quitándole hasta las botas.

En aquella maldita época tenía yo una criada aragonesa, en mi lugar le llaman la golondrina, tan cerril como valerosa. Para dar las señas de la Plaza Mayor, decía: «Donde hay un caballo muy grande negro que *paice* burra y lleva uno como

de tropa» (Felipe III.) Era tan bestia que me ponía por sábanas en la cama los manteles de la mesa. La sirvienta oyó fuego y me despertó.

Yo, no sabía conspiraban, vivía por desgracia en la calle de la Luna, observé que los paisanos armados maltrataban á los militares que acudían á su obligación y pregunté á un vecino.—¿Qué sucede?—Me contestó con un gesto sucio, prueba de su mala educación, sería progresista, y cerró el balcón con rabia. Traté de ir á la Dirección de la Guardia civil, me cogieron los revolucionarios, pude escaparme, me metí en casa, lo intenté vestido de paisano y tampoco pude verificarlo. [Los balcones de mi habitación daban á las calles de la Luna y de la Estrella, contemplé la lucha sin poder tomar parte en ella. Comprendí que los sublevados no obedecían á un plan determinado; los sargentos de artillería, algunos á caballo, corrían y gritaban como energúmenos; calculé que sin disciplina serían vencidos. Mi hijo, niño de 13 años, me preguntó:—¿Quién ganará?—El Gobierno: tiene fuerzas leales, se oyen descargas, le contesté. Impaciente me asomé á un balcón de la calle de la Estrella; oí que el portero de una casa exclamaba:—Fuí cabo de la milicia nacional, voy á ganarme un empleo; á poco, los lamentos de su mujer me dieron á conocer que lo traían con una pata rota. Escuché gritos salvajes de alegría que daban los paisanos; acababan de matar á un comandante de la Guardia civil. Levantaron una gran barricada en la calle de Silva, sostenida por artilleros y gente de mala catadura, situados en ella y en la casa del marqués de Monistrol. La mandaba un oficial de caballería y un viejo muy calvo. El uno aspiraría á general, el otro á ministro. No he vuelto á verlos. Sólo hicieron una descarga á la tropa que atacó corriendo mandada por un alférez joven y dos cadetes; uno de éstos fué herido.

Los tenderos de la calle de la Luna fueron los que más se ensañaron contra la tropa. Salían de sus madrigueras como lobos carniceros, hacían fuego escondiéndose y cerrando las

puertas al acercarse los pobres soldados que se batían á pecho descubierto. Su bastardo proceder me recordó lo que escribió Quevedo: «Conciencia en mercaderes es como virgo en coto-rñera que se vende sin haberse.» Que en la mitología Mercurio es el Dios de comerciantes y ladrones, y que en 1836, cuando el sargento García en la Granja hizo jurar la constitución á la reina Cristina, el mozo de una tienda de Hortaleza detuvo al capitán general de Castilla la Nueva D. Vicente Quesada para que las turbas de Madrid lo despedazaran. El gobierno progresista premió al infame mercachifle con el empleo de subteniente; le conocí de comandante, murió de brigadier. La *Historia de las sociedades secretas* cita su nombre.

Referí el siguiente episodio que presencié el 22 de Junio, me pidieron lo escribiera, sin decirme lo que pensaban hacer, lo leí en un periódico, creí que soñaba, y me asusté de verlo impreso.

«Valor y caridad. El 22 de Junio de 1866 en Madrid, un pelotón del regimiento infantería de Asturias desembocó por la calle de Silva en la de la Luna; al llegar á la esquina de la de la Madera, recibió una descarga de los artilleros y paisanos sublevados que ocupaban la casa del marqués de Monistrol, cayendo en tierra un joven oficial recién salido del colegio y dos infelices soldados. Conociendo la portera del número 17 que éstos respiraban, rogó encarecidamente á los vecinos que había en algunas puertas los auxiliaran por Dios, á lo cual se negaron, diciendo: *Que se mueran, que son de Asturias*, en castigo de que los pobres é inocentes soldados pertenecían á un regimiento que no había faltado á su deber. A los pocos instantes una señora joven y agraciada se presentó en mitad de la calle preguntando:—¿Dónde están? ¿Dónde están?—Recogió al soldado más gravemente herido, y entre ella y las dos criadas que la acompañaban, por entre las balas, lo condujeron á la casa de socorro de la calle de Silva, pasando por debajo de los balcones de Monistrol, desde los cuales seguían haciendo fuego los revolucionarios. Entre tanto, la referida portera re-

E. M.—*Octubre* 1896.

cogió al otro soldado; la benéfica señora con sus criadas volvió á buscarlo, y con el mayor cuidado lo llevaron á la casa de socorro. No contenta con esto, levantó la cabeza del desgraciado alferez, casi niño, que yacía boca abajo á lo largo de la acera, y se retiró convencida de que no tenía un soplo de vida.»

Tan heroica acción la llevó á cabo Doña Carlota Jáuregui, hija política del general Urviztondo, que vivía en la calle de la Luna, 28, principal izquierda.

Concedieron á tan valerosa y caritativa señora la cruz de Beneficencia. Merecía el cielo.

A los 1.200 soldados insurrectos con 30 cañones, muchos paisanos armados que mandaban los generales Pierrad y Contreras, los venció la energía de O'Donnell. Cogieron 500, mataron 100 y fusilaron 66.

Causaba horror ver salir del cuartel del Pósito la primera tanda de los sargentos de artillería para ser fusilados fuera de la puerta de Alcalá. Me pesa haberlo presenciado. Iban atados de dos en dos. Marchaban juntos un veterano y otro muy joven. Maldecían, blasfemaban, juraban y rechazaban los consuelos de un capellán castrense. El sargento de la música del Regimiento de á pié, más fino y débil que los demás, al pasar por delante de un Teniente Coronel de su cuerpo, con acento lastimoso y de profunda convicción le gritó: «Señor, muero inocente.» Lo era. Había estado con licencia, llegó la noche del 21 al cuartel de San Gil, no se enteró de la conjuración, se acostó, lo despertaron y al saber que sus compañeros después de asesinar á los oficiales salían á la calle con los cañones, se escondió. Rechazados los insurrectos se refugiaron en el cuartel, se defendieron desesperadamente, se entregaron y prendieron á cuantos sargentos encontraron en el edificio, incluso al pobre músico; éste no pudo probar su inocencia, hasta el auditor se hallaba persuadido de ella, y lo condenaron á muerte. Mientras el infeliz permaneció en el cuartel de ingenieros antes de la ejecución, no cesó de decir á cuantos individuos de tropa veía. «Si vuestro Regimiento se subleva, por Dios, no

os quedéis en el cuartel, os fusilarán inocentes, como á mi.»

Los vicalvaristas así llamaban á los de la unión liberal, grupo de ambiciosos que se formó con los desprendimientos de los partidos moderado y progresista, cuando no mandaban conspiraban con sus enemigos de la víspera. Después de ametrallar á los revolucionarios el 22 de Junio, mientras fusilaban á los soldados, ayudaban á que se escapasen los jefes acompañándoles hasta la frontera. Se jactaron de tal iniquidad en las cortes de la revolución. Un general del referido partido decía: «Los asuntos no deben resolverse en justicia, sino por el más ó menos interés que inspira la persona que solicita.»

Pródiga fué la revolución con los militares que faltaron á su deber el 3 de Enero del 66, sin más hazaña que huir á Portugal. A los alféreces hicieron comandantes y los capitanes eran generales el 73. Lo que horroriza es, cómo premiaron el 68 á los sargentos asesinos. Dieron á todos el empleo de capitán, de infantería ó caballería, menos á uno que pidió el de comandante por haberse distinguido matando á su coronel, Puig; Prim se lo concedió, alentando á los que después hicieron lo mismo con él. Como si las armas generales fueran un establecimiento penal, en ellas ¡qué vergüenza! llegaron á jefes. Uno de los sargentos, Bastarrica, ya comandante de caballería, asesinó á su suegra en Canarias en 1890. Ni los que le excitaron á la insurrección el 66, se compadecieron de que lo ajusticiaran.

Por las sangrientas jornadas del 22 de Junio concedió O'Donnell el empleo inmediato á los ayudantes de los generales, hubieran corrido ó no peligro. A varios oficiales que tomaron barricadas, nada. Yo sólo hice... rabiarse.

Pocos hechos registra la historia más infames que los que acontecieron en aquella época. Isabel II se opuso á los fusilamientos, O'Donnell amenazó con abandonar el ministerio si no se ejecutaban, la presentó á la firma varios nombramientos de senadores, los palaciegos la hicieron creer que la idea del du-

que de Tetuán era imposibilitar pudiera mandar el partido moderado, y aceptó la renuncia del caudillo de Africa. El partido unionista la acusó de ingrata, dejó de ser dinástico, la llamó sanguinaria injustamente y se lanzó á la revolución. Sin los vicalvaristas, los progresistas y demócratas no hubieran podido sublevar á una parte del ejército llevándolo engañado á pelear en Alcolea.

La reina llamó al duque de Valencia. ¡Ojalá hubiera sido tan justo desde que comenzó la carrera política, como lo fué en su último ministerio! Narvaez ayudó á su rival O'Donnell el 22 de Junio, reunió las primeras fuerzas en defensa del Palacio Real, y fué herido al emplazar los cañones contra el cuartel de San Gil, punto principal de la insurrección. Desde que Narvaez llegó á presidente del Consejo de ministros, no se repitieron las hecatombes que los unionistas ejecutaron con los vencidos de baja esfera, mientras ponían en salvo á los promovedores y directores del motín, tanto civiles como militares. El más caracterizado que fusilaron era sargento. Rompían el puñal y conservaban el asesino.

El general Narvaez al recibir á las direcciones de las armas, y oficiales de la guarnición, dijo á los de artillería que eran culpables de la sangre derramada el 22 de Junio, por lo mal que hacían el servicio y porque los sargentos les habían arrebatado el prestigio que debían tener sobre el soldado. Lo oí.

Defendió un capitán de infantería á un cabo de artillería y probó que al enganchar los cañones pocas veces se hallaban presentes los oficiales. Algunos que fusilaron obedecieron á sus inmediatos superiores como acostumbraban. Hubo artilleros que pasaron á la eternidad persuadidos de que habían cumplido con su deber.

El 30 de Julio de 1866 publicó un decreto el duque de Valencia, que honrará su memoria mientras haya milicia. Disponía no conferir empleo sin vacante, abolía la concesión de grados superiores sobre los empleos, prohibía el pase de unas

armas á otras, determinaba para todos el ascenso por antigüedad desde alférez á coronel, y limitaba la concesión de empleos en campaña exigiendo la publicación de las propuestas en la orden del ejército. Lo mismo que propuso el general Cassola años más tarde, y que tanto alarmó á los que deseaban continuase la injusticia, el nepotismo y la arbitrariedad.

Decreto que Serrano y Prim dejaron de cumplir en 1868, cuando se sublevaron al grito de moralidad, orden y justicia.

O'Donnell murió el 67 para desdicha de España. Si hubiera sobrevivido á Narvaez, se habría puesto á la cabeza de la revolución del 68, ésta tomara otro rumbo no dirigida por Prim, que soñó y aspiraba á imitar á Cronwell.

A O'Donnell la guerra de Africa le sirvió de Jordán; sin la gloria que en ella alcanzó, que limpió sus grandes manchas políticas, habría pasado á la historia como una calamidad. Tenía talento militar, valor, sangre fría y carácter.

En la Dirección de la Guardia civil nos hallábamos empleados en la sección de justicia un teniente coronel, brusco, de buen corazón, un comandante sabio que le salían mal cuantas especulaciones emprendía y yo. Solía visitar la sección un teniente de la Guardia civil grueso, alto, bigotudo, prototipo de la servil adulación, de voz atiplada, que contrastaba con su varonil figura y maneras bastas, que convertía en ridículas por quererlas afinar. Aunque encontrase la puerta de la habitación medio abierta tocaba dos golpes con los nudos de la mano, y decía en tono sumiso, plañidero. Mi coronel, ¿da U. S. su permiso?—Adelante—respondía con voz hueca y fuerte el jefe de la sección que no era coronel.—El teniente con el tricornio debajo del brazo se cuadraba y le preguntaba.—¿Cómo está U. S.?—¿Bien y V.?—Para servir á U. S.—¿Y la señora coronela y niños, mi coronel?—Sin novedad.—El civil giraba sobre el talón del pie izquierdo daba frente al comandante, lo saludaba del mismo modo sin darle tratamiento ni preguntarle por los chicos aunque sabía los tenía.—Me ponía nervioso cuantas veces se repetía la escena;

al oír.—¿Y usted, mi capitán? antes que acabase la frase le contestaba.—Bueno, sin mirarle, pensando lo cerca que se halla la subordinación de la bajeza.

El 22 de Junio de 1866 hirieron levemente al teniente, le visitamos en el hospital, le encontramos sentado en una silla, hecho un facha, tapada la cara con un trapo, sus lamentos causaban risa, le acababan de ascender, era tanto como yo, le conocí de soldado siendo yo capitán, me nombró por el apellido y casi no contestó á mi saludo. Un tío mal educado de tamaño colosal. Al año llegué yo á jefe, me vió y corrió apresurado gritando:—Mi comandante..... Le volví la espalda. En 1879, se hallaba paseando gravemente con la seriedad del borrico frente á la estación de Astorga. Yo iba en el tren; me oculté en el coche diciendo para mí. Si sabe lo que soy me hartará de excelencias, y si lo ignora no me hará caso. El 8 de Octubre de 1884 lei en un periódico. «Al coronel (se aumentaba un empleo) de la Guardia civil... le han dado el retiro por edad, el cual se halla en aptitud de continuar sus brillantes servicios, ya que no en su cuerpo por oponerse el reglamento, en alguna administración del real patrimonio ó destino análogo donde ejercer sus grandes cualidades. El interesado se sorprenderá al leer su elogio.» ¡Qué se había de sorprender! Pagaría el reclamo. El diario enumeraba sus hazañas y añadía.—Que el 22 de Junio del 66, una bala le había atravesado el cuerpo de parte á parte.—Ni siquiera la nariz; le rozó la punta.

Poseo el más auténtico de los retratos del general Prim, incluso el ecuestre de Regnaud que está en París.—Al pintor don Francisco Sans encargó la Diputación de Barcelona un cuadro de la batalla de los Castillejos. Consiguió que su paisano el conde de Reus permaneciese un par de horas quieto, hizo el estudio de su cabeza al óleo, indicó sólo la leopoldina y regaló la obra á otro artista. Este riñó con Sans y por no tener nada suyo me la cambió por una espada antigua que me costó dos pesetas. Recordé que la leopoldina que Prim llevaba en la guerra de Africa estaba mugrienta, y pedí para que sirviera de

modelo otra igual á un general reaccionario. Pusimos á un exaltado el gorro de un moderado.

Un general me preguntó: «¿Ha visto usted algo artístico en casa del nuevo Director de la Guardia Civil?» «Un busto de Espartero muy malo, de escayola, le respondí.» El ayudante del referido general, bajo con los altos y déspota con los inferiores, exclamó: «Le parecerá malo porque Escayola no es amigo suyo.» Creyó que la materia era el apellido del escultor. Desde entonces le llamaba yo el teniente Escayola. Adulaba á los rocines.—He paseado á caballo por la Castellana y todos exclamaban admirados. ¡Qué magnífico animal! decía. «Pertenece al general... lo montó en la batalla de...» repetía. Por la más pequeña falta tenía á su asistente toda la noche con la silla del caballo colgada del cuello.

El Dante, en el canto XVIII del Infierno, coloca á los cortesanos y aduladores revolcándose en la inmundicia. «Allí, dice, en el fondo del foso, vimos mucha gente metida en estiércol, parecido al de las letrinas humanas.»

Un oficial por gracia y que por gracia de Dios andaba en dos pies, preguntó á una señora inteligente y buenísima el significado de varios dibujos hechos á pluma. «Un jeroglífico, léelo, contestó la dama. «No sé,» añadió el militar. «Escucha. Lo primero es el signo de música *re*. «*Re*,» repitió el majadero. «El segundo, *mi*. «*Mi*.» «Vuelos.» «*Re, mi*.» «Sigue una *t* unas olas y letras; júntalo todo.» «*Re mi, tolas, remitolas*.» Sin poder entender decía «remito las letras.» El alférez Remitolas preguntó: «¿Qué es misa del Espíritu Santo?» «La que oyen los vocales nombrados para los consejos de guerra,» le contestó una muchacha muy lista, riéndose del oficial.

Muchos ayudantes de campo á mediados de este siglo procedían de la clase de oficiales de gracia. Los de carácter independiente no aguantaban les convirtieran en lacayos; algunos lo solicitaban en campaña para ascender más y trabajar menos; se pegaban á los generales como lapas; varios, sin haber mandado compañía, batallón ó regimiento, con valor se les su-

pone, hicieron carrera. Cuentan que un general decía en el parte que dió al gobierno. «Recomiendo á V. E. el heroismo de mi ayudante que ha pasado por la amargura de no hallarse en tan sangrienta batalla». La mujer de un general trataba mal al ayudante de su marido. A éste dijo el oficial. «Con usted iré á toda clase de peligros, pero...» El general le interrumpió preguntándole: ¿Dónde quiere usted que lo destinen? Otra esposa de general dictaba esquelas al ayudante pidiendo dinero á los amigos para obras de caridad. Oí el nombre de uno de ellos y le dije. «A ese no le sacaré usted un cuarto.» «¡Qué sabe usted!» exclamó. «Murió hace un año,» añadí sonriéndome.

Fuí en 1867 á la Exposición Universal de París para que no me contaran las maravillas de la que los franceses llaman la capital del mundo civilizado. No vi á Napoleón III, ni traté de ello. Observé que la tropa no tenía la marcialidad de la española. Ví pasar un batallón del ejército; cada soldado llevaba el arma como quería; comprendí que faltaba disciplina, causa principal de los desastres de 1870; al preguntar quiénes eran unos que parecían comparsas de teatro, me respondieron: «Guardias nacionales.» Excitaban más la risa que sus colegas de la península Ibérica. Como todo lo que parece y no es.

Los museos me encantaron; la Exposición me pareció un gran bazar. Un judío de Gibraltar, me dijo: «¡Con que no hemos vencido! Aludía á la fracasada intentona de los revolucionarios en España. No le contesté pensando. ¿Si creará este escorpión, como llaman los ingleses á los habitantes de la referida plaza, que soy insurrecto?» «A usted, persona instruída, añadió al hablarme por única vez, le regalo estos magníficos libros protestantes, en castellano, que reparte la Sociedad bíblica de Londres.» Los arrojé al Sena.

Hablando con una judía, cité á la Virgen. «¡La virgen, qué tontería!» exclamó. Jamás cuestiono en materias de religión, ni trato de herir á los que tienen en ella sentimientos contrarios á los que mi madre me enseñó, á no ser que ofendan los míos.

Supongamos, repliqué á la hebrea, que no es verdad el misterio de la madre de Dios. ¿Hay nada tan sublime ni poético que reunir en una mujer la hermosura, la virtud, la bondad, la virginidad y la maternidad? Ustedes no tienen más santo que á Moisés y lo representan con cuernos.»

Oí á un sabio arqueólogo francés que en España no hay nada que ver, y le interrumpí diciendo: «El museo de pinturas de Madrid, la Armería real, las mujeres y los soldados.» No pude enterarme en quince días de la gran ciudad de París. Me calló para no imitar al francés que escribió en su diario: «Hemos pasado á diez millas de las Islas Canarias; sus habitantes me han parecido muy hospitalarios.» De las orillas del Sena me trasladé á las del Huecha. Borja, Paris ó Roma, dicen en Aragón para burlarse de mi lugar. Mejor es París: más me gusta Borja.

En la Corte, como en Valencia y Zaragoza, me divertía en recorrer prenderías y coleccionar cachivaches. Iba al Rastro embozado en una capa vieja, me creían artesano y preguntaban enseñándome un asador: «¿Quiere usted esto, maestro?» Yo tan satisfecho. Una niña encargada de un puesto de baratijas, me dijo: Ayúdeme usted á despachar hasta que venga mi padre, no sé los precios, usted los pondrá.» Largo rato estuvimos vendiendo; según el ropavejero lo hice admirablemente; los conocidos se reían.

No he cambiado en treinta años. En Junio de 1896 me dijeron en el Rastro, indicándome á un guarnicionero de viejo: «Ese ha recibido más balazos que usted.» «¿Cuántos y dónde?» le pregunté. «Ocho, en la primera guerra separatista de Cuba.» «¿Qué pensión tiene usted?» «Cinco reales diarios,» contestó. A quince céntimos por herida, pensé. «Sus cicatrices, le dije dándole la mano, son más decentes que las mías; las tiene por defender la patria toda. Yo me batí... no sé por qué.» Los traperos del Rastro aplaudieron mi democracia práctica ó cristiana, que es lo mismo. Cuando me hallaba empleado en la secretaría de la guardia civil, si alguno creía que yo era abso-

lutista exclamaba un antiguo amigo mío de ideas avanzadas. «Si todos los españoles fueran como él se podría establecer la república.»

Después de la guerra de Africa lo mismo que antes, en la carrera militar reinaba la más desvergonzada injusticia. Ascendían por alto los intrigantes, ayudantes y parientes inmediatos de los generales, valiesen ó no, sabios ó ignorantes, listos ó tontos. Los hijos de los héroes pocos lo son. Los ministros al caer firmaban la concesión de empleos y grados con fecha atrasada, á cuyas picardías la opinión pública llamaba testamentos ministeriales. Moderados, vicalvaristas, progresistas, después del 68, les superaron los de la gloriosa, todos muy liberales no se llevaban un pelo de conejo. El que da lo que no es suyo lo roba. Nadie tiene derecho á disponer del dinero del contribuyente sin necesidad. Ladrón es el que quita un puesto al que lo ha ganado legítimamente y no ha delinquido. Sólo mientras fué ministro la última vez el general Narvaez no se cometieron injusticias en el ejército.

La intentona revolucionaria de 1867 fué pronto sofocada. Si hubiera mandado el duque de Valencia diez años seguidos, tan bien como lo verificó desde el 66 al 68, no se habrían repetido guerras civiles ni pronunciamientos. No quiso Dios.

«Dios es la suma bondad,
Sabe lo que nos conviene.
¡Qué fastidiados nos tiene!
Hágase su voluntad.»

Frecuentaba yo la casa de don Fernando Alvarez, exministro, expresidente de las Cortes, bueno y decente. Le visitaban muchos abogadillos para sacar utilidad, que huyeron como bandada de cuervos en 1868, calculando les convenía más adular á los partidarios del gobierno provisional. Como don Fernando era numismático uno de los referidos leguleyos, el que más me cargaba, exclamó dándose importancia: «Poseo una

moneda rarísima; ¡tiene un cordoncillo!...» «Ya sé, le interrumpí; una peseta de Fernando VII de 1832; nada vale.»

Desde entonces, alguno de la tertulia por ser yo oficial de infantería me creía falto de sentido común, de seguro el de la peseta me tendría por adivino. Hay tanto tonto en la tierra que es fácil pasar por listo sin serlo.

A excepción de lo que se relacionaba con mi deber ocultaba mi entusiasmo por el ejército, aunque la ordenanza dice «que el hablar pocas veces de la profesión militar es prueba de grande desidia é ineptitud para la carrera de las armas.» Iba mucho á una casa donde se reunían varios jefes. Uno de artillería preguntó qué era palin. Como todos callaron, contesté: «La correa ancha pendiente del cinturón que sostiene el machete.» Siendo yo de inferior categoría y de infantería, no podía saber tanto como él en materia de palines, por lo cual replicó frenético: «Ya lo sé, ya lo sé...» Olvidé me había propuesto no hablar y menos llevar la contraria en asuntos militares.

Conocí á un teniente coronel retirado que trató de no incomodar ni después de muerto. Previno que á los amigos no avisaran su fallecimiento hasta depositarlo en el cementerio. Supieron la desgracia al oír al encargado de darles la noticia. «Vengo de parte de don fulano á decir á usted que ayer le enterraron.» El difunto, antes de serlo, jamás llevó la contraria á nadie. Cuestión de temperamento.

Muchos jefes, para ocultar su falta de talento, creían sostener la disciplina insultando en lugar de amonestar, sin permitir á los inferiores disculparse. Todo se pega. Reprendí á mi hijo. Por las razones que alegó temí que me iba á derrotar; para evitarlo pensé: aquí del proceder brutal de la milicia; grité al chico: «Cállate, cállate.» El cual replicó: «Si callo ¿cómo me disculpo?»

Un militar progresista cuando en el periódico de su devoción leía alguna palabra que le chocaba sin entender su significado, la aplicaba antes de olvidarla dictando al escribiente: «Orden de la plaza. Habiendo observado con gran disgusto que los sol-

dados no van por las calles con la *sinfonía* que corresponde, les prevengo marchen como *catecúmenos*.»

Por lo mismo que los guardias civiles prestan el servicio aislados y lejos de la vigilancia de sus jefes, debe ser más riguroso su reglamento y más severas las penas. En todo cuerpo militar está probado que no dejando pasar las faltas leves, pocas veces se cometen graves.

Se castigó á un sargento porque recibió un bofetón de su mujer. Calculé que ella no le llegaría á la cintura. Pedí el expediente del abofeteado; había sido cabo de batidores del regimiento de coraceros, creado en 1844 con los soldadas más altos del ejército. En cuanto á la mujer, las de los tambores mayores eran siempre muy chicas.

A un guardia le impusieron una multa porque ordeñó á una borrica en público. Una borricada en público es más reprehensible que en privado.

Montpensier obligó á un cabo de Guardia civil á tomar media onza de gratificación. Aunque la entregó á su comandante, éste propuso á la Dirección se le castigase por haberla admitido.—¿Es justo?—me preguntaron. Y yo á mi vez:—¿Si desobedece á un capitán general, lo premian?

—¿Qué haría usted con esta carta del coronel de un tercio, quejándose por suponer que habré informado en el sentido de lo dispuesto por el Director?—Devolverla sin contestar—respondí.—Eso es muy aragonés.—Evita una polémica ó un chisme, añadí.

En el baile que para solemnizar el casamiento de la infanta doña Isabel con el príncipe napolitano conde de Girgenti se verificó en Palacio el año 67, me extasiaba contemplando los pintorescos grupos de hermosas jóvenes, lujosamente ataviadas que reflejaban en los grandes espejos del salón de columnas. Llamó mi atención una cabeza muy calva, cambié varias veces de sitio, siempre que miraba la veía y calculé que era tan grande como la mía; sólo por el uniforme y las divisas me conocí. Desde muy joven huyo de ver mi efigie.

Un teniente publicó el *Manual del Guardia civil*, y regaló un ejemplar al Director; éste le preguntó:—¿Cuánto lleva usted á los guardias?—Una peseta.—Tenga usted la mía. Si la idea es sacar cuatro reales por libro, yo puedo darlos mejor que ellos.—Inconvenientes de la adulación.

En la Dirección de la Guardia civil estábamos empleados doce jefes y oficiales, trabajábamos de tres á cuatro horas diarias, y llevábamos todos los asuntos al día. Es la mejor época y más cómoda que he pasado en la milicia. No es de extrañar que todos los oficiales del ejército aspiren á ser oficinistas ó ca... tintas. En Octubre de 1867, á los diecinueve años y medio de antigüedad en el grado de capitán, haberme encontrado en guerras y revoluciones, quedando inutilizado de la mano derecha, ascendí á comandante. Como no servia para intrigar, adular, conspirar, ni sublevarme, creí que como la mayoría de los militares de mi pueblo, no pasaría de capitán. Raros han sido los aragoneses que en el siglo XIX han llegado á generales ó ministros. No es broma.

Contaban que un general comenzó á servir de soldado. De fuerzas hercúleas y valor á toda prueba, mandó la escolta de infantería que llevaba Espartero en la primera guerra civil. Admiraba y adoraba al duque de la Victoria. Por él lo acuchillaron en 1843, después de la batalla de Ardoz. Refería que entonces lo mataron, y resucitó porque tenía carne de perro. Quedó de reemplazo y oscurecido hasta el pronunciamiento del 54, que volvió al poder el exregente. Corrió muy contento á verle, y... desde entonces le odió. Tenía razón. En lugar de seguir hablándole de tú como antes, le recibió diciéndole:—¡Hola, señor Fulano!—La mayor de las injurias.

El honrado y leal soldado se hallaba de gobernador militar de Logroño. Llegó á la población un regimiento de caballería. Porque en la calle un soldado no le saludó, lo cogió por la cintura y lo tiró contra la pared. El paisano que acompañaba al general, le dijo:—Si no lleva usted divisas, ni le conoce.—Que me huela—replicó S. E.—Era hombre de pocas letras.

Cuenta D. Vicente de la Fuente que el picador Muselina, patriota del Trocadero en 1823, no sabía escribir. Le preguntó el comisario de las tropas de Angulema, al expedirle pasaporte para Gibraltar:—¿Cuál es su oficio?—Literato—contestó el torero. El francés se quedó aturdido de que en España los literatos no supiesen firmar.

Dicen que el marqués del Duero era tan indolente de capitán, como activísimo y estudioso de general. En los documentos de la compañía, sólo ponía Manuel de la; al día siguiente concluía la firma escribiendo Concha y haciendo la rúbrica. En la milicia se encuentran muchos que tienen más ó menos entusiasmo, según su posición. Los ascensos lo aumentan; las injusticias lo matan. Antes de la revolución de 1868 era capitán general de Castilla la Nueva D. Manuel de la Concha; las grandes paradas las tenía extramuros de la corte, le hacían honores de capitán general de ejército, y los periódicos le llamaban el rey de las afueras. Había un coronel en la guarnición de Madrid, tan chico de cuerpo como fuerte de carácter: llegó á noticia de Concha su genio poco suave, y delante de la tropa le repitió que á ésta debía mandársele con amabilidad y finura. En la primera formación, al llegar el general á la altura del regimiento, el coronel dió la voz: «Batallones, tengan ustedes la bondad de presentar las armas.» Concha arrestó al coronel, que replicó:—Es como V. E. encargó que se mandara.—Y pidió el retiro contra la voluntad del ministro de la Guerra. Muchos y buenos militares perdió el ejército por tratarlos mal.

Don Manuel de la Concha mandaba en Barcelona durante los acontecimientos de 1854. Se sublevaron en la Ciudadela dos batallones organizados para el ejército de Cuba, y levantaron los puentes levadizos de la fortaleza; el general se propuso entrar en ella, previno al segundo cabo que si á las dos horas no había salido, era señal de que le habrían asesinado, y la bombardease desde Monjuich. Concha penetró solo en la fortaleza, habló á los insurrectos, y consiguió que se sometie-

ran. El colmo del valor militar. Tenía grandes condiciones. Ojalá no se hubiera dedicado á la política.

Cuando mandaba el ejército del Norte en 1874, le preguntó un ayudante suyo:—¿Dónde iremos mañana?—Usted á Madrid; no quiero tener necios á mi lado—contestó el general.

Don Ramón María Narváez murió en 1868. Era á propósito para mandar en tiempos que pocos se prestaban á obedecer, fué más generoso que cruel, conocía á los hombres, sus enemigos le temieron y odiaron, la historia le enaltecerá, unía el valor civil al militar.

Impurificado por su exaltación liberal en 1823, volvió de capitán al ejército el 33, tenía el grado de teniente coronel, y pronto ascendió á coronel del regimiento de la Princesa. Supo que sus antiguos compañeros murmuraban, y al presentarse les dijo:—Si en este cuerpo hay poca disciplina, consiste en la falta de valor de algunos oficiales. El que se considere agraviado, hasta que pasen veinticuatro horas, que tomaré el mando del regimiento, estoy á su disposición en toda clase de terrenos.—Nadie le desafió.

En una oscura noche de 1843, varios asesinos, apostados en la calle del Desengaño, al pasar Narváez le hicieron una descarga, y mataron al ayudante Baseti, que iba en el coche á su derecha. El general se bajó tranquilo, solo y á pie llegó al cuartel del Soldado, dispuso que se preparase la tropa, y manifestó á la reina, en el teatro del Circo, que podía continuar presenciando el espectáculo. Al general Prim jefe de la conspiración, el Consejo de guerra lo condenó á muerte, la madre del revolucionario catalán pidió el indulto, y Narváez le dijo:—Se lo rogaré á S. M.; yo no niego nada á una señora.—A los viles instrumentos, sentenciados á muerte, dispuso Narváez los dejaran escapar de la cárcel. Narváez conoció en la calle á uno de los asesinos, hizo que llevaran á su casa al reo y la causa, le leyeron la sentencia de pena capital, rompió los autos, y lo echó diciendo:—Vaya *uzté* con Dios, y prepárese para matarme otra vez.

Narváez era el hombre de más carácter y talento político que hubo en España en el siglo XIX. Adivinaba lo que no sabía, y siempre daba en el *quid*.

De presidente del Consejo de ministros, le recomendaron á un andaluz muy quijote. Lo recibió bien; otro día volvió á ver al general, y porque un moro pasó antes que él, dió gritos insultantes en la antesala. El duque de Valencia mandó arrestarle. Al día siguiente observó que el mismo en el teatro lo miraba con los gemelos; reunió en el acto el Consejo de ministros; porque el de Gracia y Justicia ponía reparos en llevar á la cárcel al que le había faltado en su casa, se abofeteó hasta derramar sangre por las narices; de rabia se torció la peluca. Entonces añadieron al Código penal el artículo que castiga como desacato el insulto á los ministros.

En una sesión de Cortes dijo Narváez: «Todos los españoles queremos comer del presupuesto, vivir en Madrid, en la Carrera de San Jerónimo, piso principal, y acera del sol.» También manifestó en otra ocasión: «Del Palacio real salgo republicano; del Congreso de diputados absolutista.»

En Febrero de 1848 arrojaron los franceses del trono á Luis Felipe. Europa se conmovió. Los progresistas, cansados de esperar los llamase Isabel II, acudieron á las barricadas, que defendieron ayudados por oficiales de reemplazo. Sedujeron al regimiento de España en Mayo, y ocuparon la Plaza Mayor de Madrid. Las tropas leales vencieron á los pronunciados. Bulwer, ministro de Inglaterra, ayudaba á la revolución. Narváez le mandó los pasaportes, y le hizo atravesar en pocas horas la frontera de España: arrogante medida que pocos se hubieran atrevido á tomar contra la poderosa Albión. Jamás ni ella ni Francia volvieron á mezclarse en los asuntos interiores de España. Por el puntapié dado á Inglaterra expulsando á Bulwer, merece Narváez que le erijan estatuas.

En la primera guerra civil, D. Ramón María Narváez al regimiento de la Princesa le hacía observar la más rigurosa

disciplina. Para que brillasen las cartucheras, decía á los soldados al revistarlos:—Dale bola, dale bola.—Cuando le hirieron gravemente en Arlabán, le conducían en una camilla, y en son de burla exclamó un granadero:—Dale bola, dale bola.—El coronel levantó la cabeza, y gritó:—P... la daréis, la daréis mientras yo viva.

Después que regresó el general de ingenieros Zarco del Valle de la misión diplomática á las naciones que no habían reconocido á Isabel II, pasó una larga comunicación, escrita en tan mala letra, que el duque de Valencia no entendió una palabra. Este llenó de garabatos un pliego de papel, y le envió á Zarco, el cual se quedó en ayunas; corrió á ver al presidente del gobierno, y le dijo:—Mi general, acabo de recibir un oficio urgente, y vengo á preguntar su contenido, que nada comprendo.—Lo mismo me ha sucedido con la comunicación de usted—replicó Narváez.

Napoleón III propuso al general Narváez que España cediese á Francia la izquierda del Ebro, á cambio de Portugal.—Eso es formar castillos en el aire, ó, como dicen los franceses, en España—replicó desdeñosamente el duque de Valencia.

En una ceremonia palatina, mientras los grandes de España se hallaban con el sombrero puesto, varios generales, algunos veteranos de la guerra de la Independencia, lo tenían en la mano. El duque de Valencia dijo á éstos:—Cúbranse ustedes, que valen más que aquéllos.

—¡Hola, D. Ramón!—le dijo uno á Narváez.—Duque me llama S. M. la reina—le replicó el general.

En una fiesta que dió Narváez en su casa, un diputado cursi le dijo, tocándole la espalda:—Está muy bien, mi general.—¡Pchs!—replicó el duque de Valencia.—Métase usted la mano en..... y no me toque con ella.

Un literato muy perdido se presentó al duque de Valencia, hablándole con el mayor descaro.—Le advierto á usted—le interrumpió el general—que soy grande de España de primera clase y tengo excelencia.—Pues yo—replicó el escritor—

soy pequeño de primera clase, y todos me tratan de tú.—A Narváez le hizo gracia y concedió lo que pedía el gacetillero.

Narváez no temía á nadie: llamó farsante á Prim en el Senado, le echó en cara su ingratitud, aludiendo á un suceso sangriento, le dijo tenía el corazón emponzoñado, y después le desafió. El conde de Reus, que no conocía el miedo, le contestó dejaba á los senadores el juzgar su conducta.

Narváez se convenció á la vejez lo ridículo de usar peluca, y apareció mucho más respetable.

Tan persuadidos se hallaban todos de la importancia de Narváez, que al saber el general Dulce que había fallecido, exclamó:—Los generales que quedamos podemos llamarnos de tú.—Si no hubiera muerto en 1868 no se habrían atrevido los revolucionarios á probar fortuna. Sus amigos han sido ingratos con él, y sus enemigos rencorosos. Después de muerto le robaron el nombre puesto á la calle principal del barrio de Salamanca, sustituyéndolo con el de Serrano. Un sarcasmo. También le han querido quitar la gloria de haber creado la guardia civil. El era el ministro que firmó el decreto, y á él se debió la idea. Como nada me dió, no me conoció, nunca le pedí, ni me negó, le hago merecida justicia. Sólo le visité cuando era cadáver. La noche del día que murió me dieron orden de pasarla en la Dirección de la guardia civil. La muerte de Narváez alentó á los revolucionarios.

Al duque de Valencia reemplazó en la presidencia del gobierno González Brabo, y en el ministerio de la Guerra el general Mayalde, brusco, sin instrucción, que fué partidario realista en la Mancha el año 23. Nombró capitanes generales de ejército á los marqueses de la Habana y Novaliches, para enfadarlos, porque el conde de Cheste lo era desde el año anterior, en premio de pacificar á Cataluña, donde no hubo la más pequeña refriega con las partidas liberales que aparecieron en el principado. Entre tanto, unidos vicalvaristas, progresistas, demócratas ó republicanos, conspiraban contra el trono de Isabel II. Yo, como siempre, permanecía indiferente,

aborreciendo á los que se dedicaban á la política para medrar y enriquecerse.

Recibí por el correo varias proclamas revolucionarias, y hasta cartas, aconsejándome que todos los militares nos decidiésemos por la libertad. Desprecié los referidos documentos, haciéndolos pedazos. Debió enterarse la policía, porque González Brabo escribió al Director de la guardia civil, preguntando si yo tenía ideas revolucionarias y si era buena mi conducta política y militar. Al leer la carta, tanto el general Turón como el brigadier Trillo, se echaron á reír. Me la enseñaron, quedé estupefacto, y me dijo el secretario:—Mire usted la contestación.—En ella manifestaba al ministro que yo jamás me ocupaba de política, que me dedicaba á buscar objetos arqueológicos en el Rastro y prenderías, siendo probable me hubieran metido sin saberlo en alguna casa sospechosa. Dios se les pague. Otra vez me expuse á ser héroe liberal, sin comerlo, beberlo, ni quererlo, como en 1854.

El 3 de Noviembre de 1854 votaron las Cortes, casi por unanimidad, la monarquía de Isabel II. Cortina lo propuso, el general San Miguel lo sostuvo, Espartero abrazó á éste, O'Donnell rechazó la república, y Prim dijo:—En el campo de batalla me encontrarán, por desdicha suya, los que quieran atacar á Isabel II; si fuese posible que vencieran, no sería yo ciertamente quien les pidiera gracia, tregua ni cuartel.—A los catorce años se puso á la cabeza de los que la destronaron. Prim, jefe de la expedición á Méjico en 1862, comprendió que Napoleón III trataba de entronizar al infeliz Maximiliano, y se embarcó para Cuba. Al llevar O'Donnell á la firma el decreto censurando la determinación, le dijo la reina:—¿Has visto qué cosa tan buena ha hecho Prim?—La mejor hazaña de su vida.—Si hubieran continuado nuestros soldados en Méjico ayudando á una causa que nada importaba á España, se habría derramado sangre en abundancia y sin provecho, como sucedió en Cochinchina, que Francia nos pagó con unos cañones viejos.

Prim ganó jefes y oficiales del ejército, les ofreció ascensos, y les dió dinero. Todos los expulsados de la milicia, hasta por delitos comunes, se pusieron á su mandar: Los vencidos y vencedores del 3 de Enero y 22 de Junio de 1866, víctimas y verdugos, los demócratas, que no querían quintas, y los vicalvaristas, que se oponían á su abolición, conspiraban juntos; todos por insaciable sed de mando.

El general Córdoba, en nombre de 50 oficiales superiores del ejército ofreció el trono en Sevilla al duque de Montpensier, al nieto de Felipe Igualdad, sin contar que Napoleón III se opondría. Diéronse SS. AA. por enterados. Los unionistas deseaban por rey á un francés que adelantó dinero para destronar á su cuñada. ¡Qué parentela!

Prim, alma de la conspiración, quería á los vicalvaristas para auxiliares y darles después un puntapié. Estalló la conjuración, la escuadra española se colocó en batalla frente á Cádiz el 18 de Septiembre de 1868, don Juan Topete arengó, presentó al conde de Reus, y 21 cañonazos anunciaron el destrocamiento de Isabel II. La marina se sublevó, porque el ministro Belda que la conocía, pensaba corregir muchos abusos.

El 19 de Septiembre se publicó un Manifiesto redactado por el poeta Ayala, que fué ministro de la revolución y de la restauración. Lo firmó el duque de la Torre, que de todos los españoles era el que más debía á Isabel II. En él se leía: «Queremos que las causas que influyan en las supremas resoluciones las podamos decir en alta voz delante de nuestras madres, nuestras esposas y de nuestras hijas.» El mayor insulto que podría hacerse á una señora.

Topete había gritado:—¡Viva España con honra!—llamando gloriosa á la revolución. Los partidos políticos deshonoraban la patria. Unos y otros se llamaban leales, y á sus contrarios rebeldes.

El segundo cabo don Rafael Izquierdo sorprendió revólver en mano al capitán general Vasallo, y se pronunció con la

guarnición de Sevilla. También lo verificaron las de Cádiz, Ceuta, Campo de Gibraltar y Málaga.

Los marinos se convinieron antes de sublevarse en dar de baja, declarando exentos de servicio á todos los generales de la Armada, menos á Méndez Núñez y al actual almirante don Guillermo Chacón. Este no admitió la excepción y siguió la suerte de sus compañeros.

González Brabo escribió el 10 de Noviembre de 1868 al que era gobernador de Cádiz cuando se sublevó la escuadra, lo que sigue: «Desde las primeras noticias que recibí de usted sobre la actitud de la marina, hice de ellas el caso y el uso que debía. El Sr. B....., engañado por las protestas que se le hacían se resistía á mis excitaciones y á las de mis compañeros. Lo mismo le sucedía al ministro de la Guerra con respecto á..... Pedí á S. M. que se viniera á Madrid. La Reina, entusiasmada con los marinos y B..... también, no dieron crédito á mis palabras. Se multiplicaban las cartas protestando fidelidad, y así las cosas, llegó el momento, y áun entonces no se quiso creer lo que se veía..... Me han faltado entorchados en la manga y una espada que me diera el derecho de montar á caballo y dirigir las tropas.» ¡Bien lo hubiera hecho! Peor si cabe que los que llevaban faja carmesí.

Desde el siglo XVII no hemos ganado una sola batalla naval. La del Cabo de San Vicente fué deshonrosa, en Trafalgar perdimos, decayó el ánimo hasta el punto que el pueblo decía: «Con todos guerra, y paz con Inglaterra.» Durante la insurrección de la América del Sur no ganó honra la marina; en 1866 los chilenos nos apresaron un buque, y en el Callao los peruanos se atribuyen la victoria.

La Reina se hallaba en San Sebastián, la marina de la costa del Cantábrico también estaba metida en la conspiración, incluso Malcampo, que mandaba la fragata *Zaragoza*; nombraron presidente del Consejo de Ministros á D. José de la Concha; su hermano D. Manuel se excusó de tomar el mando del ejército que se formaba contra los sublevados de Andalucía, y

siguió de capitán general de Castilla la Nueva. Con su valor, inteligencia, prestigio y media docena de batallones hubiera lanzado al mar á los insurrectos.

El marqués de Novaliches, general en jefe del ejército realista, lo reunió en el Carpio; debió verificarlo en Córdoba, punto más estratégico.

El 27 de Septiembre escribió Serrano á Novaliches, diciéndole: «En nombre de la humanidad y de la conciencia invito á usted á que, dejándome expedito el paso en la marcha que tengo resuelta, se agregue á las tropas de mi mando y no prive á las que le acompañan de la gloria de contribuir á asegurar la honra y la libertad de su patria.»

El 28 de Septiembre, á las cinco de la tarde, sin cañonear de revés el puente de Alcolea, ocupado por los sublevados, se puso el marqués, valerosísimo soldado, á la cabeza de una columna para pasarlo, le hirió en la boca un casco de granada, y por señas ordenó suspender la batalla. Nadie la ganó.

El conde de Girgenti, coronel de húsares, preguntó admirado:—¿Por qué nos retiramos, si no hemos perdido?—Ignoraría se hallaba en España.

Las tropas leales sólo fueron vencidas, por los siguientes telegramas que recibió el general Paredes, que sustituyó, por desgracia, á Novaliches:

«Marqués del Duero. General en jefe accidental. Agitación en Madrid. Dé V. E. paso franco al duque de la Torre. El ministro de la Guerra ha hecho dimisión.

»Madrid 29.—Gobierno provisional. Madrid pronunciado con grande entusiasmo sin derramamiento de sangre; el pueblo ha fraternizado con el ejército al grito de ¡Viva la libertad y la soberanía nacional!—*El general Ros de Olano.*»

A las ocho de la mañana del 29 de Setiembre leí en la *Gaceta* del mismo día, la siguiente alocución:

«Madrileños: La guarnición de esta capital, apoyada por los hombres honrados de todos los partidos, por todos los que quieren respeto á las personas, y respeto á la propiedad, ha

podido conservar el orden público hasta aquí sin molestar á nadie.

»Seguid todos prestando vuestro apoyo y manifestando vuestra aprobación incesante á la conducta noble y serena de las tropas que tengo la honra de mandar; esperad con calma los sucesos que se desenvuelven en la Península, y la causa de la civilización y de la libertad no peligrará ni se manchará por exceso alguno en el pueblo de la metrópoli, que debe dar ejemplo á todos de cultura y facilitar con su actitud firme y digna la solución que más convenga á la patria y á los intereses de todos.

»Después de lo que acabo de manifestaros, os aseguro que se conservará la tranquilidad pública.»—*Manuel de la Concha.*

El general en jefe que mandaba las tropas de la reina en Castilla la Nueva ni nombraba al monarca que tenía obligación de defender. Valiente hasta el heroísmo, instruído, trabajador incansable, hombre de grandes arranques, pasará á la posteridad como reformador de la táctica. Con una guarnición leal y decidida, si hubiera llamado á su amigo el general Serrano con los dos ejércitos que acababan de batirse, se habrían impuesto á Prim evitando innumerables calamidades á la nación. El marqués del Duero no volvió á figurar hasta que asesinaron al conde de Reus.

La inmoralidad en todas las esferas de la sociedad contribuyó al cataclismo de 1868. Si en la milicia, que por su severa disciplina hay siempre más orden, se hacían tantos desaguisados como los que se narran en estas *aventuras y desventuras*, los que se cometían en la administración civil eran horrorosos. Citaré un hecho. Un inspector de instrucción pública, no entregaba á las jóvenes después de aprobadas, el título de maestras hasta que cedían á sus libidinosos deseos. Para muestra, basta un botón.

En cuanto me enteré de la alocución del capitán general de ejército, D. Manuel de la Concha, recogí á mi hijo que se hallaba en un colegio, encargándole que si quedaba sin padre

no fuera militar, para no contribuir á la elevación de ambiciosos y malvados. Marché á la Dirección de la guardia civil, situada en la plaza Mayor, creyendo que algún general defendería á Isabel II. Ni uno. A las tropas, como el 2 de Mayo de 1808, las encerraron en los cuarteles, y los héroes populacheros cuando supieron que no existía el menor peligro desarmaban y maltrataban á oficiales y soldados que tenían orden de no defenderse.

Un grupo de gente armada, con los fusiles que habían robado en el parque de Artillería, muchos se vendieron á peseta y sirvieron después para los carlistas, atravesó la plaza dando vivas al teniente coronel Amable Escalante, que se acababa de ceñir la faja de general en nombre del pueblo; la pillería taló los jardinillos que rodean la estatua ecuestre de Felipe III y unos obreros trataron inútilmente de romper á martillazos las patas del caballo. Insultaron á los guardias civiles que se encontraban en los balcones de la Dirección y destruyeron la corona que había en la fachada de la Casa de la Panadería. Un general se arrancó en la Puerta del Sol las hombreras con la cifra de Isabel II, después de explotarla durante su reinado, para dar gusto á las turbas, y otro que recibió grandes mercedes más tarde de Alfonso XII, iba reclutando generales para que sirviesen á la revolución. En la fachada del ministerio de Hacienda, calle de Alcalá, apareció el siguiente rótulo con letras gordas: «Cayó para siempre la raza espúrea de los Borbones, justo castigo á su perversidad.» Lo puso un político que después fué acérrimo borbónico.

Cuando mayor era el barullo y se oían miles de disparos al aire por toda la excorte, tuve que ir á mi casa. Me avisaron que mis muy liberales vecinos de la calle de la Luna, querían matar á mi hijo porque se oponía á que se colgaran los balcones de mi habitación. Antes que yo llegase desapareció el chico por no presenciar un acto que desagradaría á su padre. La índole del pueblo es buena cuando no la envenenan los políticos. Hambrientos y desharrapados guardaron muchos días

los tesoros del palacio real porque les dijeron pertenecían á la nación, lo cual no sucede sino en España. El saqueo se verificó por los que usaban levita y tenían coche. Uno de los que comenzaron á robar se llevó un loro para que no se muriera... Por la jaula que era de plata.

Prim lanzó á la pelea á los unionistas, y sin correr peligro se aprovechó de la victoria. El pueblo lo comprendió por instinto, y cantaba:

«En el puente de Alcolea
La batalla ganó Prim»

que se hallaba á cien leguas.

Lo más sublime que oí aquellos días, fué:

«A las armas, españoles,
A las armas ¡voto va!»

Los oficiales y soldados de la guarnición pasaron por la ignominia de no poder ir por las calles armados hasta que llegaron á Madrid las tropas de Serrano. Con raras excepciones, los que nada debíamos á la monarquía derrocada la fuimos fieles. Miles de oficiales, sobre todo de infantería, se separaron de las filas voluntariamente ó los echaron para colocar á los conspiradores, revolucionarios de oficio, ó expulsados del ejército por delitos comunes. Muchos leales quedaron en la miseria. Los políticos sin conciencia protegen siempre á los felones. Sólo en la batalla de Alcolea, en Santander, que mandaba el general Calonge y en Béjar, se derramó sangre en defensa del trono de Isabel II. El conde de Cheste, capitán general de Cataluña, al saber el resultado de la batalla de Alcolea, abandonó el ejército que mandaba, reconoció la revolución en Vitoria, se arrepintió y emigró al extranjero. En Madrid no hubo un general que se pusiese á la cabeza de las tropas, decididas por la reina y deseosas de cumplir con su deber. Estaría escrito, como dicen los mahometanos.

El último Ministerio de Isabel II y los cortesanos que la



rodeaban la aconsejaron no volviese á Madrid; la familia real atravesó la frontera francesa el 30 de Septiembre de 1868. Se derrumbó un trono para levantar otro á un extranjero, que se marchó aburrido de sus incorregibles súbditos, se estableció la República, que iba convirtiéndose en cantonal, se insurreccionaron nuestros parientes los cubanos al grito de ¡Viva Prim! que cambiaron en seguida en ¡Viva Cuba libre!, guerra horrible que nos costó diez años de lucha, 5.000 oficiales y más de 100.000 soldados muertos. Aún colea el año 1896.

En la Península, además de motines, sublevaciones republicanas y aparición de bandidos en grande escala, tuvimos una guerra cantonal y otra carlista que duró tres años, quedando la Nación en la miseria con una deuda espantosa.

La ambición de los políticos y el viva de España con honra nos costó ríos de sangre, millares de millones de pesetas y ninguna ventaja positiva. Se lucieron.

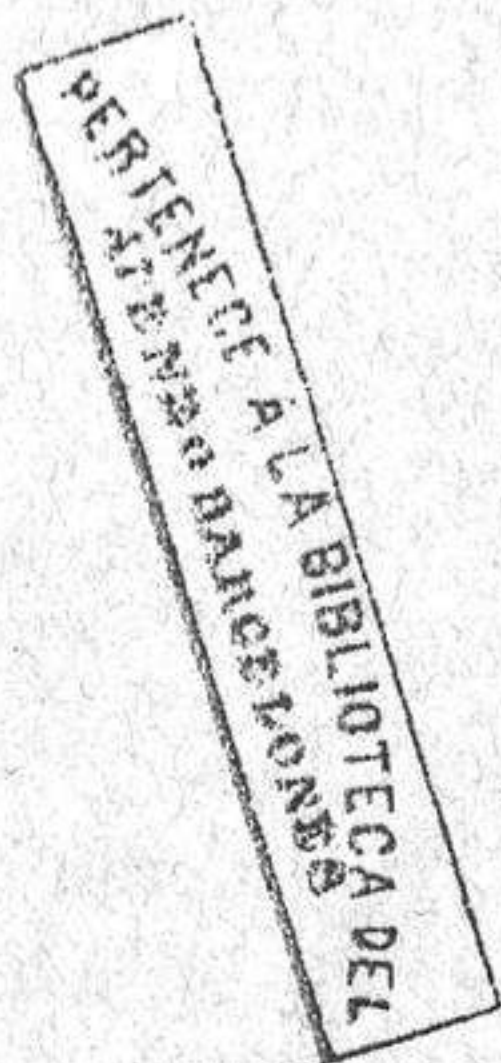
La revolución concedió una gracia general á los que en el ejército no se sublevaron, que fueron los más. A los que la ayudaron les dieron cuanto deseaban. Me hicieron teniente coronel; una desgracia, porque tornaba á ser capitán ó á la paga de la referida clase. Sólo la cobré de comandante un año. El nuevo Director de la Guardia civil nos dijo que conocía y apreciaba nuestros buenos servicios, á varios empleados de la Secretaría, pero..... que tenía que colocar á otros.—Para eso se sublevó S. E.—Me castigaron por borbónico, pasé seis años á medio sueldo, sin más trabajo que buscar antigüedades, sentir los infortunios de la patria, reirme de los patrioterros, y sobre todo, de los estúpidos que creían serían más decentes los políticos de la gloriosa que lo habían sido los que contribuyeron á la caída de la reina Isabel.

Al salir echando chispas por la puerta de la Dirección, entraba uno que de paisano acababan de darle el empleo de coronel de la Guardia civil; pronto llegó á general. Al verle y recordar que la marina exreal (el 29 de Septiembre la hicieron quitar la corona del emblema que representa el mencionado

Cuerpo, el 73 en Cartagena los presidiarios sustituyeron á los jefes de la Armada), iba yo repitiendo entre dientes la décima que sigue, escrita por un oficial, herido en el combate de Trafalgar:

Me..... en la bella unión
de españoles y franceses,
en Villeneuve mil veces
y también en Lauristón.
Me..... en Napoleón
y en lo muy mal que combina;
también me..... en Gravina
porque no remedió el daño.
Y en fin me..... en Escaño
y en toda la Real Marina.»

UN SOLDADO VIEJO.



RECUERDOS.

Ni eran días para emprender mi viaje á Palencia, ni me agradaba mucho salir de Madrid, llevándome al nuevo distrito las tercianas que del antiguo traje; ni el estado de agitación en que toda España se hallaba exigían imperiosamente la presencia inmediata de un ingeniero novel y subalterno, tal como yo, en la [provincia á que había sido trasladado.

¿Qué le importaba al país—que ardía en plena revolución—que yo fuese quince días antes ó quince días después á Palencia, ni en qué se perjudicaba con esto al servicio?

Resolví, pues, quedarme en Madrid hasta ponerme bueno, y hasta ver en qué paraba toda aquella trifulca revolucionaria.

Y bueno me puse, gracias á mi padre. Y la trifulca revolucionaria concluyó por la constitución de un Ministerio Espartero-O'donnell, que rigió durante dos años los destinos del país.

¿Quién ha de decir que aquel Ministerio, aquella conciliación entre O'Donnell y Espartero había de inspirarme, ó por mejor decir, había de depositar en mi cerebro el germen de *El Gran Galeoto*, drama que escribí tantos años después?

¿Qué tiene que ver la política con mi drama?

¿En qué se parece la fusión del jefe de los progresistas con

el jefe de los generales de Vicálvaro, á una fábula dramática, en que el amor y la murmuración son los resortes principales?

Pues, sin embargo, esta incongruencia, esta extravagancia, este disparatado maridaje ha sido una realidad.

Yo lo aseguro bajo palabra de honor.

La idea de *El Gran Galeoto*, clara, distinta, profunda ó superficial, como ella sea, nació en el bienio progresista.

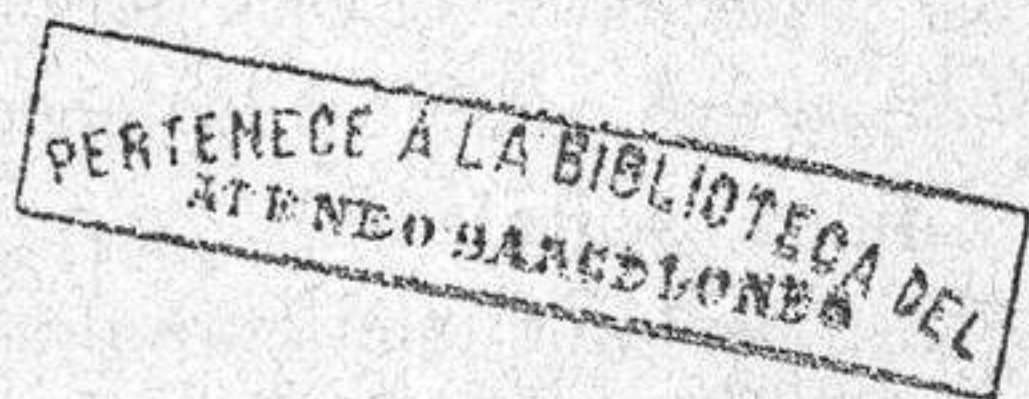
La ley de sociología, la ley pasional, la ley biológica, pudiera decir, que entraña mi obra, en aquella época, se dibujó en mi cerebro con formas invariables y clarísimas.

Yo he escrito *El Gran Galeoto* porque Espartero y O'Donnell formaron Ministerio: es cosa probada.

El cómo y el por qué, ya lo explicaré más adelante, cuando llegue el momento oportuno, y ya verán mis lectores de hoy, si para entonces viven, como yo les deseo, que la idea no es ni tan rara, ni tan extravagante como á primera vista pudieran imaginar.

Pero no anticipemos los sucesos, como se dice en las novelas de folletín.

*
*
*



Y seguían su marcha turbulenta los sucesos revolucionarios, y yo en mi casa quietecito, y esperando á pie firme; ¡qué bien hice en esperar!

Por de pronto, mi padre me curó las tercianas, aquellas tercianas que llevaban seis meses de antigüedad, que brotaron en Madrid aún con más fuerza que en Almería, y que habían resistido imperturbables y perturbadoras de mi organismo á las más altas dosis de quina.

Al fin mi padre me las curó en veinticuatro horas con no sé qué preparación de arsénico.

Después de estar unos cuantos días sin que faltase de cada tres ni uno sólo la fiebre intermitente, una mañana, cuando ya sentía los preludios de la calentura, me dió mi buen padre una pequeña cucharada de un líquido ligeramente ácido, y con no sé qué preparación arsenical, gracias á la que, sentí materialmente retroceder la fiebre, despejarse la cabeza, recobrar su energía el cuerpo, y volver todo mi organismo á su normalidad.

Y se acabaron las fiebres intermitentes.

Es que mi padre, como médico, tenía un acierto verdaderamente prodigioso.

Yo lo vi una, y dos, y cien veces. Personas, que para un profano en la ciencia médica, y áun para muchos médicos, estaban buenas, y de las que decía mi padre, «morirá dentro de un año, ó dentro de dos, ó no vivirá mucho, que á cuatro años no llega», y la sentencia se cumplía por manera infalible.

Otras veces decía de un enfermo desahuciado en junta de doctores: «Cá, ese no se muere», y como por milagro resucitaba.

Recuerdo el caso del cura de San Bartolomé, en Murcia, caso que ocurrió á los pocos meses de establecerse mi padre en dicha capital.

Decían que el cura de San Bartolomé estaba tísico en tercer grado: por muerto le habían dado todos los médicos, y una semana de vida le concedían á lo sumo, cuando le vió mi padre pasar en coche hacia la iglesia á no sé qué función ó rogativa.

No hizo más que verle, y dijo á las personas que le acompañaban, es decir, que acompañaban á mi padre:

—¿Y ése es el que aseguran que está tísico? Ni está tísico, ni debe morirse si saben curarle: *con cuatro cuartos de nitro le curo yo.*

La frase corrió como el rayo por la población.

—¡Jactancias del médico de Madrid!—decía todo el mundo.

Pero la familia del enfermo se enteró; se enteró el mismo enfermo; y, como era ya cosa perdida, aún los médicos que le curaban y asistían le aconsejaron que se llamase á mi padre, quizá con la esperanza, algunos de ellos, de que se desacreditase para siempre el vanidoso médico de Madrid, que venía con mucha ciencia nueva, con muchas arrogancias, y que además, cuando llegaba el caso, daba pruebas de gran energía personal, haciendo retroceder á más de un fanfarrón de oficio.

Ello fué que mi padre se encargó del enfermo; y no sé si con los cuatro cuartos de nitro, pero en todo caso, en el espacio de un mes el enfermo estaba completamente bueno; y en una solemne función de iglesia, á que asistió todo Murcia, decía misa, en acción de gracias, el resucitado cura de San Bartolomé.

Y es que mi padre reunía, á toda la ciencia médica conocida por entonces, á todas las ciencias auxiliares, principalmente la Botánica, en suma, á grandes conocimientos teóricos, una práctica tan variada, tan rica y tan constante, tan de todos los días y de todas las horas, que pocos médicos, aún de edad avanzada, hubieran podido competir con él. Yo no diré, como vulgarmente se dice, que le habían salido los dientes viendo enfermos; pero que viendo centenares de enfermos le habían crecido las barbas, esto sí que no admite duda.

A los quince años había entrado—como dije en otra ocasión—en el hospital de San Carlos, y su carrera desde entonces, hasta que se trasladó á Murcia, fué á la vez teórica y práctica. Dos ó tres horas en clase estudiando teorías; y el tiempo que quedaba de las veinticuatro horas, casi íntegro, sin más que unas pocas para dormir y comer, viendo ante sí el ejemplo vivo (si puede hablarse de vida ante los gérmenes de la muerte) de todas las enfermedades y de todos los enfermos que van desfilando por las tristes salas del tristísimo hospital.

Por eso su práctica, como acabo de decir, era grande; por eso su ojo médico, como vulgarmente se dice, era verdaderamente excepcional.

¡Cuántas ideas sobre Medicina le he oído explicar en mi juventud, que ahora oigo repetir como grandes novedades! Que él en muchos problemas médicos tuvo el presentimiento de la ciencia moderna, es para mí cuestión indiscutible y evidentísima.

Por lo pronto, en veinticuatro horas me curó para siempre aquellas formidables tercianas, que parecían no tener fin hasta no conseguir el mío.

Desde entonces, el arsénico ha sido para mí una de las sustancias más simpáticas que existen en la química.

¡Que da la muerte á veces! ¿Y esto qué prueba? Que no se le trata con aquella consideración y aquel respeto á que es acreedor por su noble naturaleza.

Hasta la vida misma puede ser causa de muerte si torpemente se la dirige.

*
* *

La obra de la revolución comenzaba á regularizarse. Los ministros empezaban á funcionar, como funcionan siempre en casos tales: disponiendo grandes cambios en el personal de la Administración.

Algunos profesores de la escuela salieron de ella para ocupar otros puestos; resultaron vacantes, y para ocupar una de ellas fuí nombrado profesor de la Escuela de Caminos, encargándoseme la clase de Stereotomía, que comprendía el corte de piedras, metales y maderas; y al mismo tiempo, por ser el más joven, se me dió el cargo de secretario.

Y aquí acude á mi memoria un hecho curiosísimo, digno de estudio, que entraña problemas todavía misteriosos de la biología, y de que voy á dar cuenta á mis lectores en estos que considero, como tantas veces he dicho, á modo de documentos humanos, ya que tan de moda está la historia documental de los individuos.

El hecho es curiosísimo; me ha dado mucho que pensar; es único en mi existencia; lo he consultado con personas muy competentes, y nadie me lo explica de una manera satisfactoria.

Es nada menos que un problema *de lo inconsciente*.

Yo, por entonces, ni sabía ni sospechaba que existiesen tales problemas. Me hice cargo de ellos y los tomé en cuenta para mis meditaciones muchos años después, como lo diré á su debido tiempo; porque á su debido tiempo he de decir todo lo que se me ocurra y todo lo que me haya ocurrido en el orden literario, científico, político, económico y hasta sociológico. Conque vayan pensando mis lectores si tendré que ir sacando documentos del repleto y ya casi empolvado archivo de mi memoria.

Y vamos al hecho, al problema ó al documento, como se le quiera llamar, que todos estos nombres pudiera dársele.

*
* *

He dicho, que por ser el profesor más joven, se me encargó la secretaría de la escuela, y no había pasado la primera semana cuando me llamó á su despacho el director y me mandó, que citase á junta ordinaria á los profesores para el día siguiente.

Yo mismo extendí la minuta, porque era el primer encargo que como á secretario se me hacía, y con ser tan insignificante, aún así y todo lo consideraba yo como asunto muy serio.

Siempre he tenido empeño en cumplir bien y debidamente mi obligación, descendiendo, á ser preciso, y aún no siendo preciso, á los más nimios pormenores: hay que hacer las cosas á conciencia. Decididamente yo soy hombre de conciencia; me precio de ser justo con todo el mundo y no quiero ser injusto conmigo mismo.

E. M.—*Octubre 1896.*

7

Así pues, redacté yo mismo la minuta de citación.

Le llamé al escribiente y le mandé que extendiera tantas copias como profesores y que me las trajera á firmar.

Así lo hizo, y yo leí atentamente los oficios; me convencí de que estaban conformes con la minuta; firmé en todos ellos; y como Dios descansó al séptimo día de la creación, yo descansé también.

Dieron las cuatro, acabó la escuela, me fuí á mi casa y estuve leyendo, según costumbre, obras de matemáticas durante un par de horas. Comí como siempre, sin la menor preocupación. Después me fuí como siempre al teatro, sin acordarme para nada ni de los oficios, ni de la junta, ni de la escuela; y á las doce y media volví á mi casa, porque siempre he sido hombre de costumbres morigeradas y severamente regulares; estoy decidido á enaltecer mis buenas cualidades. Me debo también esta justicia y con satisfacción me la pago. Y después de leer un rato no sé qué novela (que esta es la hora que á las novelas consagraba y consagro todavía) me quedé tranquilamente dormido sin la menor agitación de espíritu.

Al menos esto creía yo. Pero bien pronto me convencí, que un hombre puede estar hondamente preocupado sin saberlo ni sospecharlo.

Han de saber mis lectores, que yo he dormido siempre de siete á ocho horas, y que mi sueño es continuo; por lo regular, sin sueños ni pesadillas.

Es una línea negra que separa las dos líneas luminosas de dos días consecutivos.

Mi sueño es negro casi siempre; completamente negro: la conciencia se eclipsa de una manera total; no pienso, no me agito, no tengo crepúsculos; mi dormir es un túnel de negrura absoluta entre la boca de entrada y la boca de salida.

Jamás, pues, me despierto á media noche, como no sea cuando estoy enfermo. Desde que pierdo la conciencia, á eso de la una ó una y media hasta que me despierto á las nueve, no hay en mi sueño intermitencia alguna.

Este dato es importantísimo porque da carácter extraordinario, en medio de su trivialidad, al fenómeno fisiológico ó psíquico que voy describiendo.

Aquella noche, por excepción, me desperté de pronto, á eso de las cuatro de la mañana. Me desperté sin transición, pasando de pronto del sueño más profundo á la vigilia más absoluta.

Y me desperté con esta idea perfectamente clara: *en la citación para la junta de mañana se me ha olvidado poner la hora*. He dicho que hay junta; que los señores profesores deben asistir; pero no he dicho á qué hora debe celebrarse: de modo que va ser una plancha monumental: todo lo monumental que puede ser la plancha de un secretario.

Ahora recuerdo que no empleé esta pintoresca imagen ¡hacer una plancha! puesto que el modismo es de época más reciente. Pero de todas maneras, la idea subsiste; yo me vi en ridículo ante todos mis compañeros. Para ser el primer acto que realizaba como secretario, la verdad es que me había lucido.

Ya no pude dormir en toda la noche. Me levanté muy temprano, me fuí á la Escuela, hice venir al escribiente y se corrigió mi lastimosísima distracción.

Pero el problema subsiste, y el problema es profundamente misterioso.

Cuando yo redacté la minuta, claro es que no tuve conciencia de mi distracción. No pude enterarme, por lo tanto, de que en la minuta no constaba la hora de la junta.

Cuando repasé las copias, que me trajo el escribiente, tampoco noté la falta de aquella circunstancia: si la hubiera notado, claro es que la hubiera corregido.

Yo salí aquella tarde de la Escuela sin la menor preocupación. Hice mi vida de siempre; como siempre, me dormí á la hora regular; y durante tres horas ó cuatro dormí con el sueño tranquilo de costumbre. ¿Quién me despertó, pues, á las cuatro de la madrugada?

¿Qué parte de mi organismo cerebral, qué celdilla de mi

sistema nervioso se había enterado de aquello de que no me había enterado yo? ¿Y por qué tardó tanto en avisarme? ¿Y cómo tuvo energía suficiente para despertarme, rompiendo el sueño profundísimo en que yo me hallaba?

Se dirá que *lo inconsciente*; pero, en el caso presente, ¿qué significa esta palabra?

Aunque exista *lo inconsciente* para ciertas sensaciones débiles ú obscuras, ¿cómo puede funcionar en actos del orden moral y del orden intelectual en que parece que la conciencia es necesaria?

No es que yo niegue nada. Estas interrogaciones sólo significan dudas, problemas y dificultades; no significan negaciones por tal ó cual sistema filosófico inspiradas.

De todas maneras, el caso ó fenómeno me ha parecido siempre por todo extremo curioso. Y no deja de enorgullecer á cualquier individuo, por modesto que sea, ser portador en el mundo psíquico de un caso tan extraordinario como este, á pesar de su trivialidad aparente.

Si se tratase de una pura sensación recibida, sin carácter ni valor intelectual y lógico, pongo por caso, un ruido grande, una emoción violenta, compréndese que las ondas vibrantes del ruido ó de la emoción anduvieran perdidas, digámoslo así, por el sistema nervioso, y áun por todo el organismo, y que, al cabo de algún tiempo, aprovechando la calma del sueño, se reunieran y condensasen, cayendo de pronto sobre la conciencia y despertándola.

Pero, fíjese el lector, en que no es este el caso de que se trata.

Trátase, no de una sensación, sino de *una idea*; de una idea, repito, que si no se comprende, no tiene valor ni fuerza. Trátase de que, mientras *el yo de mi conciencia* no se había enterado de que en la minuta y en los oficios faltaba la hora de la junta, *otro yo* inconsciente, á pesar de serlo, se había hecho cargo de aquella omisión: no por su fuerza material, ni por lo violento de la sensación, sino por su *valor lógico*, por su *tras-*

cendencia moral (si vale la palabra); por refinamientos de la vida; en suma, porque yo iba á verme en ridículo.

La sensación sorda ó inconsciente, compréndese como puro movimiento: una parte de las celdillas de mi cerebro puede estar vibrando sin que yo lo sepa: pero *una idea* lógica, pensada y juzgada y al mismo tiempo *inconsciente*, es un problema estupendo.

Saber que no se ha puesto la hora en un oficio (sin saberlo); tener conciencia de una irregularidad del orden intelectual (sin tener conciencia de ella); esto es muy hondo y casi incomprensible: porque, al menos aparentemente, implica contradicción.

Pues ello es que así sucedieron las cosas. Yo, por distracción no puse la hora en el oficio, y no me dí cuenta de ello: no tuve conciencia de la falta. Y no parece sino que dentro de mí hay *otro yo*, que piensa por su cuenta; y que nunca se pone en relación conmigo sino en casos muy excepcionales. Y este *segundo yo*, á quien no me atrevo á llamar *lo inconsciente* porque conciencia tenía, por lo visto, y más despierta que la mía propia; este inseparable compañero, que allá anda invisible por las profundidades espirituales, que quién sabe si será así como un repliegue de mi propio espíritu con autonomía intelectual suya; este yo duplicado se enteró de mi distracción y comprendió su relativa importancia y sin duda estuvo diciendo para sí, toda la tarde y toda la noche: «pero, este pobre chico se va á poner en ridículo, y va á tener mañana un disgusto; hay que avisarle.»

Yo estoy seguro, que me estuvo avisando durante muchas horas; que me estuvo gritando con toda la voz de sus psíquicos pulmones: «¡Eh, compañero, que se te olvidó poner la hora á que ha de celebrarse la junta!»

Y yo, entregado á las distracciones de la vida ordinaria; en el tumulto de la calle; en la absorción del espíritu por el estudio cuando volví á casa; en conversación con la familia durante la cena; en la distracción que produce el espectáculo teatral;

marchando, en suma, en una corriente de sensaciones poderosas, no podía oírle; mi atención solicitada por las sensaciones y los ruidos de fuera no podía atender á las vocecillas de dentro; en vano me gritaba mi otro yo; en vano mi cerebro, ó mi sistema nervioso me mandaba avisos sobre avisos. Para mí, aquellos avisos y aquellas voces, eran como si no fuesen.

Pero me dormí; cesaron las sensaciones exteriores de invadir mi sistema nervioso; se restableció en él cierta calma, y entonces el otro yo sacudió con fuerza las celdillas cerebrales y consiguió despertarme, comunicando á mi conciencia aquella idea, que tan clara vi al punto de recobrar el sentido: «en el aviso á los profesores no he puesto la hora de la junta.»

Ya sé que esto no es una explicación del fenómeno; porque no es más que decir, bajo otra forma, lo mismo que pasó.

La explicación pueden buscarla los fisiólogos, los psicólogos, y áun los metafísicos. Yo, por mi parte renuncio á resolver la dificultad, y me contento con haber sido espectador privilegiado de tan singular fenómeno.

*
* * *

Nunca me ha ocurrido nada que se parezca á lo que minuciosamente acabo de referir. Sólo otra vez, cuando yo tenía ya 28 ó 30 años, ocurrióme algo que puede tener cierta semejanza, aunque muy remota, con el ejemplo precedente.

Pero este nuevo fenómeno ya es más común.

He aquí lo sucedido.

Acababa de estudiar dos hermosísimas obras de matemáticas de un insigne geómetra francés—Chasles—á saber: la Geometría superior y el Tratado de cónicas; y andaba yo á vueltas con las relaciones anarmónicas y con la involución.

Se me presentó, con aquel motivo, un problema de cónicas, y no pude resolverlo por más esfuerzos que hice.

Estuve muchos días asaltando la fortaleza inexpugnable del problema; y ¡siempre inexpugnable!

Era una obsesión constante. Daba mis clases distraído, ha-

blaba distraído con la gente, me dormía inquieto, y me despertaba de mal humor.

Cuando yo no puedo resolver un problema, estoy constantemente nervioso é irritado. Los que me ven y me tratan con alguna intimidación, creen que tengo algún disgusto muy profundo: y en efecto, lo tengo, porque un malestar profundísimo invade todo mi ser. Hay algo de enojo; casi me atreveré á decir de ira; me parece que las leyes de la naturaleza se mojan de mí. Hay también un sentimiento de humillación: se me figura que decididamente soy un imbécil ó un mentecato.

El no poder resolver un problema me ocasiona un malestar mucho más hondo que el fracaso de un drama. Cuando un drama sale mal, allá en el foro interno, casi siempre me pongo de parte del público y áun de la crítica; y concluyo por decirme á mí mismo, con la más sincera convicción, y quién sabe si á veces con injusticia notoria: ¡va! ¡dicen bien! ¡el drama es una soberana tontería! Y no vuelvo á ocuparme más de la obra que fracasó. El disgusto no dura más de 24 horas.

Pero cuando no puedo resolver un problema: ¡qué vergüenza! ¡qué desesperación! ¡qué desaliento! Y al fin, ¡qué tristeza!

Pues el problema de que se trata se resistió como un condenado; después de muchos días de esfuerzos estériles tuve que abandonarlo; y me declaré impotente y necio por complemento; y pasé á otro asunto. Y pasaron cinco ó seis meses, por lo menos.

Llegó el verano, y con mi mujer y con mi hija tomé el tren de Alicante para pasar, según costumbre, uno ó dos meses en aquel puerto.

Llegó la noche y no había modo de que yo conciliase el sueño. Ya lo he explicado minuciosamente, tan minuciosamente como la importancia del caso lo requiere: me es imposible dormir sentado; pudiendo extender el cuerpo, puedo dormir sobre las piedras casi como si las piedras fuesen un colchón de pluma; pero me es imposible dormir sobre la más cómoda butaca.

Sin embargo, como no había dormido durante dos noches, por haber estado algo enferma la niña, el cansancio, á veces, me rendía. Me rendía por unos cuantos segundos; pero en cuanto se me doblaba la cabeza, despertaba de pronto.

Ni estaba completamente desvelado, ni estaba completamente despierto; ni perdía la conciencia por completo, ni estaba la conciencia en su plenitud; era una especie de crepúsculo soñoliento: en nada se fijaba mi atención: casi obscurecida, vagaba la conciencia de una á otra parte sin posarse en ninguna: desde luego puedo asegurar que no pensaba en ningún problema de matemáticas.

De pronto, en aquellas neblinas del sueño, se dibujó con toda claridad *una figura geométrica*; y aquella figura se refería positivamente al problema á que antes he hablado, que tanto me había dado que hacer seis meses antes sin haber podido encontrar la solución, y del cual no había vuelto á ocuparme en todo este tiempo.

Pues en aquella figura vi claramente la solución del problema. Despejóse mi inteligencia, desperté por completo y mi conciencia entró en su plenitud.

No había duda; había resuelto el problema sin pensar en él. Mejor dicho, la imaginación me lo había dado resuelto de pronto, sin esfuerzo alguno de mi voluntad olvidadiza.

Ya no dormí más para no perder ú olvidar aquella idea; y en cuanto amaneció y se vió claro dentro del vagón, saqué un papel y un lápiz, reproduje la figura, que en sueños había visto, y me convencí—con alborozo—de que el problema estaba bien resuelto: definitivamente resuelto.

Es el segundo favor que he debido á *lo inconsciente*, ó, si se quiere, al *otro yo*, que por lo visto, á todas partes me acompaña, aunque silencioso y prudente, como persona de buena educación.

Y basta de psicología.

JOSÉ ECHEGARAY.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

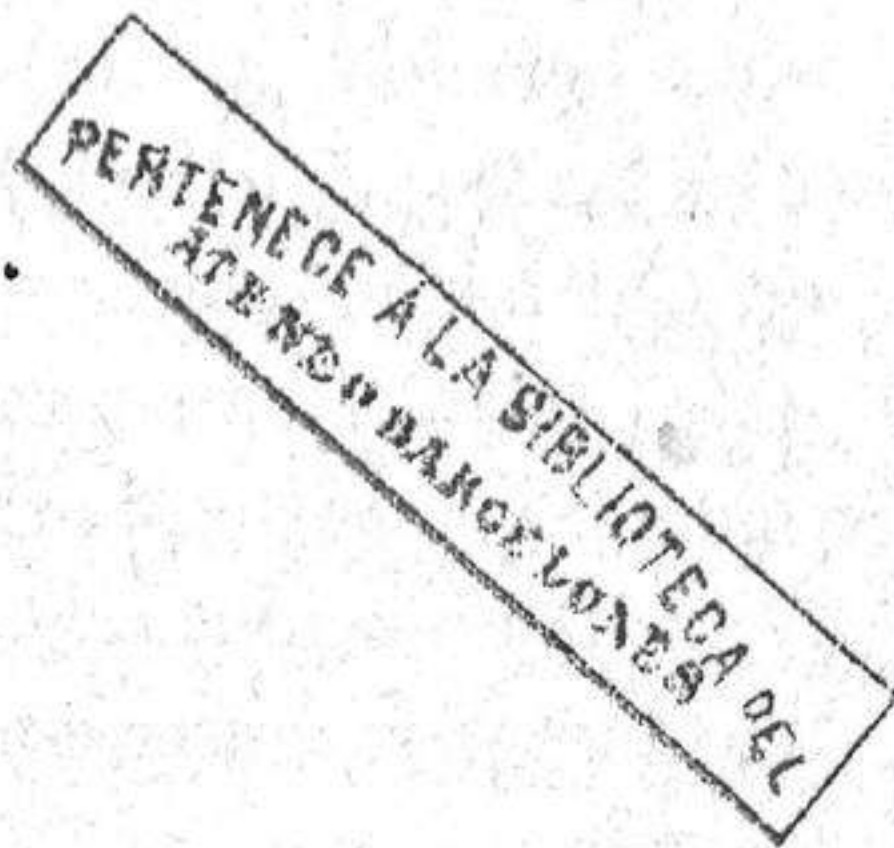
ENSUEÑOS.

I.

SOLÍAN llamar á Ella «La niña de la trenza». Pero, por pesada que fuese esa trenza, si hubiera pertenecido á una muchacha menos fresca y menos graciosa, nadie se habría fijado; y sin embargo, era en verdad la trenza más pesada que nunca se vió en la pequeña ciudad.

También acaso pareciese más pesada de lo que fuese realmente. ¡Era tan pequeña Ella! ¿Hasta dónde le llegaba la trenza?.... Santo Dios... ¿cómo decirlo?... Más abajo, mucho más abajo de la cintura. Su color era indeciso y hasta difícil de indicar bien. Tiraba un poco á rojo; pero como en la capital llaman rubio á eso, rubio lo llamaremos nosotros también, y más no teniendo gran costumbre de distinguir de matices.

Tenía unas facciones muy correctas, una boquita de labios regordetillos, y unos ojos muy francos. Era de notable blancura su tez, y bien formado su breve talle, á pesar de lo un tanto corto de sus piernas, que siempre iban casi corriendo á paso menudito y rápido. En todo tenía la niña idéntica vivacidad, y, sin duda por eso, la trenza traía un tragín mayor del que las trenzas acostumbran á llevar.



La madre de Ella era viuda de un funcionario; vivía de la pensión y de una modesta fortuna; habitaba en una casita suya propia, frente al *Grand Hôtel*, en la plaza. Era una mujer dulce y apacible, que sólo vivió para su marido. Al perderlo, quedóse sin fuerzas, y se entregó á la devoción. Pero, no sabiendo ni gustándole dominar, dejó en completa libertad á su hija única, cuyo carácter se parecía mucho al de su padre.

La viuda no frecuentaba el trato de nadie, excepto el de una hermana mayor, que poseía una gran hacienda en los alrededores. La niña Ella iba allí con sus amiguitas; siempre las mismas, porque una prudencia ingénita la guiaba en su elección, atemperando además su viveza natural con la calma de su madre y la tranquilidad de la casa.

«La niña de la trenza» sabía ser activa y vivaracha sin precipitarse, y conservando siempre un absoluto dominio de sí misma.

Por eso pareció más extraordinario lo que hubo de acontecerla cierto día, cuando contaba catorce ó quince años de edad. Fué con algunas amigas á un concierto dado por el orfeón de la pequeña ciudad, por Nochebuena, á beneficio de los pobres; en él tenía que cantar Aksel Aaroe la tan conocida melodía que empieza con estas palabras:

«¡Duerme en paz!»

Al principio, entonó el coro á media voz el canto. La escena estaba bañada por la luz de la luna; y entre esa claridad, la hermosa voz de barítono de Aaroe, clara y vibrante, avanzó poco á poco, como á fuerza de remos. Pero bajo esa voz Ella oía otra, un eco débil y doloroso que, á su parecer, todo el mundo debía oír también. Apoderóse de su ánimo una emoción profunda, una conmovedora confianza en aquella voz, que parecía decir: «¡Dolor, dolor, es mi lote; estoy perdido, sin remedio!» Ella permanecía inconsciente, próxima á llorar, sin haber oído nunca nada semejante. Poco á poco subió de punto la emoción, hasta el extremo de que, sin advertirlo, perdió todo imperio sobre sí misma.

Allí estaba él de pie, alto, esbelto, bajándole hasta el pecho la sedosa barba rubia. Sus grandes ojos, tristes y hermosos como su voz, parecían decir también: «¡Dolor, dolor!»

Ya había notado Ella la tristeza de esos ojos, pero no la comprendió bien sino al oír la voz. Estaba á punto de derramar lágrimas, pero era preciso contenerlas: nadie lloraba en torno suyo. Luchaba con todas sus fuerzas, apretando los labios, con los brazos cruzados, juntas las rodillas una contra otra, toda temblorosa.

¿Por qué le acontecía eso á ella y no á las demás? Apretóse la boca con el pañuelo, y quiso arrojar de sí sus ideas, lejos, muy lejos, hacia la costa donde había visto los faros lucir y apagarse, y cubrirse el mar tan á menudo de apariciones fantásticas. Pero todo fué inútil: volvían siempre sus pensamientos, sin querer apartarse de allí. El pañuelo, las manos, nada pudo detener el primer sollozo. Al cabo estalló; y ante las sorprendidas miradas de todos, levantóse Ella, se dirigió á la puerta con rápido paso, y huyó. No la siguió nadie, ninguno quiso aparentar siquiera haberlo advertido.

Lector, ¿comprendes bien lo grave del caso? ¿Has asistido alguna vez á uno de esos conciertos («mudos» iba á decir) en una ciudad pequeña de las costas de Noruega? Apenas van hombres allí; sea porque no les agrada la música, sea porque acudan al Casino, ó á cualquiera otro sitio, prefiriendo los naipes, el ponche y los periódicos. Sin embargo, aún suele verse alguno que otro, de pie en la puerta, como quien está en su casa, y dando un vistazo á los extraños. Véanse otros desperdigados entre los colorines de las faldas, como ramas rotas cogidas entre la corteza de un árbol; también se ven algunas muestras de ellos contra las paredes, como gabanes colgados allí.

Quien va á los conciertos, sin faltar nadie, es el personal femenino de la ciudad. Las ancianas asisten para soñar con hermosos versos y conmovedora música en lo que antaño creían ser, y también en lo que pensaban llegar á ser algún día: por

supuesto, ensueños nada peligrosos, á los cuales mézclanse siempre para atenuar su efecto un poco de olor á cocina y de mal humor conyugal.

Las mujeres más jóvenes sueñan que son lo que las otras creían ser antaño, y que alcanzarán lo que no consiguieron sus predecesoras: porque conocen la vida, y sabrán arreglárselas mejor.

Sin embargo, en un punto coinciden ambas edades: todas esas mujeres son de un espíritu práctico y no se arriesgan á ir demasiado lejos, comprendiendo claramente que la luz que vierten sobre ellas las obras del genio no debe tomarse en serio del todo, sino tan sólo por lo que vale.

Por eso, cuando le acontece á alguna creerlo á la buena de Dios y dejarse llevar del sentimentalismo, si la cosa ocurre en la intimidad, es simplemente una niñada; pero en público ¡gran Dios! eso se llama *comprometerse*. Ella se había «comprometido».

No tuvo límites su terror. Era, de todas las jovencitas de su círculo, la última á quien tal cosa hubiera debido acontecer, pues no llevaba las lágrimas en el bolsillo y lo que más le repugnaba era llamar la atención. ¿Qué quería decir eso, santo Dios? Tenía gusto por la música, tocaba el piano, pero no se creía de grandes facultades artísticas. ¿Por qué la había conmovido, pues, de tan extraño modo aquel canto?

¿Y él, qué iba á pensar de ella? ¡Una chiquilla, una mocu-suela! Esto era lo que sobre todo la atormentaba, aun cuando no había dicho una palabra de ello á bicho viviente. Estuvo sin salir de casa algunos días seguidos, huyendo de la sociedad y aguantando las cuchufletas de sus amigas, sin chistar.

Aquel invierno hubo una serie de bailes, uno de ellos en casa del cuñado de Aaroe, «Armesen del Rincón», al cual fué invitada. Acaba de concluir el segundo rigodón, cuando oyó exclamar varias veces en torno suyo:

—¡Aquí está Aksel Aaroe, aquí está Aksel Aaroe!

Y, en efecto, allí estaba en el hueco de una puerta, rodea-

do de amigos: estos señores habían dejado los naipes un momento para ir á ver el baile.

Sintió subirle á la cara llamaradas de rubor, dobláronsele las rodillas y creyó que se iba á caer; no comprendía ni veía nada, nada más que dos grandes ojos fijos en ella.

Después oyó que la decía:

—¡Qué magnífica trenza tiene usted!

Su voz parecía llena de polvo de oro. Pero bien pronto se alejó, al ver la honda turbación de la joven. Durante el curso del sarao, sintió ella aún varias veces su mirada fija; pero Aksel no se acercó. Sus amigos tomaron parte en el baile; él no bailaba nunca.

Había en Aaroe un no sé qué, de un encanto inexplicable para Ella: una reserva un poco altiva, una elegancia en la postura, un modo de ser lento y vacilante, que en su andar y en todo producía la impresión de que no se entregaba sino á medias. Hasta en su manera de volver la cabeza encontraba Ella algo de artista...

Todo había desaparecido para ella entre una oleada de luz; extinguióse luego de pronto esa luz y la joven oyó preguntar en derredor suyo:

—Pero ¿dónde está Aksel Aaroe?

—Acaba de marcharse.

Fué muy corta la estancia de éste en la pequeña ciudad. Llegaba de Francia, donde pasó dos años; á la sazón iba á ir otro par de años á Inglaterra; y en efecto, poco tiempo después partió para Hull. Pero en lo sucesivo la música, que para Ella no había sido hasta entonces más que una distracción, se convirtió en un lenguaje; lenguaje querido, que con todas su fuerzas aprendió á oír y hablar. En adelante, en todas las reuniones á las cuales asistía hubo para ella alguien que allí no estaba para los demás; ya no volvió á estar sola, ni en casa ni en la calle; y su trenza, desde el elogio que de ella había hecho Aksel, tuvo para Ella la importancia de un emblema sagrado.

Por la primavera, encontró un día en la calle á la señora

Holmbo, una amiga de la hermana de Aksel. Esta señora la dijo:

—Recuerdos me han dado para usted. ¿Adivina usted de parte de quién?

Ruborizóse Ella y se quedó muda.

—Ya veo que sabe usted de quién proceden—prosiguió la señora de Holmbo, al paso que Ella se ruborizaba á más y mejor al oír tales palabras.

La hermosa señora añadió, con leve sonrisa:

—Aksel Aaroe no escribe á menudo. Esta es su primera carta desde que se fué, y en ella encarga expresamente memorias de su parte á *la niña de la trenza*. «Lloró al oír la romanza *¡Duerme en paz!*»—dice.—Ninguna de vosotras hicisteis otro tanto.»

Y como al oír esas palabras brotasen las lágrimas de los ojos de Ella, exclamó la señora Holmbo, consolándola:

—¡Vamos, vamos! No hay mal ninguno en eso.

II

Dos años más tarde, un día de invierno, regresaba Ella de patinar, con los patines en la mano. Llevaba un vestido nuevo, ajustado, y sólo para lucirlo era por lo que había querido salir. Bajo su gorrito gris saltaba alegremente la trenza, más gruesa, más larga y más pizpireta que nunca.

Como de costumbre, dió un rodeo para pasar por delante de la casa de la hermana de Aaroe. Ver la casa era para ella una gran cosa. Y precisamente en el momento de llegar de-

lante de la casa, vió en la puerta á Aksel Aaroe, que bajaba despacio por la escalinata.

¡Estaba, pues, de regreso! Destacábase con elegancia su barba rubia sobre el abrigo negro de pieles; una gorra, también de piel, cubríale la frente hasta los ojos, ¡sus grandes ojos negros tan arrebatadores! Se miraron al cruzarse. Él se descubrió sonriéndose, mientras que ella se detuvo en firme é hizo una reverencia como una colegiala. ¡Y decir que desde dos años á la fecha ya no saludaba así, sino sencillamente con la cabeza, como una señora! (Cuando se es una polluela, se estima con más rigorismo ese derecho.) ¡Y cátrate que ante él, para quien sobre todo quisiera aparentar ser una mujercita hecha y derecha, se pone á hacer una reverencia como la última vez que le vió!

Y para colmo de desventuras, desconsolada aún por este desastre, ¿no se precipita á otro desastre nuevo? Decía para sí:

—¡No vayas á volver ahora la cabeza! ¡Derechita y sin volverte! ¿Oyes?

Pero, en la esquina de la calle, en el momento de ir á perderse de vista..... ¡cataplúm, se vuelve.... precisamente para verle á él hacer otro tanto!

Loca de vergüenza, continuó como ciega su camino: para ella habían desaparecido cosas y personas. Nunca supo cómo regresó á casa, ni cómo se halló en la cama, con la cabeza en la almohada, sollozando.

Quince días después, hubo velada en el Casino en honor de Aksel Aaroe; toda la juventud quiso dar la bienvenida al querido compañero, á quien la ausencia había hecho crecer aún más ante sus ojos. Contábanse sus triunfos en Inglaterra, decía que si hubiese tenido una voz más extensa, de seguro lo hubieran contratado en el Teatro Real.

Aksel había prometido cantar. El orfeón de la ciudad, del que había formado parte, iba á acompañarle de nuevo.

Como es de presumir, Ella acudió á la fiesta; y hasta llegó demasiado temprano. Sólo cuatro personas habían ido antes;

y quedóse yerta en las salas vacías, sobre todo en aquel gran salón donde se había «comprometido» en otro tiempo. Iba vestida de rojo, sin flores ni alhajas, á gusto de su madre. Temblando haberse hecho traición á sí misma con ir tan pronto, se refugió en una sala apartada, hasta el momento en que las luces y el ruido la advirtieron que ya podía presentarse sin peligro. Su corta estatura la tenía oculta entre la multitud; no vió á Aksel Aaroe sino después de haber oído decir varias veces á las personas que la rodeaban:

—¡Ahí está, ahí está!

Era que Aksel iba á saludar á la señora Holmbo. Pero un poco detrás estaba Ella; y al sentirse descubierta, se puso más roja que su vestido. Acercóse él y la dijo con dulzura tendiéndola una mano, que tomó ella sin mirarle:

—¡Buenas noches!

Y con voz aún más dulce y casi conmovida, repitió:

—¡Buenas noches!

Sintió Ella la presión de su mano y vióse obligada á levantar los ojos hacia él, enviándole con esa mirada un humilde mensaje de fidelidad y de temor. Aksel Aaroe la miraba, atusándose la barba; pero, sea que nada tuviese que decir (era muy sobrio en palabras), sea que no pudiese expresarse como quería, permaneció en silencio, mientras en torno de ellos también se callaban. Volvióse entonces de espaldas despacio y se alejó, acaparado de nuevo por sus amigos; y durante el resto de la noche Ella no le vió sino de lejos. Aksel seguía sin bailar.

¡Pero cómo bailó Ella! Todo el mundo estaba conforme desde mucho tiempo antes en hallarla hechicera; y esa noche estaba más encantadora aún que de costumbre, resplandeciente, con un esplendor de gozo que la envolvía por completo. En cualquiera parte de la sala donde estuviese Aaroe, sentía Ella su presencia y experimentaba una felicidad tranquila al pasar dando vueltas próxima á él. Aksel la seguía con la vista, lo cual acababa de embriagarla de ventura.

Un hombre alto estaba de pie, apoyado en una puerta; era

de 35 á 40 años, aire pesado é imponente, con cabello negro y unos ojazos claros, de expresión audaz; en toda su persona se traslucía el carácter de un hombre de combate. Todo el mundo conócía á Hjalmez Olsen, capitán del mayor buque de vapor de aquella costa. Allí estaba, examinando al paso á todas las que bailaban y pareciéndole la más agradable de ver la jovencita del vestido rojo. En primer término, era una maravilla de finura y de gracia; además, la dicha tranquila que se desbordaba de ella refluía en él. Y cada vez que ella se aproximaba á Aksel Aaroe, recibía Hjalmez Olsen un nuevo reflejo del amor que irradiaba de sus ojos.

Ella no perdía un baile; y Hjalmez Olsen, gracias á su alta estatura, podía seguirla con los ojos á través de la sala. También ella se había fijado en él, y muy pronto la sirvió de faro en su navegación.

Apresuróse Hjalmez Olsen á ir en busca de ella, así que hubo concluído el vals, y á pedirla un baile. Esto no era empresa fácil de conseguir. Sólo tenía libre el próximo vals, el cual obtuvo; y mientras se cerraba ese convenio, todo el mundo se arremolinaba en torno de la tribuna, donde acababa de aparecer el coro. En medio de una multitud hacinada, Ella era bajita hasta entrarle la desesperación por su pequeñez; y viendo Hjalmez Olsen lo inútil de sus esfuerzos para distinguir á los cantantes, se ofreció á subirla á una banqueta arrimada á la pared. Ella no se atrevía al pronto á aceptar, pero un momento después hallóse transportada allí, antes de que pudiese darse cuenta de cómo fué. En el mismo instante aparecía en escena Aksel Aaroe, rodeado de amigos y compañeros, acogido por entusiastas aplausos. Inclínose respetuosamente; pero los aplausos no cesaron hasta que, retirándose el coro atrás, quedó él solo en el escenario.

Antes de comenzar á cantar, había recorrido el salón con la vista; y habiendo descubierto el sitio donde estaba ella, no la quitó ojo en todo el tiempo que estuvo cantando. Dió principio; y poco á poco sus tristes ojos se hicieron luminosos:

E. M.—*Octubre* 1896.

Aunque canto para todos,
de una sola soy cantor;
y ella sola entre vosotros
comprenderá mi emoción.
Los que me estáis escuchando,
dad alientos á mi voz:
sin aquella que me inspira,
nunca oyérais mi canción.

Este camino que tomo
es un rodeo que doy;
para llegar hasta ella
ninguno tengo mejor.
Dad aliento á mis palabras;
del idioma del amor,
logren ser ellas las únicas
que entren en su corazón.

Su voz hechizaba. Nadie había oído nunca semejante mensaje de amor; y esta vez, además de Ella, muchos otros tenían los ojos llenos de lágrimas.

Hubo un momento de silencio. Esperábase otra estrofa. Luego estalló una tempestad de aplausos. Bien hubieran querido pedir que se repitiese la romanza, pero Aksel Aaroe no cantaba jamás dos veces seguidas una misma cosa, y hubo que renunciar á ese deseo.

Nunca había oído Ella ese canto: no conocía ni la música, ni la letra. Y cuando lo comenzó Aksel, con los ojos fijos hacia la parte donde estaba Ella, creyó caerse al suelo; ¡tanto la sorprendió su audacia! Aksel, tan reservado, tan discreto, ¡cantarla eso á Ella y delante de todo el mundo! Pálida como la blanca pared en donde se apoyaba, sintió tal desfallecimiento que instintivamente miró en torno suyo buscando auxilio. Un poco más atrás hallábase la señora Holmbo, magnetizada, hermosa como una estatua. Ni siquiera advirtió la angustia de Ella, á quien lo mismo veía en ese momento como si fuese el re-

loj de la torre de la ciudad; y esa completa indiferencia hizo reprimirse á la joven. Nada significaba en el fondo la presencia de los demás, que tanto acababa de asustarla, puesto que nadie comprendía la cosa. Libre de su angustia, escuchó hasta el fin con sosiego. ¡Si á lo menos no la hubiese visto él! ¡Si hubiese logrado esconderse ella!

Concluída de cantar la última estrofa, saltó al suelo; y, una vez entre el gentío, volvió á encontrar su ensueño puro y radiante. ¿Qué más acontecería después de lo que acababa de ocurrir? En torno suyo, ojos brillantes, voces alegres, manos que aplaudían..... ¿No hubo hachones y gritos de homenaje para ella también? ¡Para él y para ella, nada más que para los dos solos!

Reanudóse el baile y Ella fué de nuevo arrebatada por el torbellino, como si en honor suyo hubiera sido toda la fiesta. Bailó radiante, pasó riéndose del brazo de uno al brazo de otro; y cuando por fin le llegó la vez á Hjalmez Olsen, parecióle á éste recibir en sus brazos una brazada de ramos de frescas flores y oír jubilosos gritos de «¡Viva Hjalmez Olsen!»

Eso le halagó muchísimo; y después cuando con una gracia infantil puso Ella sobre él su blanco brazo, se sintió en el fondo de sí mismo enteramente indigno de ella. Así, pues, la tuvo á honesta distancia, inclinando de rato en rato la cabeza para descubrir el rostro risueño de la mujercita, apoyado no sé dónde contra su chaleco.

Bien hubiera querido Ella llegar con los pies al suelo, para seguir mejor el compás; pero era imposible. El mismo Hjalmez Olssen lo hacía todo: bailaba por ella y por él, y su linda pareja hacía cortas visitas al entarimado. Todo el vals no fué para ella sino un viaje aéreo. Desde lo alto de su estatura oíala reír Hjalmez Olsen y se regocijaba con su alegría. Por eso se quedó muy sorprendido al pararse la orquesta; parecióle que acababa de empezar.

Hubo canto otra vez. Aaroe cantó una melodía de Grieg y

luego una romanza, que desde las primeras palabras conoció Ella que era de Aksel mismo:

«¡Mi amorcito lleva un velo!»

¡Qué imagen tan verdadera! ¡Y otra vez se dirigía á ella Aaroe! Sí, el velo sólo para él estaba levantado, y caíase de nuevo tan pronto como otros trataban de ver. Sí, el misterio del amor es cosa sagrada y que contiene la dicha más grande de la tierra..... Estremecíase al pensarlo, y temblaba de ansiedad y gozo á la vez. Temía las palabras que iban á salir de labios del cantante, dándola cada una nueva ocasión de temor. Con los brazos apretados contra el pecho y la cabeza inclinada, estaba allí como sacudida por las olas; y amenazaban correr las lágrimas como en otro tiempo, en ese mismo salón. Luchaba con todas sus fuerzas, pero el recuerdo de su derrota debilitaba su poder de resistencia; é iba á sollozar cuando el canto, precisamente en ese momento, habló de sollozos. La coincidencia era hartó extraña y destruyó su emoción; en vez de llorar, sintió Ella fuerte tentación de echarse á reir.

Entusiastas aplausos recompensaron al cantante. Hubo empeño en oírle por segunda vez, esperando vencer su resistencia; pero se negó. En ese momento pasaba un grupo de señoras por delante de Ella, y dijo una:

—¿Se han fijado ustedes en la Sra. Holmbo, cómo se escondía para llorar?

—¡Ya lo creo! Pero, ¿la vieron ustedes durante la primera romanza? De pie, encima del banco. Para ella ha cantado todo el tiempo.

.

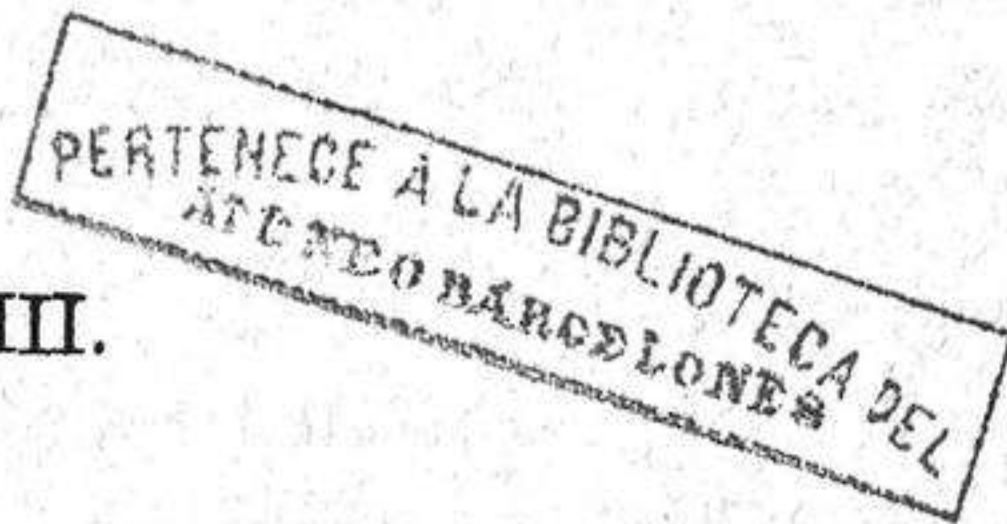
Muy poco después (podrían ser las dos de la madrugada), una pequeña forma femenina, arrebujaada cuidadosamente con su abrigo, iba como una flecha por las calles. Fácilmente se veía en su traje que salía del baile. Pero, ¿por qué sola, á esas horas, no habiéndose concluído el sarao? Iba muy de prisa. ¡Algo grave debía de haberla acontecido!

Era Ella, corriendo á todo escape hacia las noches sin sueño y los días sin gozo.

Al amanecer, los amigos de Aksel Aaroe llevaron á éste á su casa, borracho perdido. Unos dijeron que tomó un vaso de *aguardiente whisky*, creyendo beber cerveza; pretendieron otros que se había vuelto un beodo intermitente, de esos que beben á intervalos fijos; y algunos afirmaban que siempre lo fué. Por supuesto, ya lo era también su padre.

Pocos días después, embarcábase á la sordina para América.

III.



Al mismo tiempo partía para el Océano otro de los personajes de la velada: Hjalmez Olsen. Y cuando capeaba temporales, poníase á beber grog y con gran sorpresa por su parte encontraba un recuerdo de aquella reunión: la joven del vestido rojo, con su larga trenza. Hjalmez Olsen estaba seguro de haberse conducido con ella como un perfecto caballero.

Sin embargo, al principio no le preocupó. Habiendo roto ya dos compromisos de matrimonio, estaba resuelto á casarse inmediatamente, sin largo noviazgo. Por supuesto, esas ideas no le absorbían gran cosa; en cada punto de escala hallaba distracciones de sobra. Pero navegando, al estar á solas con el grog delante, ¡siempre volvía á encontrar á «la niña de la trenza!»

¡Cómo le había mirado! Enterneciábase nada más que de pensarlo. No era de su agrado el escribir; sin eso, ya lo hubiese hecho ahora. Pero, al llegar á Kristiania, sabedor de que la madre de Ella estaba moribunda, pensó en ir en seguida á ver á la joven. Quizá la conmoviese su visita en ese momento.

Dos días después hallábase sentado ante Ella, en la casita, delante de la fonda. Sus manazas, negras de pelos y curtidas por el sol, descansaban en sus rodillas, mientras se inclinaba risueño hacia Ella, preguntándola si le quería.

—Ahora no estoy para pensar en nada de eso—respondió Ella, levantándose y yendo á ver las flores junto á la ventana. Olsen se vió también obligado á levantarse.

—Quizá me responda un poco más adelante—pensaba.

Y la expresó esta esperanza con un poco de torpeza, pero con mucha claridad. Ella meneó la cabeza, sin alzar los ojos.

Fuése Hjalmez Olsen; y, una vez fuera, habiéndose equivocado de camino, vióse obligado á volver pies atrás. Al ver de nuevo la casa, la casita de muñeca, le entraron furibundas ganas de arrojarlo todo al mar.

Por la noche, salió embarcado para Kristiania; y poco después recibió Ella una carta dándole excusas, donde explicaba que había creído hacer bien al ir á verla, pero que en cuanto estuvo en su presencia, comprendió que se había engañado, y la rogaba que no le guardase rencor.

Al siguiente mes llegó otra carta. Esperaba que Ella le hubiese perdonado; por su parte, no podía olvidarla. Y no decía ni una palabra más.

Estas dos cartas produjeron buena impresión en Ella. Su forma era correcta, y probaban una constancia lisonjera para la joven. Pero ni por un instante se le ocurrió que aquella indirecta petición de relaciones amorosas exigiese alguna respuesta.

Su madre había fallecido; encontrábase Ella en posesión de la casa y de una fortunita modesta. Queriendo ponerse en condiciones de bastarse á sí misma, partió para Kristiania, con el propósito de perfeccionarse en la música. Por supuesto, no estaba segura aún del camino que iba á tomar. Vivió allí sola, sin amistades en la ciudad, continuando en el aislamiento sus proyectos y ensueños. Entonces llegaron á su oído extrañas noticias referentes á Aksel Aaroe. Acababa de lanzarse al pú-

blico en New-York, donde había encontrado un Mecenaz que le trataba como hijo. A lo menos eso se susurraba por la ciudad antes de que él mismo escribiese nada; pero por todas partes se confirmaba la noticia.

Un poco más tarde recibió Ella otra tercera carta de Hjalmez Olsen, preguntándola con sumo respeto si la ofendería que la visitase á su regreso; sabía dónde habitaba ahora. Y antes de que ella se hubiese dado cuenta con claridad de si debía ó no debía contestarle, supo por los periódicos que Olsen, con su sangre fría y su valor, acababa de salvar la vida á la tripulación y á los pasajeros de un buque en una violenta tempestad, permaneciendo un día entero expuesto al peligro. De ese modo resultó la imagen de Olsen extraordinariamente engrandecida á los ojos de Ella; y cuando volvió á verle, le pareció que encontraba el aire libre y el sol, y también un poco de su antigua confianza en sí misma.

Al observarle, en seguida comprendió que siempre tenía los mismos sentimientos para ella. A la vez, parecióle más hombre de mundo, más digno de lo que había creído, sabiendo ser discreto al hablar. Había oído decir que bebía cuando llegaba el caso; pero en eso no veía Ella ningún mal. También era un real mozo, mucho mejor que la mayor parte; quizá un poco gastado, pero todos los marinos lo están. Sin embargo, dábala miedo un indefinible no sé qué en sus ojos; á veces la asustaba la violencia de sus ademanes. ¡Si hubiera podido á lo menos consultar consigo misma á solas y en libertad! Pero Hjalmez Olsen tenía que volver á partir inmediatamente, y le había dado á entender que en seguida de aceptarse su petición se quería casar. No desagradó á Ella esa resolución, antes bien, era una prueba de firmeza y voluntad; pero conservaba sus temores, asustada y satisfecha á la vez al ver doblérgase ante su personita tanta autoridad y fuerza.

En todo caso, quería poner dos condiciones para su consentimiento: conservar la libre administración de sus bienes propios, y no seguirle nunca en sus viajes. En caso de que su

violencia y su carácter dominante se hiciesen intolerables, ya habría puesto un freno á ello; y hacíale comprender así de antemano que por débil que fuese, tenía el propósito de defenderse.

Cuando Hjalmez Olsen la pidió su mano, Ella no tuvo valor para hablarle de nada, sino que le pidió sencillamente un plazo de pocos días para pensarlo. Entonces, por vez primera, la dió verdadero miedo la expresión del rostro de Olsen. Pero no siguió ese impulso, pensando en lo que sucedería como llegase á decirle entonces que no. ¿No había aceptado todas sus cortesías, sabiendo perfectamente cuál era su significado? ¡No, no! ¡Condiciones! eso lo arreglaría todo. Si Olsen las aceptaba, Ella dejaría rodar la bola. Así, pues, le escribió.

Hjalmez Olsen vino al día siguiente para sacar los documentos necesarios, queriendo ocuparse él mismo de lo concerniente á la propiedad y al contrato, y con aire de tratar en serio el asunto. Estaba satisfecho.

Tres días después celebróse el matrimonio, en medio de numerosa concurrencia. La fiesta duró hasta muy entrada la noche, corriendo sin tino el champagne. Así es que estuvieron un tantico bullangueros los convidados y también el novio.

A la mañana siguiente, á cosa de las siete, ya estaba Ella vestida y sola en el aposento inmediato al dormitorio. Por la entornada puerta oía roncar á su marido.

Pálida como una muerta, paralizada de horror, estaba allí sin lágrimas y sin ideas. Para ella los acontecimientos de la víspera eran de dos clases: los hechos y los dichos. No sabía cuál de las dos cosas era lo peor.

¡Un odio mortal había aguijoneado los deseos de aquel hombre! Desde el primer día en que Ella le había dicho que no, sólo un fin había perseguido: el de obligarla á consentir. Y acababa de decírselo, de decirla que pagaría la falta de consideración que con él había tenido, exponiéndole á ser por tercera vez rechazado; que pagaría por todo el mundo, ya que tuvo la avilantez de imponerle condiciones humillantes. ¡Que hiciera ademán tan sólo de resistirse á él!

Y además, lo hecho: ¡ese matrimonio que la encadenaba para siempre! Una mosca presa en una telaraña: así se veía á sí misma.

Unas horas más tarde estaba Hjalmez Olsen almorzando, silencioso y tético; sin embargo, correcto en sus formas cual si nada hubiese acontecido. Quizá estuvo hartado beodo, para hacerle responsable por completo. Insistió en que ella le acompañase á bordo; pero ni amenazas ni súplicas lograron decidirla, y su miedo la salvó.

Al cabo de algunos meses, Ella estaba de regreso en su ciudad natal y vivía de nuevo en su casita. Los periódicos anunciaron que solicitaba alumnas para dar lecciones de música. Estaba en cinta.

Un amigo de la infancia de Aksel Aaroe se presentó un día para verla y felicitarla de parte de éste con motivo de su casamiento. Dominando su emoción, Ella le preguntó qué era de su amigo. Vivía Aksel en excelentes condiciones, siempre protegido por el mismo personaje riquísimo, el cual era para él un verdadero padre. Además había seguido un tratamiento contra su enfermedad hereditaria y estaba enteramente curado.

—¿Y la señora Holmbo?—preguntó Ella, espantándose luego de sus propias palabras.

Pero una insuperable amargura la obligaba á hablar. Habiendo visto pálida y flaca á la señora Holmbo, imaginóse que era por la tristeza de la ausencia de Aaroe; y ese pensamiento le fué insoportable.

El visitante se limitó á contestarla, sonriéndose:

—¿También ha oído usted esas hablillas?

Esta noche lloró mucho tiempo Ella, antes de dormirse.

IV.

En el primer año tuvo un niño, y al año siguiente tuvo otro; durante las ausencias de su marido, repartía el tiempo entre sus hijos y sus alumnas. Olsen no daba casi nada para el sostén de la casa, excepto en las breves temporadas que iba allí, durante las cuales tiraba á puñados el dinero en verdaderas orgías. En esos momentos abandonaba ella las lecciones, teniendo que hacer de sobra con servirle.

Todo el mundo sabía que no era dichosa, pero nadie era capaz de sospechar la vida de terror que llevaba, terror al esperar que llegase su marido, terror mientras duraba su estancia en casa, áun cuando siempre parecía resuelta y serena. Pero después de su partida, sentíase de pronto tan fatigada que le era preciso guardar cama.

Por fortuna, era rara la presencia de Olsen: eso es lo que la salvaba. Fortalecida también por un trabajo tenaz, á los cinco años de matrimonio había permanecido tan vivaracha y franca, tan encantadora como antes. ¡Había adquirido tal costumbre de olvidarse de sí misma!

Adoraba las flores: tenía llena la casa.

Ella podía jugar con sus hijos; pensaba en sus flores. Al cuidarlas, sentía endulzarse sus propios sufrimientos, su sed de buenas palabras y de miradas amorosas. Pero al quitar las ramas secas y los botones inútiles, todos los pesares lloraban en Ella la angustia de su abandono.

Cinco años habían transcurrido, cuando se difundió por la ciudad la noticia de que Aksel Aaroe se había hecho rico: murió su protector, dejándole cuantiosas rentas. Decíase también

que se vió obligado á seguir por segunda vez un tratamiento contra su pasión por beber, por no haber tenido completo buen éxito el primero; pero que ahora estaba enteramente curado.

Una tarde de Marzo estaba sentada Ella á la ventana, en medio de sus flores, y con una labor en las manos, cuando al levantar de pronto la cabeza en dirección á la fonda, vió en una ventana del primer piso á aquel en quien pensaba en ese instante. Allí estaba, mirándola.

Levantóse Ella, la saludó Aksel dos veces, y aún estaba quieta, inmóvil en el mismo sitio, cuando él cruzaba ya la calle, con gorro de pieles, pálido el rostro, pero con los ojos brillantes. Llamó, Ella no pudo pronunciar una palabra ni hacer un movimiento. Pero al abrirse la puerta y entrar Aaroe en la estancia, desplomóse Ella en una silla y prorrumpió en sollozos.

Adelantándose despacio, tomó Aksel una silla, se sentó frente á ella, y dijo:

—No se alarme usted porque venga yo aquí. ¡Soy tan dichoso al verla á usted otra vez!

¡Cómo sonaban en aquella casa estas breves palabras, conmovidas y sencillas! Su tono se había vuelto más varonil; pero la voz... ¡oh, la voz!....

Poco á poco ella misma, tan tímida, volvióse confiada y alegre como en otro tiempo, y dijo:

—¡Cuán extraordinario es esto!

Y respondió respetuoso Aaroe:

—¡Sí, hace tanto tiempo, y han pasado tantas cosas desde entonces!

No habló mucho más, porque su cuñado vino en su busca para salir con él. Miró á los niños, al piano, á las flores, y pidió permiso para volver. Apenas estuvo cinco minutos.

Pero Ella conservó la mente llena de su imagen. En lo sucesivo, estaban consagrados el aposento, el piano, la música, la alfombra que pisaron sus pies. En cada una de sus palabras vió el interés que por su suerte se tomaba.

No pudo comer en todo el día, ni dormir en toda la noche. Creía verse transportada al aire libre y al sol, después de cinco ó seis años de tinieblas; como esas flores que por la primavera vuelven á subirse del sótano, donde las bajaron para tenerlas allí en el invierno.

Aaroe volvió al día siguiente, y esa vez fué más fácil para ellos la conversación. Allá estaban los niños; los examinó un momento, y luego se puso á decir:

—¡A lo menos, éstos tienen algo de verdadero!

Y en seguida hiciéronse buenos amigos los niños y él. Se puso á cuatro patas y jugó con ellos á toda clase de juegos, que les parecieron de perlas. Propuso para el día siguiente un paseo en trineo. Cuando quiso marcharse, Ella le pidió permiso para cepillarle, pues la alfombra no estaba tan limpia como era debido.

—¡Qué contento estoy de que aún tenga usted la trenza!
—la dijo, siguiéndola con la vista.

El paseo en trineo fué al día siguiente, por la tarde; y Ella no había visto nunca á Aksel Aaroe tan conmovido como lo estuvo al regreso. Refulgían sus ojos como al cantar, y hablaba sin interrumpirse acerca del invierno del Norte, del cual decía que nunca comprendió antes toda su hermosura; y de una antigua canción de su repertorio, que empezaba por estas palabras:

«Duerme el ardoroso estío
En el seno del invierno.»

Afirmaba que por primera vez comprendía la exactitud de la imagen. Y se puso á pintar en términos conmovidos la belleza del bosque por donde acababan de cruzar.

Parecíale á Ella verle y oírle por primera vez. ¿Era quizá un soñador, uno de esos que nunca revelan lo más recóndito que late en el fondo de sí mismos? Su canto era el mensajero

de esos ensueños, y ¡por eso transportaba su voz á un país desconocido!

¡Cómo la había mirado en su ensueño! ¿Se acercaría, por fin, Ella á la meta?

Temblando de duda, vagaba á través del aposento, tratando de adquirir alguna certidumbre. En esto, entró la criada para entregarla una esquila, una tarjeta de Navidad, en un sobre sin señas, representando unos niños en trineo, y debajo estas palabras escritas á mano:

«Hoy, en el bosque, sólo en usted he pensado.»

Sus iniciales, y nada más.

—«Así es—pensó ella.—No me dice nada, pero siempre piensa en mí.»

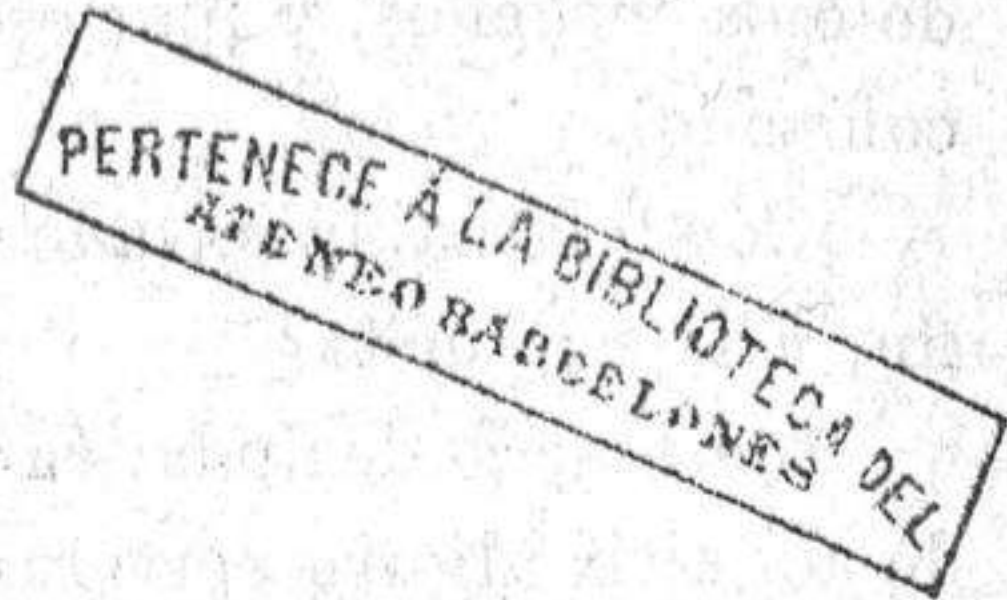
Y volvió á ver sus ardientes miradas que la envolvían y acariciaban. No recordaba nada de lo pasado, ni pensaba en lo venidero. Respiraba con holgura, con libertad: soñaba. En la clara noche de luna, estaba tendida en su lecho, despierta, casi visionaria, oyendo una voz que murmuraba:

—«Ahora, ahora es.»

¡Ah, si hubiese permanecido fiel á su ensueño, aún cuando la realidad parecía tan cruel! ¡Si Ella hubiera estado firme! ¡Por haber dudado era por lo que todo se había hundido en torno de Ella! Pero cuanto mayores fueron sus sufrimientos, ¡más grande sería también su felicidad!

Durmióse, bañada por una suave luz que llevó consigo á sus sueños, y despertó entre ese claro vapor que se extiende por la mañana delante de las ideas. Y en seguida pensó, con una certidumbre absoluta, que por fin iba á llegar lo que tantos años esperaba, ¡y que iba á llegar en aquel día!

—«¡Hoy tenía que llegar eso!»



V

Dedicó mucho tiempo al tocador, y peinóse la trenza con más esmero aún que de costumbre. Sacó después, del fondo de la cómoda antigua que la servía desde su infancia, la ropa interior más fina que poseía y que sólo una vez llevó: el día de la boda, el día de la degradación. Quería estar tal como había estado durante su ensueño.

Acercándose á los niños, que acababan de despertarse, les dijo:

—¿Queréis que Tea os lleve á casa de la tía?

Hubo completa adhesión y también por parte de la niñera, para quien eso significaba un día de asueto.

—¡Mamá, mamá!—oyó Ella detrás de sí, al bajar la escalera.

Quería ante todo comprar flores; luego, despedir á sus discípulas. Porque ahora... ¡ahora!...

Como era muy temprano para ir á ver á nadie, dió un paseo por las afueras de la ciudad y regresó en el momento preciso en que la florista abría su despacho, teniendo ya dispuesto para la venta un precioso ramo.

—Démelo usted—dijo Ella á la anciana.

Llevóselo consigo; y de allí pasó á una tienda donde había visto una pañoleta roja, que tenía decidido empeño en llevar al paseo en trineo. Porque pasearían juntos, estaba segura de eso.

Luego prosiguió su camino con rumbo al barrio de las residencias aristocráticas, donde vivían la mayor parte de sus discípulas. Al final del camino, al resguardo de una piedra

grande, encontró una mata de «diente de león» que había brotado allí durante los días del deshielo. La cogió, agregándola al ramo de rosas, junto á las cuales hacía triste figura. ¡Pero eran las primeras flores del año, y encontradas aquella misma mañana!

De vuelta en su casa, envió á sus hijos con Tea; los cuales, llenos de júbilo no cesaban de gritar: «¡Mamá, mamá!» apuntando con el dedo á una ventana de la fonda, donde acababa de aparecer Aksel Aaroe.

Este la saludó; y, un instante después, llegaba á casa de Ella.

—¿Está usted sola hoy?—dijo, acercándose.

—Sí.

Se puso á arreglar las flores, toda temblorosa, sin atreverse á levantar los ojos.

—¿Es fiesta hoy?

—¿Por qué pregunta usted eso? ¿A causa de estas flores?

—Sí, por eso. ¡Oh, qué bellas rosas! ¿Y qué es esto que hay en el vaso?

—«Dientes de león»; los primeros del año.

Quedóse Aaroe vacilando y silencioso por un momento, como si reflexionara; por fin, dijo:

—¿Me permite usted que le cante algo?

Púsose al piano; y después de un largo preludeo con sordina, comenzó á cantar muy quedo, casi en el mismo tono con que había hablado desde su entrada. Nunca cantó mejor; su talento había aumentado mucho, pero aún conservaba en la voz la expresión dolorosa de otros tiempos, y aún más doliente que nunca.

—«¡Desdichado, desdichado—decía con claridad esa voz—ah, estoy perdido!»

Ella se había puesto á llorar, cubriéndose la cara con las manos, y sin tratar siquiera de contenerse. Oyóla Aksel, y se volvió; sintiendo ella que la cogía la trenza, y pareciéndole que se la besaba; pero no se atrevió á levantar la cabeza.

Dió él algunos pasos por el aposento, mientras que ella, un poco tranquila, permanecía quieta esperando.

—¿No me permite usted que la lleve conmigo á dar un paseo juntos?—preguntó Aaroe.

Todo el día había tenido Ella la certidumbre de que darían juntos un paseo. Por eso no se extrañó de su proposición. Y así como esto se realizaba, también se realizaría lo restante de su ensueño. Ella le miró á través de sus lágrimas, y él se sonrió.

—Voy en busca de un trineo—dijo saliendo.

Con asombro de Ella, estuvo ausente más de una hora, y regresó alegre en extremo conduciendo un elegante trineo, y cubierto con las ricas pieles que ya llevaba la víspera. Cuando quedó instalada y salieron al trote largo, inclinóse Aksel hacia Ella diciéndola:

—¡Qué buena es usted, al haberse dignado venir!

Un poco más lejos, después de refrenar el paso del caballo, se inclinó de nuevo:

—He pedido que nos preparen comida en el *restaurant*. Todo estará dispuesto cuando lleguemos. ¿No tiene usted ninguna objeción que hacerme?

Ella se sentía feliz, muy feliz..... La nieve destellaba al sol, el aire era tibio..... ¡Qué bien se estaba, con aquella plenitud de vida, en ese paisaje cada vez más hermoso!

Por una parte del camino la montaña blanca, cubierta de un tinte dorado por los rayos del sol, con altos llenos de bosques por detrás; y entre las alturas, alquerías que bien pronto cesaron para ceder el puesto á las frondas nada más.

A la otra parte, el mar hasta lo infinito, el mar de un color negro agrisado, destacándose sobre lo blanco de la nieve, hablando de la vida bajo otra faz, de inquietud eterna, de gravedad amarga, incesante protesta contra el idilio de la nieve. Porque la nieve recién caída habíase adherido á las ramas, á los troncos de los árboles, á las barreras húmedas aún con el deshielo anterior; y helándose de nuevo todo junto, se habían

formado extrañas figuras, animales extravagantes, de todas dimensiones. En algunos sitios también la blancura de la nieve se destacaba sobre el verde obscuro de los pinabetes, con creciente contraste de colores.

Aaroe paró el trineo y se apearon.

Cerca de ellos, un pino viejo, medio caído, parecía haber olvidado su caducidad entre aquel esplendor de nieve. Estaba escondido el musgo de su corteza, oculta la podredumbre de su tronco, invisibles las cicatrices de las ramas rotas. La encantada mano del invierno lo había rejuvenecido todo. Una vieja barrera, hecha pedazos, parecía entonces una maravilla de arquitectura; las astillas de la madera habían servido á la nieve para sus más espléndidas invenciones; los huecos y los agujeros estaban llenos de cristales refulgentes.

En medio de esa escena, Ella creía á cada instante oír unas vocecitas llamar á lo lejos: «¡Mamá, mamá!» Como se volviese hacia su compañero, vióle sentado en el trineo inmóvil. Adivinó Ella que iban á brotar lágrimas de sus ojos.

Poco después prosiguieron su camino, diciendo Aksel:

—Me acuerdo de este camino lleno de sol.

Era triste su voz; volvióse Ella hacia Aaroe y le dijo:

—Cante usted un poco, se lo ruego.

—Estaba pensando en eso, pero me hallo conmovido en demasía. Espere usted un momento. Quizá pueda cantar á usted la antigua canción del invierno.

Y comenzó la antigua canción, que tan bien conocía Ella. Los cascabeles del trineo acompañaban el canto como píos de pájaros, y el eco de su voz resonaba entre los árboles.

«Un día como este es el desquite de millares de los otros,» pensaba Ella. ¿De qué no hubiese sido capaz, tan pequeña y tan débil como era, con muchos días análogos en su vida?

Llegaron á la fonda, un gran edificio de madera, de dos alas, y vieron numerosos trineos desenganchados en el patio. Debía de haber mucha gente. Corrió á su encuentro un hombre con la cabeza descubierta: era Petez Klausson, un amigo

de Olsen. Parecía haber estado aguardándolos. Y habiéndose ido Aaroe para dar algunas órdenes, Klausson hizo subir á Ella y empeñóse en ayudarla á quitarse el abrigo. Olía muchísimo á aguardiente.

Viendo á Ella atónita de encontrarle allí, se puso á reir y la dijo:

—¡Pero si vamos á comer juntos!

—¿De veras?

Y miró á la mesa, donde había cinco cubiertos.

—¿Ha tenido usted noticias de su marido?

—No.

Hubo un momento de silencio. Petez Klaussen, el compinche de francachelas de su marido, ¿era una sociedad digna de Aksel Aaroe, que sólo buscaba lo elevado y noble? Luego se tranquilizó Ella al considerar que el carácter ligero de Petez Klaussen debía de ser, sin embargo, perfectamente honrado en el fondo.

Entró un camarero con un cesto de vinos, y un momento después volvió con champañ helado.

—¿Para qué tanto vino?—preguntó Ella.—Aaroe no bebe.

—¿Aaroe? ¡Si él es quien me ha rogado que viniese aquí! Entré á verle de paso, y hemos bebido juntos un coñac exquisito.

Volvió Ella la cabeza, poniéndose pálida. ¡Por eso había estado esperándole una hora!

En ese momento entró Aaroe, con un aire tan cortés y de hombre de buena sociedad, que Petez Klaussen sacó involuntariamente las manos de los bolsillos y casi no se atrevió á abrir la boca. Aaroe anunció que también había convidado á los Holmbo, pero acababan de contestar que no les era posible venir. Y ofreciendo el brazo á Ella, la condujo á la mesa.

Mostróse el más amable, el más gracioso de los comensales, dirigiendo la conversación y realzándola con interesantes anécdotas. Nunca echó agua y su mano temblaba al sostener la copa de vino. Ella, que lo advirtió, sufría cruelmente.

Sirviéronse ostras para comienzo, y al principio comió Ella con apetito, pues tenía mucha hambre. Pero bien pronto sintió anudársele la garganta y la dieron ganas de llorar más que de comer ó de beber. ¡Habían tomado las cosas un giro tan diferente del que se figuró! Ese hermoso día iba á parar en un inmenso desencanto.

—«Todo esto acabará, y muy pronto nos volveremos juntos á casa»—decía para sus adentros.

Pero, conforme avanzaba la comida, no iba siendo ya para él sino una señora en la mesa de un hombre de mundo. ¡Era cosa de llorar!

Después de comer, la ofreció de nuevo el brazo para llevarla á un elegante salón, donde inmediatamente fué servido el café, con licores variados. Luego se excusaron los dos hombres: querían ir á fumar un instante. Salieron, pues, y Ella se quedó sola.

Eso ni siquiera era cortés; y á la postre comprendió Ella que no sólo ese día, sino hasta el mismo Aaroe, habíanse vuelto muy otros de lo que había creído. Comenzaban á rodearla las tinieblas de la noche. Luchó con todas sus fuerzas, y quiso salir; como si fuera de allí hubiese de encontrarlo tal como era en su ensueño. Volviendo á la primera estancia, cogió la pañoleta roja y bajó al patio, cuando un camarero se acercó á ella para decirle que uno de sus compañeros estaba malo, y el otro en un estado incapaz de presentarse.

Siguió Ella maquinalmente al hombre, sin comprender lo que la decía. En el camino acordóse de que Aaroe tenía estropeada la lengua cuando, después del café, la pidió permiso para ir á fumar. ¿Si habría tenido un ataque?

Pasaron por delante de una pieza llena de humo, y entraron en una alcobita donde Aksel estaba tumbado en la cama. Había debido dejarse caer allí, probablemente para beber más á sus anchas. Encima de la mesita de noche, junto á la cama, había una botella. Allí estaba él inerte, vestido y calzado, sin expresión en los ojos. Al ver á Ella se puso á decir con voz de falsete:

—¡Tip, tip!

Y volvió á repetir, estirando el dedo índice:

—¡Tip, tip!

¿Qué quería? ¿Llamaba á Peter?

Detrás de él veíase encima de la almohada una cosa velluda: era una peluca. Entonces vió Ella que era calvo.

¡Tip, tip! seguía oyendo aún detrás de sí, al huir á escape.

Nunca ha habido ser más miserable que Ella, vagando esa noche en busca de su camino. Corría con toda la rapidez que se lo permitieron sus cortas piernas, suelto el pesado abrigo, con la pañoleta en la mano, bañada en sudor, aplastada bajo su ensueño hundido.

Al pronto, sólo pensó en Aksel Aaroe. ¡Infeliz, perdido sin remedio! Mañana ó pasado, sin duda, abandonaría el país como antes ya lo había hecho, pero ahora para no volver más.

Luego, á su lástima por él, contestaba la peluca en la almohada:

—Sin embargo, ¡no todo era verdadero en Aksel Aaroe!

Por fortuna, no encontró á nadie en su camino. Debía de tener extraño aspecto, con el abrigo sin abrochar, lleno de lágrimas el rostro, andando á todo correr. Varias veces trató de acortar el paso, sin conseguirlo; ¡tan grande era su agitación!

Pero, al mismo tiempo, en todo su ser sobreexcitado, se planteaba con lucidez este problema:

—«¿Quisieras ahora no haber tenido tus ensueños, que han fracasado todos tan miserablemente unos tras otros?»

—«¡No, por todo lo del mundo!—se contestaba á sí misma.—Porque mis ensueños han sido lo mejor que he tenido en realidad. Me han enseñado á soportar el sufrimiento, me han dado una norma infalible para medir lo que era elevado y lo que era bajo... Y ahora, ensueños míos, os he forjado también en torno de mis hijos; y, gracias á vosotros, me dan mil veces más alegría. Mis hijos y mis flores: eso es todo lo que tengo.»

—«Pero ahora, Ella, ¿ya no tienes ensueños?»

Al principio, no halló respuesta. ¡Era tan cierto, tan horriblemente cierto! Y reaparecía la peluca.

En el mismo sitio por donde pasaba entonces, había cantado Aaroe la antigua canción del invierno. Pocas horas antes habían acompañado al canto los sonidos de los cascabeles; ahora, unas vocecitas que llamaban de continuo «¡mamá, mamá!» acompañaban á sus lágrimas. Y nada tiene esto de extraño, pues corría hacia sus hijos y en adelante iban á versar acerca de ellos sus ensueños.

«¡Estos tienen algo de verdaderos!» respondía la voz de Aaroe. Acordóse Ella de su tristeza al pronunciar estas palabras. ¿Pensaba realmente en sí mismo al decirlas? ¿Comparaba la miseria de él con la frescura y con el porvenir de ellos?

Pensó de nuevo en él, tratando de acordarse de todas sus palabras y de todas sus miradas, para aclarar el enigma; y estalló su dolor, más fuerte que nunca. ¡Su vida había terminado! ¡Y sus ensueños, harto queridos y arraigados para descuajarse así, lo envolvían todo, sus proyectos, sus trabajos, su cotidiana existencia! Y también pensaba con desesperación, que al regreso no iba á encontrar á sus hijos, que llegaría á un hogar vacío.

Pero aún tenía fuerzas; porque, cuando estuvo en el lecho, á la suave claridad de la luna, que la recordaba lo que había pasado, se puso á sollozar alto como una niña. Su corazón era joven, como cuando tenía diecisiete años. No podía ni quería desesperarse.

Y volvió á oír la canción del invierno, con la voz de Aaroe, aquella voz sonora, conmovida y tan triste, como para explicárselo todo. Incorporóse y escuchó. ¿Qué decía la canción? Que los ensueños, como el invierno, enlazan dos veranos: el que se va y el que se prepara lentamente á venir, gracias á los ensueños que le mantienen despierto.

También decía la canción que los ensueños son algo por sí solos; con frecuencia, realidades más profundas que la misma

realidad. Lo había presentado Ella muchas veces al cuidar sus flores.

—¡Mamá, mamá!—murmuraban las vocecitas. Y así se durmió Ella.

BIARNSTIERNE BIORNSON.

EL MARQUÉS DE VIANE.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

VOLVIÓ á su casa poco antes de amanecer, muy ebrio, pero sosteniéndose bien, hallando sin titubeos el tirador de las puertas, con la camisa poco arrugada y la corbata sin deshacer. Eso de vacilar, querer meter la llave en la pared y ser un montón de harapos rotos, pase en un obrero que vuelve de la taberna. Un *clubman* no se parece á un *perdis*. Existe este epígrafe de Gavarni: «Calamocano cuanto se quiera; pero canalla, jamás.» Sin embargo, aquella noche el marqués de Viane estaba un poco más beodo de lo conveniente; sí, beodo á causa de la mezcla de vinos y de esa lumia que le engaña con todo el mundo, y de que le limpiaron al *baccarrá*. Tenía vahidos bajo la bóveda del cráneo y pesadez dentro de la jaula torácica. «No ando bien,» le decía una vez al doctor Delton cierto vividor que al cabo iba mal; «me parece que tengo un peso en el estómago.» «Dirá usted en la conciencia,» respondió el ilustre práctico. «Es lástima que no puedan vomitarse los remordimientos.»

El marqués de Viane sentíase á disgusto. Por vez primera desde hacía un año, entró en el cuarto de su mujer; quizá por el estúpido capricho de hacerla despertar sobresaltada; capricho de borracho, que al no dormir tampoco quiere que los demás duerman; quizá fuese por otra razón. Hay momentos en que cualquiera mujer, incluso la propia, es una mujer; y un sacudimiento puede disipar las desganas; precisamente, hacía

poco que había vuelto á bajar la escalera (no la de su casa, sino la de todo el mundo), por acordarse á tiempo de que el *baccarrá* se le había llevado el último luis. Pero la marquesa no había regresado. ¡Ah! Recordó que había ido al baile de la señora de Rosavène. «¡Demontre, no dura poco ese baile!» Estuvo á pique de incomodarse; hizo ademán de agarrar una silla y estrellarla contra la pared. Pero se contuvo, encogiéndose de hombros. «¡Bien! ¿Y yo?» Y añadiendo: «Somos iguales; ¡bonita pareja!» Llegó á su cuarto, donde se dejó caer sobre el plumazón de la cama, vestido del todo, con el sombrero puesto en la cabeza y las botas colgando.

Sí: bonita pareja y deliciosa vida. A la larga era descorazonadora, palabra de honor. ¡Y decir que hay empleados en casas de comercio, con trescientos francos al mes, que os envidian porque tenéis caballos, palacio y queridas! Hablemos de las queridas. Lila Biscuit, sobre todo, se despachaba á su gusto. Se había ido á Bougival con el cómico del Ambigú, ese que canta las cancioncillas campesinas con el pantalón subido hasta el cuello. Y siquiera se amase á esas mujerzuelas, quizá fuese gracioso ser engañado por ellas; pero no se las quiere ni pizca. En primer lugar, no son bonitas, son idiotas y aburridas, no tienen cabeza ni sentidos. Tan pronto como se acuestan, se vuelven de cara á la pared. ¡Ni siquiera desempeñan su oficio! En verdad que somos demasiado imbéciles. Y pregunto: ¿Por qué se pasan apuros por gente de esa calaña? Sin embargo, las casas hipotecadas, las rentas comprometidas, los pagarés firmados á los joyeros, son para caprichos de Lila Biscuit ú otras. Y eso ni siquiera les aprovecha á ellas; todo va en beneficio de su tía ó de su criada, que compran valores públicos. El juego es más divertido; se piensa en alguna cosa, se desea una ú otra carta; corre electricidad por la sangre al recoger ó al empujar los montones de fichas y los fajos de billetes. Vale más perder que ganar; la sacudida es más fuerte. Sólo que es preciso pagar las diferencias. «¡Y que no tendré yo diferencias este mes!» El marqués de Viane trató de echar la cuenta; pero, en lo con-

fuso de sus ideas, no recordaba bien y no pudo sumar. «Pongamos cien mil francos». ¡Caramba! ¿Con qué los pagaría? Habíase levantado é iba por el aposento, con la cabeza un poco despejada, pero con el estómago cada vez más pesado y con náuseas intermitentes. No le sentó bien el echarse en la cama. En cuanto á los cien mil francos, no tenía ni el primer millar. ¿Qué iba á hacer? ¿Pedir un préstamo? ¿Y á quién? Ocurriósele muy vaga la idea de vender los diamantes de su mujer, de llevar al Monte de Piedad las joyas de Lila Biscuit; ya devolvería ambas cosas más tarde, cuando volviera la buena suerte. Porque, hay que pensarlo: es muy duro eso de verse embargado. Pero dió una gran carcajada. ¡Bah! A otros les embargaron, y no se han muerto. Tampoco se moriría él por eso, ni más ni menos que los otros.

En aquel momento pasaba delante del espejo, pálido por la lívida luz del amanecer; se vió con la cara descolorida y los ojos encarnados. Al pronto, no se conoció á sí mismo; después, de codos en la chimenea, con bruscos sobresaltos de hombros, púsose á sollozar, con la cabeza entre las manos. Sollozos de borracho en las esquinas (pues no siempre se puede ser correcto), lágrimas mezcladas con vómitos.

¡A eso había venido á parar en cinco años! Cuando Berenguela y él se casaron en Bretaña, sonreíales el porvenir al verlos tan jóvenes, tan guapos y tan ricos. ¿Qué ventura había de serles negada? Partieron para la vida como para un país encantado. Resultado: la mujer en el baile ó en cualquiera otra parte, á las seis de la mañana, arrastrando ó quitándose faldas no pagadas aún al modisto, quien mañana dará comienzo á las diligencias judiciales; y el marido, lleno de vino y de tedio, considerando con una carcajada de consentimiento la mentira de su palabra y la insolvencia de su honor ¡embargado! Levantó la cabeza, y dijo para sí: «¡No, basta ya!» Habíasele ocurrido la idea de la muerte. ¿Por qué no? ¿Le amaba alguien? El mismo, ¿á quién amaba? ¿A su madre, residente en Bretaña? Hacía un año que no la había escrito. ¿A su hija, tan

pequeñita? De vez en cuando se la enseñaban en brazos de la nodriza, envuelta en encajes, y dando un cachetito en las mejillas del angelito, decía: «¿De veras encuentran ustedes que se me parece?» En cuanto á su mujer, ¡pues no hacía ya una friolera de tiempo que le tenía sin cuidado! Si le hubiesen dicho de pronto: «Berenguela acaba de entrar en su cuarto con un hombre que le quita el corsé y la besa en los hombros,» por un vago resto de respetos humanos, quizá hubiese empujado la puerta y abofeteado al amante, fingiendo alguna cólera. Existen de estas ruinas de la virilidad. Tómese una paja, quebradla, arrolladla y enderezadla, escurriéndola entre el pulgar y el índice; se queda derecha, pero está rota y se deshace al primer soplo; á esa paja se parecen ciertas conciencias.

Así, pues, el marqués de Viane podía morir sin sufrir ningún pesar y sin causarlo á nadie. Ya ni siquiera creía en el placer, ese recurso supremo. El beso de las hermosas, la embriaguez de los buenos vinos, todo ello no sirve más que para dar fatiga, á veces un poco de sueño. Y para los días venideros sólo esperaba (avergonzándose al fin de sí mismo) unos mañanas parecidos á los ayer ¡tan estúpidos, tan viles! ¡Quizá más viles aún! Porque ¿quién sabe á qué canalladas, á qué hábito de no advertir las galas de su mujer más estrepitosas que nunca, y las deudas de la casa pagadas por una mano desconocida; á qué habilidades en el *baccarrá*, al principio raras y medrosas, después frecuentes y resueltas; á qué empréstitos en voz baja, por la noche, sobre la almohada de Lila Biscuit; á qué bajezas definitivas, irremediabiles, podían conducirle lo liviano de su alma y la precisión de dinero, y aquella ineludible necesidad de buenas propinas á los camareros de los *restaurants* nocturnos, y los anuncios de venta judicial, previo embargo, pegado en ambas hojas de la puerta del palacio? Abrió un cajón y cogió un revólver; justamente estaba cargado. Pero no; por no sé qué analogía, apoderóse de él la idea de otra muerte menos altiva. Probó con la mano la solidez de un brazo de bronce embutido en la pared; arrancó de un golpe

brusco el cordón de la campanilla. No hacía falta nada más para ahorcarse. Estaba sujetando ya el cordón al brazo de bronce, resueltamente y con método (sin ^{trastorno} alguno, con la lucidez casi sonambúlica del despertar tras una noche de borrachera), cuando se abrió la puerta.

—¿Ha llamado el señor?—preguntó el ayuda de cámara, separando las cortinas de la ventana.

El marqués estaba de pie, con el cordón en las manos, al penetrar de golpe la luz de la mañana. Dió orden de que ensillasen la yegua alazana, y pasó á su tocador. Una hora más tarde galopaba por la alameda de Pateaux. Allí encontró á la marquesa de Viane. Después del baile de la señora de Rosavère, no había hecho más que pasar al palacio (el tiempo suficiente para ponerse una amazona), y regresaba de la Vaquería, donde todo el mundo se había dado cita, pero donde no había encontrado más que al señor de Puyzoche. Los tres juntos, muy saludados, muy envidiados, continuaron su paseo charlando en los entretiempos de los trotes acerca de la playa concurrida, del castillo, de la montaña de moda, adonde irían á pasar los aburridos días del estío, y de otras cien cosas. Una encantadora conversación, al aire fresco de la mañana, que reaviva. El marqués de Viana, sobre todo, estaba de buen humor, hablaba en voz alta; se reía fuerte. Un vagabundo, que aún dormía con pereza entre la hierba, despertóse con el ruido; y pasando la cabeza por entre las ramas, enseñó el puño á este hombre feliz.

CATULO MENDÉS.

A LA RIMA.

(TRADUCCIÓN DE CARDUCCI).

¡Salve, rima! Lo infinito
Por lo escrito
Te persiguen los juglares:
Pero brillas, centelleas
Y chispeas
En las almas populares.

¡Oh, nacida entre dos besos,
En traviosos
Torbellinos de la danza:
Cómo acuerdas con dos giros
Dos suspiros,
De memoria y de esperanza.

¡Cuál resuenas juguetona
Si te entona
Pecho fuerte en tarde amena,
Cuando pies de segadores
Cantadores
Dan tres golpes en la arena!

¡Cuán horribles á los vientos
Diste acentos,
Vencedores alaridos:

Por las lanzas sanguinosas,
Fragorosas,
Los escudos percutidos!

Y la espada quebrantando
De Rolando
Tú sentiste á Roncesvalles:
De la trompa la armonía
Noche y día
Su alto nombre dió á los valles.

Te agarraste, sin ayuda,
De la ruda
Negra crin del fiel Babiaca:
Y del Cid tras los pendones
Tus canciones
El romance altivas trueca.

Das al Ródano valiente
Tu esplendente
Cabellera polvorosa:
Desafías á amadores
Ruisiñores,
Con los vates de Tolosa.

Ved: amor el barquichuelo
Del Rudel-lo
Con tus galas empavesas;
Y el suspiro del muriente
Brotas ardiente
En la lucha que no cesa.

Torna, torna ya á otra parte,
Que invitarte
Con su voz el Dante quiso:

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

Descendéis hasta el infierno,
Veis lo eterno,
Purgatorio y paraíso.

—

¡Salve, hermosa emperadora,
Gran señora
Del sin par metro latino!
Yo, rebelde fiero y rudo,
Te saludo,
Y ante ti libre me inclino.

—

Gala, honor de mis abuelos,
Mis desvelos
Bendición te dan secreta:
¡Salve, rima! Vengan flores
Para amores;
Para el odio una saeta.

LUIS MARCO.

CRÓNICA LITERARIA.

Capítulos que se le olvidaron á Cervantes.—Ensayo de imitación de un libro inimitable. Obra póstuma de Juan Montalvo.

Si el título: *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes* sorprende al lector y le habla con tono de grande atrevimiento, el subtítulo ó epígrafe subalterno: *Ensayo de imitación de un libro inimitable*, puesto á la obra póstuma de Juan Montalvo, viene á desvirtuar esa impresión primera, que queda por completo desvanecida con la lectura del extenso y elocuente prólogo que encabeza los *Capítulos*.

No podía ocultarse al claro ingenio de Montalvo,—cuyas obras merecen en verdad ser más conocidas en España, donde probablemente las habrán leído muy pocas personas—el peligro de imitación semejante, y así emplea gran parte del prólogo en justificar su intención y su obra.

Acaso no eran necesarios tantos razonamientos como expone en castiza y hermosísima prosa, para que el lector quedara convencido de la legitimidad del intento y preparado para apreciar imparcialmente los *Capítulos*.

Podríamos extrañarnos de que se imitara á Cervantes, si la imitación de las obras maestras de todos los géneros literarios no fuese, como es, fenómeno de todos los tiempos, y que, á poco que se medite, ofrece sencilla y satisfactoria explicación.

No es necesario apelar á la comparación entre la pintura y las letras, que invoca Montalvo, para explicar y justificar

las imitaciones. Ni en realidad es la comparación del todo exacta. Entre la obra del pintor y la del literato hay la gran diferencia que existe entre las artes del espacio y las del tiempo, por razón de los medios materiales que emplean. En las primeras no hay más que un ejemplar de la creación del artista; en ellas, la compenetración entre el modelo ideal de la obra y la forma en que se materializa y trasciende al exterior es tan estrecha que, por lo que toca á la ejecución material, la copia es una obra nueva. No así en la literatura y en la música.

El pintor hace un cuadro y ese cuadro es único. El literato escribe un libro y el músico una melodía; pero ese libro puede reproducirse en millones de ejemplares y esa melodía ejecutarse por millares de orquestas, permaneciendo idéntico el libro en todas sus copias é idéntica la melodía en todas sus ejecuciones. Y es que la compenetración de la idea con sus formas sensibles, no llega en la literatura ni en la música á aquella parte más exterior, medio ó material de la forma, antes que forma propiamente dicha, es á saber: en la obra literaria, la escritura ó impresión, en la musical la escritura también ó la ejecución por una determinada orquesta.

La combinación de las palabras ó de los sonidos es en estas artes la forma inseparable de la idea, tan inseparable como lo son el cuadro ó la estatua de la concepción artística que expresan con elementos sensibles. Pero no hay en la pintura, en la escultura, ni en la arquitectura esa facultad de reproducción indefinida que en las artes del tiempo, da distinto carácter é importancia á las imitaciones.

El monumento, el cuadro ó la estatua están en un solo lugar; el libro ó la composición musical pueden estar simultáneamente en todas partes. De ahí que la copia, imitación ó reproducción de aquéllos por medio de las artes industriales, tenga casi siempre un fin de vulgarización, mientras las imitaciones de las grandes obras literarias ó musicales suelen ser por el contrario de carácter erudito. Las últimas no han me-

nester de copias ni de instrumentos de vulgarización para difundirse. Tienen en sus propios medios exteriores una facultad de reproducción inagotable.

No hay para qué prolongar esta digresión, puesto que la comparación entre unas y otras artes, que la ha dado origen, no es parte principal en el prólogo de Juan Montalvo, ni pasa de ser allí un pormenor más ó menos acertado. Aunque las imitaciones literarias sean cosa distinta de las copias ó reproducciones de la pintura y escultura, no por eso hemos de reputarlas ilícitas, extravagantes, ni siquiera inútiles.

Se dice antes que las imitaciones de las grandes obras literarias son manifestaciones de un arte erudito, y podría añadirse, como consecuencia natural, que en las épocas de gran cultura, de *muchas humanidades*, es cuando con más abundancia se producen estas imitaciones, aunque coexistan con una literatura de vuelos espontáneos y de inspiración nueva é independiente. En todas las grandes épocas de la historia literaria podría señalarse, junto á la producción original y propia de ellas, esa tendencia á hacer revivir las formas y el estilo de los antiguos maestros, esa excursión retrospectiva de los ingenios hacia el Panteón de los inmortales.

Tratándose de la obra de Juan Montalvo, sería impertinente hablar de otra clase de imitaciones, que casi siempre son de escasísimo valor; de las imitaciones contemporáneas, que con frecuencia se producen cuando una obra llama poderosamente la atención. Imitaciones que no obedecen á esa delectación *arqueológica*, que guía á los imitadores eruditos de los grandes maestros, sino simplemente al afán de buscar el buen éxito por camino conocido, á la falta de originalidad, al deseo de agradar al público, adulándole y dándole por el gusto.

Plagas periódicas hay de imitadores de esta clase. ¿Quién que lea un poco no ha *padecido* á los *becquerianos* y *campoamorianos* en los tiempos de *furor* poético? Pero imitaciones de esta clase nada tienen de común con obras como la de Juan Montalvo.

Para esta imitación, para la imitación culta, erudita, que es en rigor arte de anticuario, se necesitan muchas condiciones, y de ellas, algunas que sólo pueden darse en literatos de verdadero mérito. Gran cultura, no de la que suele llamarse *general*, y podría más exactamente decirse de Diccionario de la conversación, sino cultura *honda*, educación del espíritu. Sentido histórico ó intuición de lo pasado, conocimientos filológicos, facultades de asimilación. Y sobre todo esto ha de haber también por parte del imitador, para que pueda salir airoso de su empresa, cierta identificación espiritual con el modelo que imita. No basta para ella una comprensión clara, un conocimiento profundo del modelo. Se puede ser excelente crítico de una obra literaria y haber hecho un estudio acabado de ella sin adquirir por eso capacidad para imitarla. Como obra artística, la imitación literaria ha menester del concurso del sentimiento. Sin la simpatía hacia la obra que imita, sin cierta comunidad ó parentesco moral con el ingenio que le sirve de modelo, el imitador no podrá pasar de una tentativa amañada y fría.

*
* *

Todas estas condiciones, más los conocimientos auxiliares indispensables, reúne Juan Montalvo para imitar al autor del *Quijote*. Su admiración y amor hacia Cervantes á tal punto llegan, que le hacen ser injusto con los españoles, pues le falta poco (si por ventura le falta algo) para pensar que hemos necesitado que vinieran extranjeros á revelarnos toda la grandeza del indiscutible príncipe de nuestras letras. Y si vamos á su conocimiento del *Ingenioso hidalgo*, acaso no haya en este siglo escritor más empapado del espíritu del *Quijote* ni prosista más cervantino, ni autor, en fin, capaz de poner en escena nuevamente con tan rigurosa propiedad la generosa locura del último caballero andante y la rústica malicia de su escudero.

*
* *

El extenso prólogo, de no menos de cxxxix páginas, divididas en doce capítulos, que puso Montalvo á su imitación del *Quijote*, es por sí solo una obra, no inferior y áun acaso superior al *Ensayo*, desde algún punto de vista.

Publicóse este prólogo, con el título *El Buscapié*, en los *Siete tratados* del escritor ecuatoriano; pero ha sido en España tan poco leído dicho libro, que puede tomarse como cosa nueva la introducción á los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*.

Por lo que toca á la forma, es este prólogo de lo mejor que en lengua castellana se ha escrito modernamente. Una autoridad de la lengua, el señor Valera, decía no ha mucho que Montalvo era á su juicio quien manejaba con más primor y limpieza el castellano en nuestra época. A primera vista parece exagerado el elogio; pero después de leídas atentamente las obras de Montalvo, forzoso es reconocerle, si no como el mejor hablante español de su tiempo (porque una absoluta supremacía individual de esta clase es casi siempre controvertible), como uno que debe figurar en puesto eminente entre los mejores.

Es algo desordenado en el plan el prólogo de los *Capítulos*. Puede creerse que Montalvo no le *planeó* minuciosamente ni lo preparó acopiando notas y apuntes previos, más escribiólo en un solo vigoroso arranque de inspiración, aunque naturalmente no fuese obra tan larga labor de un día. Es evidente que el escritor ecuatoriano no participaba de la manía de clasificación, de método excesivo, de regularidad simétrica, que es uno de los frutos menos felices de la invasión de la ciencia en la literatura. Escribe con la libertad de los autores antiguos (quiero decir la libertad relativa á este particular), desviándose á menudo de su principal asunto, con digresiones varias y juicios filosóficos, sobre lo que va diciendo.

En algunos pasajes, resulta un tanto deshilvanado el prólogo; parecen sus palabras dictadas tumultuosamente por la agitación de un cerebro febril. Diríase que le posee á intervalos el *furor sacro* de los poetas. Mas lo que con esto pierde en

regularidad y en orden expositivo el admirable prólogo de los *Capítulos*, gánalo con exceso en naturalidad, en vigor espontáneo. Parece al leer esta introducción, que las ideas van acudiendo sin meditación previa á la mente de Montalvo, y que su pluma las da á luz sin esfuerzo, encarnadas en el preciso verbo que requieren, cual si el pensamiento y su expresión nacieran en un mismo acto.

*
* *

Comienza su prólogo Montalvo justificando la osada empresa de imitar á Cervantes. Hace luego uno de los más elocuentes y entusiastas elogios que del autor del *Quijote* se han escrito; da después noticias muy interesantes y curiosas de cómo y por qué escribió su *Ensayo*, y critica, por último, los desafueros que contra el castellano cometen malos traductores de obras extranjeras, á más de tratar incidentalmente otras cuestiones cuya enumeración no hace ahora al caso.

Admirador apasionado de Cervantes, no admite Montalvo que pueda ponerse al lado escritor alguno español, ni de los más famosos. Los infortunios y miserias que padeció el manco inmortal, dánle pie al autor de los *Capítulos* para disertar en noble y grandilocuente estilo sobre los infortunios de los genios y el perpetuo error de la fortuna. La idea de Jamblico de la purificación del hombre en sucesivas existencias en que purgamos culpas anteriores el (*Karma*, como diría un moderno discípulo de Mad. Blavatsky) encuentra en Montalvo un partidario convencido y un maravilloso intérprete. Los miserables de este mundo, los perseguidos, los favoritos del dolor son los que están al término de la carrera, los que se hallan en el umbral de la bienaventuranza.

Iberia semper incuriosa suorum, repite Montalvo ponderando el olvido y la ingratitud de los españoles para con Cervantes, de que nos hemos redimido luego, según dice, con la

admiración más fervorosa. Y él, por su parte, ya que no necesita de briosos mantenedores la gloria del autor del *Quijote*, por la posteridad reconocida y proclamada, cierra contra los detractores y enemigos de su maestro, y pone al nivel de Anito y de Melito, de Mevio y Babio, á los Avellaneda, los Foronda, Montiano, Perales y Nasarre; á cuantos osaron tocar el pedestal del genio con manos profanadoras.

Toda esta parte acaso peca de difusa y áun de declamatoria. El lector, acostumbrado al estilo sobrio, y hasta si se quiere árido, que hoy predomina, hallará demasiada ampulosidad, tal vez hinchazón, en el estilo pomposo y magnífico de Montalvo. También se echa de ver cierto exagerado *lirismo*, tolerable como licencia poética—y en realidad es poesía en prosa esta parte del prólogo—pero que hace al autor caer en errores en sus razonamientos, y le lleva á sacar conclusiones falsas, ó á sentar premisas que no son verdaderas. Mas está todo tan hermosamente dicho, que por el deleite que la forma produce, olvídanse los defectos del fondo, y no resultan demasiado largas las páginas no escasas que este preliminar ocupa.

* * *

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

Pasadas ya las ciento, es cuando Montalvo penetra en la parte más sustancial y curiosa del prólogo: aquélla en que explica el fin que se propuso al emprender su imitación de Cervantes, y las circunstancias en que la comenzó y llevó á cabo.

Cuenta, que hallándose desterrado de su país, para rehuir el fastidio se le ocurrió poner por escrito en tono cervantino cierta escena que hubo de presenciar por entonces. Aprovechando sus estudios de la lengua castellana y del *Ingenioso hidalgo* continuó su tarea, y al cabo de seis meses tenía escritos los sesenta capítulos contenidos en el libro.

Al decir Montalvo que ha escrito un *Quijote* para la Amé-

rica Española, y de ningún modo para España, hace una observación oportuna por lo que toca á la parte *histórica*, á la parte tomada de la vida real, que hay en su libro.

Pone en escena el autor de los *Capítulos* á personajes reales, vivientes acaso muchos de ellos en la época en que escribía. Al estilo de los pintores antiguos que en sus cuadros de asuntos religiosos ó mitológicos retrataron á personajes contemporáneos en las figuras fantásticas ó supramundanas requeridas por la escena, Montalvo pone también fisonomías de personas reales á algunos de los compañeros que da en su relación á D. Quijote y á Sancho.

No sé si en la América española resultarán claras y transparentes estas alusiones. Para la generalidad del público español es como si no existieran, por falta de conocimiento de las personas á que el escritor se refiere. La intención política, los sucesos y la parte de sátira personal que haya en el libro de Montalvo (y la hay, sin duda, por lo que el prólogo declara) es letra muerta para nosotros. En este sentido, puede decirse que es exacta la frase de Montalvo á que antes se hace referencia.

Por lo que puede colegirse de la lectura del prólogo y de los capítulos, son de índole muy varia estas alusiones. Hay algunas puramente galantes, como los retratos de las damas mencionadas en el capítulo XLII al dar cuenta del baile en doña Engracia de Borja. Otros retratos están inspirados de bien diversos sentimientos. Expresamente manifiesta Montalvo que, á imitación de Dante y Miguel Angel, que se valieron de la pluma ó del pincel con fines *expiatorios*, poniendo en el infierno á algunos que, juzgaron debían hallarse en tal morada, quiso él también ejercer esta justicia distributiva en el mundo fantástico de las letras y áun tomar venganza de enemigos y perseguidores.

Hay cierto cándido orgullo en este desquite de desafueros reales, para el cual se cuenta, sin duda, demasiado con la atención y perspicacia de la posteridad. No sé á punto fijo

cuándo escribió Montalvo su ensayo, pero tentado estoy á creer que hoy serán ya escasos los que, leyendo los *Capítulos*, se cuiden, áun en América, de discernir las alusiones que contienen. Y concediendo que todavía estén bastante recientes los sucesos y bastante vivo su recuerdo para que la curiosidad tenga aliciente que le mueva á descubrir en los personajes fingidos sus originales, no será menester que pasen muchos años para que esta identificación ocupe, si acaso, á algún erudito desocupado, suponiendo que el mérito de la obra de Montalvo la asegure asídua y continuada lectura. Si alguna forma de venganza es disculpable por lo inofensiva, es, sin duda, ésta en que las letras sirven de verdugo.

* * *

Tras esta parte, que es la más concreta y más ceñida al asunto, aquella en que el prólogo tiene más carácter de tal, viene la última, consagrada por Montalvo á quejarse de las impurezas que afean el castellano y principalmente de los galicismos, la más grave de las modernas enfermedades de nuestro lenguaje.

Dice Montalvo que hubiera titulado su obra: *Ensayo ó estudio de la lengua castellana*, de haber tenido el convencimiento de que había salido airoso de su empresa, en lo tocante á evitar los vicios que corrompen el idioma. Y después de declarar así el carácter filológico y literario de su libro, sale á la defensa de sus compatriotas, los suramericanos, acusados de desfigurar la lengua española. *De mal cuervo mal huevo*, dice con el Comendador griego; y para probar que efectivamente el cuervo es malo, forma un entretenido ramillete de disparates de á folio, contenidos en traducciones españolas de libros extranjeros. Aunque la crítica de Montalvo es atinada y está hecha con donaire, ha perdido gran parte de su interés de ac-

tualidad por referirse á libros ya poco leídos por los que se valen de traducciones. Verdad es que mucho de lo que el escritor ecuatoriano dice de ciertas versiones castellanas del *Telémaco*, de *El Genio del Cristianismo* y de las *Veladas de San Petersburgo*, pudiera aplicarse con corta diferencia á las modernas traducciones de otras obras, hoy más populares y leídas.

Son con todo tan garrafales los desatinos que apunta, que aún suponiendo que haya ido escogiendo los mayores para sus ejemplos, todavía hay que conceder que ahora traducen menos mal los malos traductores. Dudo que haya traducción alguna reciente—y ¡cuidado que las hay dignas de que tropiece con ellas un nuevo Montalvo!—en que aparezcan dislates de la magnitud de los que éste cita. Indudablemente se ha adelantado algo en este punto.

*
* *

Examinado ya el prólogo, pasemos á tratar de los *Capítulos*.

Una crítica minuciosa de ellos, que se detuviera á examinar hasta qué punto se mantiene el carácter de los personajes inmortales imaginados por Cervantes, en los distintos sucesos y aventuras en que Montalvo los coloca; que aquilatara la propiedad de los diversos episodios y señalase las relaciones entre los pasajes del *Quijote*, y los correspondientes del *Ensayo de imitación* del escritor americano, daría materia para escribir largamente. Pero aunque no dejara de ser entretenida y curiosa, sería tal vez inútil, supuesto que la intención de Montalvo fué imitar la forma y estilo del libro de Cervantes, no continuarlo ó adicionarlo con nuevas aventuras y empresas del caballero andante que ha conseguido al cabo ser más afamado y glorioso que cuantos le volvieron el seso y hacer más celebrada á su Dulcinea que todas las Orianas y Ginebras.

Como obra erudita, el *Ensayo* es verdaderamente concienzudo; en algunos pasajes llega al grado de perfección que parece posible tratándose de imitar una obra como el *Quijote*. Poseía Montalvo, y le sirvieron grandemente para dar sabor cervantino y *quijotesco* á su imitación, conocimientos auxiliares muy valiosos, además del gran estudio que debió de hacer del *Ingenioso hidalgo*. Los libros de caballería éranle familiares á juzgar por las referencias que á ellos hace; su repertorio de refranes es rico y variadísimo, pero con todo esto y con ser tan excelente su estilo y tan agudo su ingenio, don Quijote y Sancho parecen en su libro dos fantasmas que vagan por un mundo extraño á ellos. Les falta el ambiente *contemporáneo* del *Quijote* auténtico, y se comprende con sólo recordar que Montalvo quiso poner en escena en los *Capítulos* personajes y cosas de su tiempo.

La curiosidad que naturalmente despierta la imitación de un libro como el de Cervantes contribuye mucho á estimular el interés del lector. El ingenio de Montalvo y las bellezas literarias en que abundan los *Capítulos* mantienen vivo ese interés durante buena parte de la narración, pero al cabo decae y la obra llega á hacerse, al final, algo pesada.

Si el número de capítulos fuera menor, tal vez sería más intenso el efecto total del libro. Pocos serán á mi juicio los lectores que al llegar á los últimos episodios de esta obra no experimenten algún cansancio, y eso que hay en los capítulos finales trozos verdaderamente clásicos, que resisten la comparación con cualesquiera otros de los mejores prosistas castellanos.

Ejemplo de ellos pueden ser las consideraciones que hace Don Quijote en las ruinas de Itálica (capítulo LVIII—*Capítulo* lo titula Montalvo—*de los ménos parecidos á los de Cide Hamete Benengeli*): «Todos yacen—dice el caballero—grandes y pequeños, ricos y pobres, amontonados unos sobre otros en los senos profundos de la eternidad, sin amarse ni aborrecerse, quietos y callados para siempre. En el mundo gritan los mor-

tales y levantan un ruidoso torbellino; allá, al fin del tiempo y de la vida, no se hace sino dormir, buen Sancho, y sueño largo, intenso, imperturbable, sin quimeras ni pesadillas, sin anhélito ni convulsiones. Se duerme de una pieza, de siglo á siglo, en medio de tal silencio, que no se oyen ni los pasos de los que van llegando, porque todos llegan sin ruido: los monarcas sin alabarderos y maceros, sin postillones ni trompetas; los príncipes sin comitivas de parciales ni aduladores; los ricos sin boato, los sabios sin sabiduría, los valientes sin valor, los héroes sin hazañas, los jóvenes sin juventud, las bellas sin belleza. Está en los umbrales de la otra vida un comisario invisible que todo lo secuestra en provecho del olvido. Bienes de fortuna, títulos, veneras y condecoraciones; poder, orgullo, vanidades, allí son consumidos por un fuego oculto, sin que de esos combustibles queden ni cenizas. La muerte nos mide á todos por un mismo rasero, nos mete debajo de la tierra y nos olvida en esa prisión universal. Aquí suelen quedar resonando los nombres de esos que llaman héroes, conquistadores, genios: á la eternidad no llega el retintín de la fama.»

Diríase que hablaba por boca de Don Quijote alguno de los grandes retóricos de la antigüedad pagana, eternos maestros de la forma.

Mas por fecunda que sea la imaginación de un escritor, y por empapado que se halle de su asunto, la repetición de escenas y episodios con el pie forzado de la imitación (y más si es ésta de personajes tales como los que creó el genio soberano de Cervantes), tiene que conducirlo á la monotonía, á menos que no le aparte mucho del modelo, en forma que lo que comenzó siendo imitación, acabe por convertirse en obra independiente.

Se explica, pues, que el crecido número de capítulos que escribió Montalvo, haga un tanto pesada la lectura cuando se ha pasado de la mitad de la obra. El mismo autor lo preveía, sin duda, cuando dice que con que sólo diez de los sesenta resultaran de buena ley, aunque los demás fueran escoria, da-

riase por satisfecho. Escoria no es ninguno, y más de diez son verdaderamente notables; pero el total resulta excesivo, especialmente para los lectores que no podemos apreciar el saborcillo de crítica personal, lo picante de la sátira que debe contener el libro, al referirse á personas y acontecimientos contemporáneos de Montalvo.

Si se tiene en cuenta cómo escribió éste los *Capítulos*, sin un plan general concebido de antemano (según del prólogo se desprende), no extrañará que haya poca unidad en la obra, y que siendo graciosas é interesantes muchas de las aventuras, la fábula formada por el conjunto de ellas languidezca y presente menos interés que los episodios considerados aisladamente. El título colectivo: *Capítulos*, que lleva la obra, es muy propio. Es eso: una colección de capítulos yuxtapuestos, y concertados entre sí para formar una serie.

No es raro tampoco que de vez en cuando deje el autor la pluma de Cide Hamete y hable y filosofe por su cuenta, deponiendo momentáneamente el papel de imitador. Semejante *postura* intelectual es demasiado fatigosa, siendo continuada, para que una obra de las proporciones de ésta no pida algunos intervalos de descanso. Y son tal vez de los mejores estos pasajes, en que, distraído del cuidado erudito de ceñirse á su modelo, deja Montalvo desenvolverse libremente la espontaneidad de su ingenio.

*
* *

El mérito principal de este escritor es la pureza y elegancia del lenguaje. Siendo exuberante, rico, pomposo el estilo de Montalvo, la frase es concisa por la propiedad y precisión admirables con que cada palabra está usada, formándose así de elementos muy sencillos la magnificencia y esplendor del período. La riqueza de lexico, á más de contribuir á esta precisión, da variedad, soltura y colorido al lenguaje. A diferen-

cia de otros imitadores del gran estilo clásico castellano (de los cuales tenemos un ejemplo reciente en la *Historia de la Pasión de Jesucristo*, del P. Mir), en cuyas obras se percibe á cada paso el esfuerzo y el artificio de la imitación, en la de Montalvo parece todo espontáneo y natural, como si embebido en el comercio con los autores del siglo de oro, no hubiese llegado á él, más que por raro acaso, la vulgaridad del habla moderna.

Sin admitir el arbitrario paralelo que con frecuencia se establece entre el lenguaje vulgar y corriente de hoy y el castellano de nuestros primeros escritores, cual si en los siglos XVI y XVII hubiesen hablado y escrito todos los españoles, como los Luises, como Cervantes ó como Hurtado de Mendoza, hay que reconocer que va perdiéndose la antigua elegancia del lenguaje. A ello contribuyen, entre otras causas, el abandono de los estudios clásicos, de las humanidades, en que se educó y formó el gusto de nuestros grandes autores, y la influencia, cada vez mayor en el lenguaje común, del periodismo, género en que, siendo forzosa la improvisación, es imposible la lima que aconsejaba Horacio. De ahí que vayan siendo cada vez más raros y menos comprendidos los verdaderos artistas del idioma, y que por lo mismo merezcan mayor encomio obras como la de Montalvo, en que la palabra no es un *volapuck* más ó menos expresivo é inteligible, sino obra de arte, manifestación bella del pensamiento.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Viaje del czar á París.—Discurso de clausura del Parlamento inglés.—El derecho de reunión en París.—Libros recientes sobre la revolución francesa.—Reflexiones acerca del Terror.—Demostración de que las crisis históricas han pasado todas por igual fenómeno.—Guerras varias.—El método revolucionario y el método evolucionista en Francia.—Las presidencias anónimas.—Crisis del ministro de la Guerra en Alemania.—Los lores ingleses y las reformas de Irlanda.—Sir Balfour.—Boda del príncipe de Nápoles.—Cuestión armenia.—Conclusión.

I.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEON MARIBLONES

SOBREPUJA en interés á todos los demás asuntos el cercano arribo de Nicolás II á los tormentosos espacios de París, acompañado por la joven y bella emperatriz. Razones hay sobradas á justificar tal deferencia del Czar. Sin los auxilios de Francia no pudiera éste hacer todo aquello que le pide su gusto personal, así en el Oriente de Asia como en el Oriente de Europa; ni á su sabor de Inglaterra burlarse, así en Corea como en Armenia. Por tanto, cosa natural y legítima la confirmación de un pacto, para él tan útil y tan inútil para Francia, como la sanción indirecta que supone prestarle ahora la visita imperial. París estará de mejor talante ogaño que antaño, hace ya seis lustros, cuando recibió la visita de Alejandro II, á vociferaciones de «Viva Polonia» y á pistoletazos dirigidos sobre la sacra persona del huésped por un

arma polonesa. Esperan los franceses de Rusia sus reivindicaciones del territorio nacional; y así, más que á Rusia, dirigen á la patria propia el fervor de sus entusiasmos y el tributo de sus homenajes. Pero, reconocido y confesado esto, reconozcamos y confesemos también que la Providencia se burla tanto de nosotros, los republicanos, como el Czar de Inglaterra se burla, obligándonos á librar nuestras esperanzas de engrandecer la gran República y conservarla en quien recuerda por el continente nuestro la conquista desde los bordes del mar Báltico, arrancados á Suecia, hasta los bordes del mar Negro, arrancados á Turquía; la perpetración de un crimen, jamás perdonado al despotismo por la conciencia humana, como el descuartizamiento y repartición de Polonia; la servidumbre de razas enteras, uncidas al carro cesáreo por la violencia y azotadas por el Knout ó látigo de los cosacos; el régimen más opuesto que darse puede á la democracia y á la libertad y á la República.

Como la patria está sobre todo y ante todo en el corazón de los pueblos, han entregado los franceses el alma hoy al Czar, por redondear su territorio, como entregaban los sabios de la Edad Media, para quienes la ciencia estaba sobre todo y ante todo, el alma, por descubrir un secreto al diablo. Y sin embargo, el Czar no hace como el diablo, quien cargaba con los espíritus que le pedían de hinojos los enseñorease á su arbitrio; el Czar se reserva un poco, y echa mares de agua en el vino de honor presentado á sus augustos labios por los recientes amigos. Así, previas las visitas al rey de Dinamarca y al emperador de Alemania, y á la reina Victoria, y al emperador de Austria, y á todo el mundo, visitará también por último á París. La visita inevitable al rey de Dinamarca se comprende bien, pues todo nieto debe cariño á su abuelo, de quien recibiera la vida uno de los dos seres que se la transmitieron á él; y también las visitas á la reina de Inglaterra y al emperador de Austria, que representan y ejercen honorarios decanatos en la corporación compuesta por los reyes europeos. Pero, franca-

mente, no puedo comprender, como comprendo el rodeo por Viena y por Londres, la detención en Beslau, capital de Silesia, conquistada por el genio y por las armas de Federico II á los dominios de María Teresa, y transmitida por tres generaciones de reyes á Guillermo II, embargado ahora en manio- bras militares, como no sea para decir de algún modo á los franceses que será difícil volver Lorena y Alsacia, como al Austria Silesia, pues los emperadores viven de la guerra, como del robo las águilas.

Y sin embargo, estalla un tal fragor de manifestaciones fervientes, que los ministros se han visto en la necesidad de moderarlas, al natural recelo de que acabasen por vejámenes ó caricaturas del Czar. Los periódicos han estado en vena, proponiendo una procesión desde las estaciones del Norte al célebre ingreso en los Campos Elíseos ó plaza de la Concordia, en que llevaran todos los parisienses ramos de flores, dejando á las parisienses en sus casas para que llovieran desde los balcones y ventanas hojas de flores también, hasta concluir todo por un gigantesco besamanos, del cual participaran algunos millones de seres; pasando ante los czares, quienes, puestos en áureo altar, bajo solio en competencia con cualquier horizonte, y sobre trono en competencia con cualquier montaña, nos gran- jearían una magia magnificentísima, como nunca se hubiera visto otra igual, ni en la Opera, ni en el Circo, ni en los Bufos, por cuya celebración hubiera dado un ojo de la cara el recla- mero y pufista yankee, celebérrimo bajo su nombre de Bar- num, unido á la restauración del elefante blanco, preso en las selvas indias del Asia, para divertir y alegrar con sus danzas religiosas y sus habilidades titiriteras á los hastiados del mundo.

II.

Y á fe que necesitamos diversiones, pues todos los días el reloj de arena, que se llama tiempo, despide un alma en la eternidad, ocultándola por los abismos insondables y sugiriéndonos así también indecibles tristezas. El inglés Millais lucía entre los artistas de primera magnitud lucientes en el cielo europeo. Y la muerte acaba de robarlo á nuestros ojos; accidente que nos entristece, siquier nunca pueda robar á la universal admiración sus obras. Entre los ingleses ha existido este siglo una escuela, que ha hecho de la estética su religión, su culto, su moral, su vida. Para esa escuela se confunden lo hermoso y lo bueno, como lo feo y lo malo, en igual naturaleza. Y confundiéndose, prefiere á todos los pintores, á la verdad natural de Velázquez, al esplendor increíble de Rubens, á la maestría de Rembrandt, al colorido y composición de Ticiano, aquellos sobrios y melodiosos pinceles del siglo décimoquinto de Florencia, predecesores de Rafael, que no sabrían, como nosotros, pintar los cuerpos y los campos y las cosas, pero que sabían en toda su ingenuidad pintar las almas, y poner en sus cuadros el inimitable toque de la idea pictórica por excelencia, de la idea cristiana. Yo comparto con los estetas ingleses la religión, que cultiva, en el sentido de prestar culto, los últimos cuadros medioevales de la incomparable Toscana. Recuerdo ahora una circunstancia de mi vida: muy embargado yo, el día de mi visita inolvidable al sublime León XIII, y absorto en la idea de cuanto debía escuchar y decir, al paso desde las antesalas al saloncito del trono pontificio, donde Su Santidad me aguardaba, íbanseme los ojos tras las tablas del cuatrocientos, puestas por el genio artístico de los Papas sobre

aquellas sacratísimas paredes, y detenía, en lo compatible con la etiqueta y con la ceremonia, mi paso á la indeliberada é inconsciente contemplación de tales maravillas. Pero sucede con los imitadores de la pintura florentina del siglo décimoquinto lo que sucede con los latinistas modernos, que reproducen la prosa ciceroniana. Como no inventan, más bien calcan, sus pinturas y sus escritos se diferencian del modelo, como el cuadro al cromo del cuadro que reproduce ó copia. Lo pintaba todo muy bien Millais; pero en lo que subía su arte hasta emparejarlo y confundirlo con los mayores artistas era en el retrato, por lo profundamente psicólogo de su pincel, quien expresaba mejor el alma de los estadistas reunidos en las Cámaras de los Lores y de los Comunes, que el alma de los artistas ingenuos y sinceros reunidos en las platónicas florestas de Florencia.

La estética del célebre Ruskin; empeñado en mezclar lo bello á la vida, lo mismo en sus actos morales que en sus industrias y en sus trabajos creadores, y convencido por completo de que solamente dos ciudades han tenido en la Historia dos épocas artísticas, Atenas en el siglo de Pericles y Florencia en el siglo de Médicis, ha inspirado las obras del pintor muerto, cuyo duelo y luto se han extendido hasta mostrar cómo se arraiga cada día más entre los ingleses el culto religioso al arte humano, esa revelación del espíritu donde se cuajan ó cristalizan todos los duraderos ideales. Ruskin representaba la teoría y Millais la práctica del arte anterior al cenit del Renacimiento, donde nadie brilla como Rafael y Baonarotti. Así Millais y Ruskin embargarán en su sazón oportuna el espíritu inglés, elevándose sus teorías y sus obras á la región altísima donde campean los asuntos nacionales; y por tanto, nacional ha sido la pena por el paso desde este mundo al otro de aquel pintor tan eximio. Esta particularidad meritoria debe notarse con tanto mayor motivo, cuanto que no faltan embargos del interés popular hoy por la política ministerial, intrincada y dificultosa como nunca. El cierre de la legislatura en este año

ha coincidido con tales hechos y dado de sí un discurso regio, atribuído como siempre á la corona británica por los ministros, y por los ministros como siempre redactado. Afirmación de buenas relaciones con todos los gobiernos; profundo silencio sobre cosa tan grave como el problema chino-japonés; inteligencias con el sha de Persia y el emir de Cabul, relativas á las cuestiones de límites en los respectivos contactos territoriales entre sus imperios y las Indias; tristezas causadas por rebeliones en el Africa meridional, con cuyo pretexto elide los ataques de sus súbditos á pueblos de su amistad; recuerdos de cómo Egipto perdiera su dominio hace diez años en la negra Dongola y propósitos solemnemente comenzados de recuperarla; terrible afirmación del peligro con que nos amenaza Creta subvertida y alusión al plan, bajo buenos auspicios propuesto, de requerir para ella un buen gobierno que armonice la secular autoridad del sultán con la indispensable autonomía del pueblo: he ahí el discurso, abrazando las mayores dificultades existentes hoy en el planeta, antes para referirlas que para resolverlas. El inmenso laberinto de la política universal encierra tal número de recodos y trampas, que nadie será osado á censurar la reserva británica, inspirada por su tradicional y reconocida prudencia.

III.

Mas en Inglaterra, cualquiera que sean las dificultades internacionales, no puede cambiar por ahora la política nacional; mientras en Francia, cualesquiera que sean las facilidades internacionales, puede la política nacional cambiar á cada momento. Y seguramente se nota y resalta esta diferencia entre Francia é Inglaterra; porque mientras en una todo se libra

por la totalidad del país siempre á los Comicios y al Parlamento, en la otra se libra todo por una gran parte del país á la revolución y á la dictadura. De aquí seguramente Inglaterra con grandes agitaciones en la superficie y paz profundísima dentro del fondo, mientras Francia con profundísimas pasiones de cólera y guerra civil entre los partidos, muy enconados unos contra otros en las llamaradas de aquel apasionamiento universal. Donde más esto se conoce y nota es en la práctica del derecho de reunión, encrespadísimo entre los franceses, y en Inglaterra sereno de toda serenidad. ¿Qué digo en Inglaterra? Nosotros mismos, los más retardados en el ajuistamiento y práctica de los humanos derechos, sabemos practicar el de reunión, por tal modo, que hasta los conservadores y los reaccionarios alaban en esto, en la dignidad y en el orden de sus asambleas, á nuestra democracia. ¡Ojalá practicáramos lo mismo el derecho de sufragio, en parte ninguna tan falseado y corrompido! Pero los franceses que practican muy bien el derecho de sufragio, practican muy mal el derecho de reunión. Importa poco que se hallen inscritos los derechos humanos allá en las primeras hojas de una Constitución, si luego aquí, en la práctica, los destruyen aquellos mismos que los gozan, probando así como no los merecen. Las ideas todas tienen sus contrarias, y en dejar que se contradigan ellas por labios de sus mantenedores opuestos entre sí, está el toque de la verdadera libertad, igual para todos, fórmula superior de la democracia moderna. Pero en Francia no hay público que tolere hablen los contrarios á sus ideas en paz. Recuerdo cómo procedieron, durante las últimas elecciones senatoriales, con un republicano tan radical como Floquet, los electores socialistas en cierta reunión pública: después de haber agotado todos los dicterios, no teniendo más ofensa que dispararle al pobre ya, le dispararon un tiro, el cual tiro agujereó su sombrero á flor de la cabella, encanecida en defensa del progreso. Gambetta necesitó salvarse por los pies de las manos del partido, su hechura, quien intentó lincharlo en una reunión pública de Belle vi-

lle. Así el marqués de Morés, explorador asesinado estos días en Africa, trataba como salvajes á los muñidores de las reuniones parisienses, y para poder celebrar las por él concebidas, llevaba unos cien matarifes de las carnicerías, cuchillo y revólver al cinto, con la consigna y la disposición de matar ó degollar á quieu metiese algazara é impidiera con vociferaciones ó con golpes las asambleas por él convocadas; método y camino azaroso, por cuyos agrios procedimientos y senderos con suma facilidad se vuelve á la barbarie.

Pues un escándalo de ayer muestra cómo en tal materia no se corregirán los franceses jamás. Contémoslo, pues á las palabras en elocuencia exceden los hechos. Desde la Edad Media se celebra la fiesta del Corpus entre los cristianos. Creo no equivocarme diciendo de memoria que así como el Rosario lo inventó Santo Domingo y el Ave María en los dos crepúsculos San Francisco; á instancia, según mis recuerdos más ó menos fieles, de la primer monja franciscana en Asis, á instancia y ruego de Santa Clara, un Papa del siglo décimotercio instituyó la fiesta del Corpus, que ofrece aquí en España ocasión á procesiones magníficas. Los cleros franceses la han celebrado en mayo también; y como no puede haber en Francia procesiones públicas sin permiso de los alcaldes, los partidos radicales y socialistas se han vuelto contra los autorizadores de la fiesta litúrgica, que creen ellos una retrogradación espantosa. Y para protestar, so pretexto de que impiden tales procesiones la circulación y llenan las calles, háseles ocurrido el homeópata remedio de impedir la circulación ellos también, y también llenar las calles con una procesión racionalista. Y necesitando toda procesión un santo cualquiera, escogieron como término de su carrera, la estatua del impresor Esteban Doletto, émulo de los Manucios y de los Plantinos, á quien allá, por el siglo décimosexto, los católicos quemaron, por suponerle, no obstante sus negativas, propensiones herejes. Protestemos contra la persecución del pensamiento y de la conciencia, ya sean sus perseguidores los griegos que mataron á Sócrates, los judíos

que mataron á Cristo, los cristianos que mataron á Hypatía, los calvinistas que mataron á Servet, los católicos que mataron á Doletto. Pero, de todas veras reconozcamos que por cuestiones religiosas durante todo el siglo décimosexto lo mismo se mataba en las monarquías que en las repúblicas; lo mismo mataban las sectas ortodoxas que las sectas heterodoxas cuando tenían poder para ello; lo mismo trataban á los católicos sus implacables contradictores los anglicanos, que á los anglicanos sus implacables contradictores los católicos; siendo universal el horrible crimen de perseguir y violar la conciencia humana. Cada sectario, si podía, sacrificaba en aras de sus ídolos respectivos humanas víctimas. El estado mental de aquella época, si no excusa, explica tamaña barbaridad. Pero no tiene satisfactoria explicación que los defensores del pensamiento libre arranquen de la imperial de un ómnibus á exaltado joven, porque protesta, en uso de su derecho, contra las manifestaciones racionalistas, como protestan los racionalistas contra las manifestaciones religiosas, y quieran arrastrarlo, salvándolo del furor filosófico la policía y algún filósofo compasivo, con riesgo de sus vidas; y no satisfechos de tan bruto atentado, se entren airadísimos en una reunión, por su víctima convocada, y la disuelvan, entre insultos, entre golpes, entre horrosos escándalos, demostrando que perderá el gobierno republicano, y con el gobierno republicano perderán sin remedio los caros derechos naturales. Dios nos asista, porque sólo Dios puede salvar, cuando las gentes se ponen así, la libertad para todos y la santa causa del progreso universal.

IV.

Hablemos un poco de libros y de bibliografía. Tengo sobre la mesa una grande cantidad de volúmenes recientes, que tra-

tan materia tan vasta como la revolución francesa, y arrojan al par sobre sus tiempos, como sobre sus actores, clara y verdadera luz. La novísima edición del estudio hecho por La Rocheterie acerca de Antonieta, muy rico en curiosos datos, aunque muy parcial en favor de la reina, cuya política en la revolución cada día parece más condenable por el aportamiento de papeles recién descubiertos; *La Casa de Robespierre*, descrita por Sardou en una polémica muy célebre con el historiador Hamel, trabajo para el cual se ha valido el diestro dramaturgo de cuantos testimonios así orales, como escritos, pudo haber á su disposición; el volumen de Biré, combatiendo toda piedad que pudiese rehabilitar á los girondinos, hasta trocar los errores de estos infelices, en crímenes y en maldades sus desgracias; la correspondencia, sobre cuyo contexto ha publicado la *Revista de Ambos Mundos* un buen artículo, de madame Rolland, con su esposo, cuando eran ya, no tan sólo amigos, sino novios, demostrativa del yerro que cometieron, empeñándose ambos en dar á una Monarquía moribunda el temperamento de una República joven, como á la República en su cuna el carácter de una Monarquía secular; por lo que aparecen, después de haber servido desde las alturas del Gobierno, á una y otra institución fielmente, traidores á las dos; el *París Revolucionario*, por Lenotre, lleno de noticias tan minuciosas, que registra el apellido ó apodo de los ganapanes, portadores en sus hombros del equipaje de Robespierre al irse á estudiar éste desde Arras al colegio de San Luis; el entretenido viaje á la Francia revolucionaria de un alemán, ducho en el arte magno de historiar como Halem, reeditado y vuelto al francés con esmero; tantas y tan diversas publicaciones dan al relato de históricos hechos, sobre los cuales apenas un siglo trascurriera, el interés de los dramas y de las novelas más interesantes, por unirse á lo trágico de su naturaleza la indudable verdad de lo referido.

V.

Apenas duró quince años la revolución francesa, y ha dejado huellas en el espacio y en el tiempo, superiores á las dejadas por edades más duraderas de la Historia como el Renacimiento, y por manifestaciones del espíritu y de la sociedad más antiguas, como el Cristianismo y el Imperio. Así, todo libro sobre tal materia, despierta grande atención y reúne lectores numerosos. He leído yo los libros ahora circulados, y abundo en el pensar y en el sentir general respecto de juicios y opiniones sobre aquellas personas y sus hechos. Pero no puedo avenirme á que todos hagan del terror, compañero inseparable de cuantas crisis la humanidad atravesara y de cuantas transformaciones tuviera, un fenómeno exclusivo de la revolución francesa. No, mil veces, no. El terror acompañó en el espacio y en el tiempo á todas las humanas metamorfosis.

Níngún crimen de los frecuentes á cada paso por las Historias debe hallar, no ya perdón, ni siquiera excusa, en la conciencia humana. Donde quiera que un precepto moral se olvida entre grandes ó chicos, y un daño grave se hace á cualquiera de nuestros hermanos en la humanidad y en Dios, debe surgir la idea superior de justicia infligiendo la pena moral que le corresponde aplicar con el rigor y la inflexibilidad necesarias á superiores entidades, que cumplen el ministerio de advertir y regenerar con justiciero castigo, y por justiciero, implacable. No se pueden apreciar las ventajas del período revolucionario, transcendentales á todos los tiempos y á todas las generaciones, despreciando los males inferidos entonces á quienes vivían por aquella sazón, incapacitados de gozar á su gui-

sa la existencia por haberse concitado unos contra otros los ánimos de las gentes, produciendo entre todos con esta concitación de odios una catástrofe tan espantosa como las mayores plagas físicas y los mayores desórdenes del universo en las calamidades sin cuento á que se halla sometida naturaleza por su indisoluble lazo de unión estrecha con el mal y con la muerte. Así, las delaciones á lo inquisidor, el castigo al pensamiento, la violación sistemática de los espíritus y de los hogares, aquellas sombras de numerosos esbirros empañando todos los humanos derechos recién reconocidos; la jauria de verdugos con el cuchillo en los dientes, despedida, como en una caza de seres humanos, contra los escogidos por el odio y por la venganza sin piedad para la guillotina; los calabozos trocados en sepulturas de vivientes; los arroyos de las calles enrojecidos con el tributo de sangre que les prestaban las innumerables víctimas; aquellos patíbulos parecidos á las negras bocas de los abismos eternos; el aniquilamiento en flor de toda una generación, cuyos servicios habían de prosperar el planeta y esclarecer el alma; la triste ausencia del instinto de conservación hasta parecer aquella una sociedad de suicidas, dados á la muerte, como si no pertenecieran al mundo y no estimaran el calor de la vida recibido del calor universal; tales crímenes, que no puede justificar ni el atenuante de una demencia colectiva, causada por una borrachera recibida de las ideas, quizá dañosas, por prematuras y súbitas, mas respiradas por todos en el universal espíritu, dan derecho á cuantos creen la Revolución francesa el mayor mal de todos los siglos, para pedir su eterna condenación en el juicio severo y en el tribunal inapelable de la humana historia. Sí, gran crimen fuera el terror de la revolución, crimen cometido por aquellas generaciones y pagado por las subsiguientes, pues merced á él, ni las ideas han marchado con la prisa que debiera traer la celeridad natural á su esencia etérea, ni el continente viejo se ha constituido en la forma que le tenían prometida los anuncios de la religión y de la ciencia, ni los Estados-Unidos se han en este siglo fun-

dato sobre Europa y ni aún se columbran la línea del horizonte ó la hora del tiempo en que había de cumplirse y realizarse la plenitud entera del ideal democrático. Siempre que se ha querido por los apóstoles del progreso emancipar la conciencia en todo, hannos los reaccionarios de las diversas conocidas procedencias salido al encuentro mostrándonos la Inquisición resucitada por los mismos vocigeradores del humano derecho; siempre que se ha tratado de asegurar, aboliendo la pena capital, el goce tranquilo de la vida común á todos, aún á los que no la merecen, se han salido los resistentes á todas las innovaciones por el registro de la guillotina en permanencia, el cuchillo goteando sin término sangre, las cabezas de los franceses cayendo en el cesto como las cabezas de los bueyes en el matadero, la crueldad ensañándose hasta en los cadáveres y reuniéndolos amontonados dentro de una fosa común y anónima para que las familias de los inmolados no tuviesen jamás ni el consuelo siquiera de venerar sus huesos. No contestaré ninguno de tales merecidos cargos; pero sí contesto la singularidad que se atribuye por los enemigos de la revolución á los crímenes revolucionarios, cuando no hubo transición alguna de un punto á otro punto en la línea de los humanos progresos, la cual no estuviera teñida de tanta sangre y asombrada por iguales errores, desde la salida ó éxodo de los israelitas del poder de los faraones para fundar en la tierra de Judá el templo á su dios, hasta la salida ó éxodo de los puritanos del poder de los Stuardos para fundar en la tierra de América el templo á la humanidad. Y digo más: digo que no pueden los amigos de la reacción detestar los crímenes revolucionarios como los detestamos á una los amigos de la revolución, pues á ellos les sirvieron en la obra de impedir el progreso y nos desirvieron á nosotros en la obra de acelerarlo y de cumplirlo.

VI.

Sin embargo, no en defensa ó excusa á la Revolución francesa, en tributo á la verdad histórica, créome obligado á repetir, que cualquiera de las transiciones desde un punto á otro punto en la sociedad, ha costado mucha más sangre y visto muchos más crímenes que la Revolución francesa, por todos los reaccionarios señalada como la condensación de todas las maldades, no sólo verdaderas é históricas, de todas las maldades posibles en el humano desvarío, cuando es presa de la demencia y del crimen.

La Europa se ha consituído con estos elementos: el Imperio romano, la religión cristiana, el individualismo germánico, el pontificado católico, las Cruzadas, el régimen feudal, la Realeza una, el Renacimiento artístico y literario, la Reforma luterana, las guerras religiosas, la paz de Westfalia, las Revoluciones. Pues hay que preguntar á la Historia cuál de todos estos factores ha costado más sangre, y aunque no haya instrumento alguno para medir tales cruentos diluvios, como hay para medir las lluvias higrómetros, imposible dudar un punto de que la revolución francesa no ha costado la sangre vertida en aras de cualquiera entre las edades é instituciones varias que la precedieran y engendraran. No puede, no, darse una institución de tanta fuerza como el Imperio. Precede medio siglo al cristianismo, y todavía dura. Lo fundaron César y Augusto; lo restauró, tras las irrupciones bárbaras, el propio Carlo Magno; lo recogieron las gentes alemanas, que lo habían destruído por algún tiempo, y estuvo en la Europa Oriental bajo la representación de los griegos, hasta que triunfaron los turcos; todo ello por significar cierta humildad cris-

tiana y cierta supremacía europea como el Pontificado. Mas, con todas estas grandezas, ¡qué de miserias rodearon su aparición y establecimiento! El Imperio se constituye de un modo definitivo: el Imperio hereditario, en tiempos, no del primer emperador, no de Augusto, en tiempo de Tiberio, mediante cuya persona y cuya política se hizo perpetua la dictadura de César. ¡Cuánto crimen para establecer una institución que aún es la forma del Estado en Alemania, en Austria y en Rusia!

VII.

Ahora mismo la sangre corre por todas partes. En los desfiladeros de Macedonia se renueva la caza de hombres, como cuando cazaban los turcos á los griegos, tratados por los sultanes cual tratan á los jabalíes los ojeadores en la isla de Creta. El combate continuo, manteniendo todos los caracteres asoladores propios de la barbarie tal, incendia, saquea, destruye y asesina; en el desgarrado territorio de Madagascar, chocan la conquista con la resistencia; constitúyense rehenes de los mactabelos, que pueden descabezarlos, si así les place, los primeros y más conspicuos audaces ingleses de la colonia del Cabo, para concluir la tremenda insurrección promovida por aquellos negros, casi antropófagos, contra Inglaterra; en las calles de Constantinopla caen á nuestros ojos más de cinco mil almas, inmoladas por las competencias entre armenios y turcos; para erigirse monarca un pretendiente afortunado en Zanzíbar, envenena primero á su antecesor, y luego se refugia y encierra con carnícera guarnición en su Alcázar, bombardeado por espantoso bombardeo á estas horas; los nubios retan en cerrado campo á los egipcios, y los abisinios mantienen á sus prisioneros de Italia en horrorosa esclavitud; propónense los mambises acabar en la perla del mar antillano, con toda su in-

extinguible vida, y los indios de Filipinas remedan en Asia la tragedia desoladora de América, como si nada la humanidad hubiese adelantado y se hallara todavía nuestro mundo en el período de las guerras perdurables presididas por genios de odio y exterminio. Yo no puedo comprender cómo se apodera hoy de nuestra Europa una fiebre colonial tan intensa, que, teniendo los ingleses gran parte del planeta, peleen aún por la tutela sobre Zanzíbar, y habiendo cambiado esta fantástica institución y sus provechos imaginarios los alemanes por una isleta como Heligoland, en las aguas del Norte, no se hayan avenido á su propia renuncia, y anden por la región austral del continente negro, en busca de conquistas. Pero, ¿cómo extrañarme? Aún hay en Italia quien suspira por Trípoli, pide á una guerra europea la tutela sobre Túnez, patrimonio de Francia, hoy, mantiene, tras los últimos desastres y las desgracias recientes, el desquite próximo de las victorias del Negro, mientras la grande Rusia, que llega por tierra en su lento y seguro camino hasta las puertas de India y China, después de haber tomado á Persia una gran porción del territorio Norte, penetra en la Mandchuria como en su casa contra las victorias del Japón, y arrebatada el fruto de sus combates este imperio, alzándose en Corea. Por manera, que parece todo el planeta un vasto incendio en que la humanidad se consume, y sus mares una inundación del espacio por un diluvio gigantesco de lágrimas y sangre, que amenaza con anegarnos á todos, tristes ante los dolores que sufren, y los presentimientos que inspiran estas pasmosas catástrofes.

VIII.

El estremecimiento de los terremotos coloniales, y el humo de los incendios que calcinan el suelo y asombran el aire,

así por el Oriente, como por el ocaso, nos impiden ver con claridad el curso regular y ordenado de las naciones europeas en vías, sin excepción todas ellas, de transformaciones profundas. No se habla hoy en Francia de otra cosa que del método revolucionario adoptado, por una parte de los comuneros frente al método conservador de los oportunistas convencidos, y al método evolutivo de los radicales sensatos. Háblase de tales métodos, no por mera curiosidad científica y en meras abstractas controversias, háblase porque los partidos militantes van á definirse primero, y agruparse después con arreglo á las ideas fundamentales de tan conocidos procedimientos. Y como van á definirse así, los que adopten la revolución, aunque sea como supremo recurso, no podrán entenderse con los que prefieren la evolución, deseosos de cambiar las leyes, mas siempre por medio de las leyes mismas, y de los métodos para el cambio de leyes contenidos en la sagrada legalidad. A tal respecto no se habían explicado bien las cabezas de los partidos en turno. Y parecía cosa natural no se demandaran y no se dieran explicaciones sobre tal método, porque sólo á cabezas sin cabeza, tolerad el retruécano, se les podía ocurrir una triste apelación, ni como supuesto hipotético, al extremo de las revoluciones en pueblos tan dueños de sí mismos, como Francia, donde todos los ciudadanos tienen el derecho de proposición consagrado por el respeto á las iniciativas individuales y el derecho de resolución en los comicios por el sufragio universal. Así, distinguiéndose los partidos ahora más por el método que por el dogma, podían ir unidos los radicales y socialistas con sólo poner más cerca ó más lejos la frontera y término de sus aspiraciones, si todos adoptaran la común legalidad repúblicas. Mas el comunista Jaures ha ido al Concilio ecuménico de su religión en Londres, y por no justificar un rompimiento entre sus correligionarios, ha tenido que adoptar como escuela ó como remate al método evolucionista el método revolucionario, y que proclamar las excelencias, como los napoleónicos, del régimen plebiscitario,

llamado por la jerga política en boga democracia directa, cuando realmente se dirige al Cesarismo y al Imperio. Háles dado á los radicales el tufillo de tal aspiración en las narices, y uno, entre todos ellos eximio, el publicista Rank, muy amigo mío, se ha levantado contra tal movimiento regresivo en forma de progreso, hasta decir que, necesitándose para el establecimiento de esa democracia directa una revolución inmediata, oponiase á ella, porque la revolución, como destruiría primero el Senado, y luego el Presidente, caería de manos á boca, primero en un dictador, y luego en un César. Celebro muy de veras que hayan caído los radicales de su error, y enterándose por sí mismos de cuanto les anunciábamos nosotros.

IX.

Después de haber señalado esta situación de los partidos franceses, necesitamos volver á la visita del Czar, pues no hablan de otro asunto los periódicos en Francia. Cosa grave anunciar, comentar hechos próximos, cuando tan pronto se han de invalidar ó robustecer su historia y sus comentarios, por el tiempo inmediato, aunque futuro, llamando con redoblados golpes á la puerta. Según unos, el Czar siente preferencias tales por los recientísimos aliados, que su mujer llegará á Francia, en días de parir su hijo en gestación; y según otros, repugnancias tales, que la Czarina se abstendrá de acompañar á su marido por no tratarse con la esposa del Presidente. Siempre dije cuántas dificultades había de hallar Francia en estas jefaturas y presidencias anónimas de su grandioso Estado, para las relaciones internacionales con las empingorotadas masas europeas. No se puede negar que una República, llegada tras una Monarquía, puede romper sin peli-

gro con las leyes, y no puede romper sin peligro con las costumbres monárquicas. Ya que no deban tener los presidentes de las Repúblicas, autoridad y prestigio heredados, ténganlos adquiridos, supliendo la falta de ascendencia histórica con la sobra de mérito personal. Varios ilustres repúblicos, Gambetta, Ferry, Simon, Thiers, hicieron óptima figura frente al Czar, poniendo en idéntico nivel que las coronas imperiales cuajadas de pedrerías, sus coronas propias esmaltadas de méritos, y se hubiera visto cómo las democracias eligen por jefe al más digno y aprecian los merecimientos adquiridos sin haber necesidad alguna de que los designen ó señalen los tiempos pasados y las generaciones muertas. Pero estos jefes del Estado, á quien apenas conocemos, tan oscuros de nombre, que justifique su elección y tan rigidores de apostura en su dignidad no esperada, semejantes á las efigies en cera que de ellos hay en el Museo Grevin, aparecen muy diferentes en ceremonias y en fiestas como las preparadas al soberbio déspota del Norte por la icnoclasta República del centro. Con un municipio socialista, con un jefe casi anónimo del Estado, con una preponderancia en la Cámara del grupo comunero tan grande, con las supersticiones reinantes en el Gobierno y en el Estado acerca de la igualdad, fuera mejor abstenerse de tratar monarcas, para lo cual no serviríamos la gente republicana, que arriesgarse al retroceso de las relaciones con Rusia, tan valiosas hoy para Francia, no por descortesías, imposibles en la cultura popular francesa, por excesos del público fervor y desvaríos del universal entusiasmo. Si Francia se hubiese adherido á la República conservadora, personificada en un Presidente de mérito, no aclamaría hoy á tiranos abominables; calcados los Gobiernos europeos sobre los patrones ofrecidos por excelso modelo, estaríamos en vísperas de la confederación occidental, indispensable á la paz y á la libertad humanas en todas partes.

X.

Hase acabado la crisis ministerial en Alemania con inesperada felicidad, pues todos temíamos se resolviera por solución autocrática, en vez de resolverse, como se ha resuelto, por solución parlamentaria. La irritabilidad nerviosa del Emperador lo hace temer todo, pues peores que los bruscos cambios de temperatura en el aire para la pública salud, resultan los cambios bruscos de temperatura en el gobierno. Músico, poeta, pintor, navegante, soldado, retórico, el joven Guillermo II, apenas puede fijarse la persona suya por cualquier facultad en él sobresaliente, ni concebirse la copia de propósitos contrarios que batallan en su espíritu. Ya vestido como un caballero del Santo Graal, bebe los místicos licores de la cena eucarística en el cáliz guardado tras irisados ropajes y alas de ángeles, pidiendo votos ó juramentos propios de los cruzados á los magnates petrificados en los cánones y liturgias de las órdenes teutónicas, ó ya se las entiende con cualquier dramaturgo alquilón ó con cualquier pintamonas hambriento para que critiquen al gusto imperial con acerbidades juvenalescas á los nobles el uno en obras dramáticas, ó anuncie á los reyes el otro en cuadros simbólicos las amenazas del peligro mongol radicado en Asia, ó las amenazas del peligro socialista radicado en todas partes; y predica un sermón presbiteriano como cualquier calvinista fanático de otros tiempos, ó compone una ópera como cualquier imitador de Wagner en agraz. Lo mismo le importa despedir á Bismark, después de haberlo endiosado, que despedir á un escribiente ó á un doméstico. Con igual facilidad se pone á discutir con un socialista que á porfiar en una regata. Por el invierno, á media noche, con un tiempo

desapacible y con una obscuridad espesa, despierta los soldados de caballería, para lanzarlos desde sus cuarteles en una carrera infernal, semejante á las calvacadas de los nibelungues entre los pueblos del Rhin; y luego, sin tregua ni reposo, diserta sobre las teorías bimetalistas ó reúne un consejo de ministros para decirle aquello que ha pensado sobre las tarifas aduaneras, de los centenos rusos. Tiene muchas de las aptitudes varias mostradas por su gran predecesor Federico; del carácter teológico propio al célebre bisabuelo suyo, que declaró la cruzada de los reyes contra la revolución francesa; del romanticismo que le valiera el apodo de Juliano el Apóstata, muy conocido, al pobre loco Federico Guillermo IV; del sentimiento humanitario y del vago idealismo connaturales á su malogrado padre; y también tiene de todos sus antecesores y predecesores, sin excepción, la preferencia por el arte militar y el culto religioso al ejército.

Así, aunque pintor, no lleva compañía de pintores consigo; aunque músico, no lleva consigo ni coros, ni orquesta; aunque poeta, no lleva ni Parnaso, ni Parnasillo; general verdadero lleva un estado mayor considerable, al cual estas preferencias le sugieren á veces la tentación muy natural de llegar á camarilla cortesana. Y decíase á voz en cuello que tal camarilla declarara implacable guerra sin cuartel al ministro último Bronssars, porque proponía en su departamento de las armas un código militar, donde se abrogaban viejos usos feudales de antigua disciplina y se hacían innovaciones en las Ordenanzas, como permitir á los acusados el juicio público y la designación de un defensor á su agrado, cual si fuera gente civil y libre. El influjo ejercido sobre la persona y el ánimo imperiales por un ordenancista y disciplinario tan extremado como el general Hannhete, daban verosimilitud al rumor de que Guillermo se apercibía para un súbito cambio de gobierno, en que la política parlamentaria y constitucional de Hohenloe fuera reemplazada por una política de reacción al grado y gusto de los señores feudales y de los predicadores anti-

semíticos. Las sospechas se convirtieron en certidumbres cuando Bronssard, partidario de las reformas, tan celebrado por sus trabajos en el departamento de la Guerra y por sus discursos en las sesiones del Reichstag, presentó su dimisión, aceptándola el Emperador al momento. Como en Alemania el poder propende á la oligarquía militar, todos la veíamos levantarse, como una evocación apocalíptica, cuando la carta oportunísima de Guillermo al sucesor de Bronssard, felicitándole por haber aceptado la dignidad con que lo ha revestido un decreto suyo, anuncia la presentación del nuevo código militar y el cumplimiento de las reformas liberales en ordenanza y disciplina, deseadas por él de todo corazón. Más vale así.

XI.

Arriba dije que se había cerrado el Parlamento inglés con un discurso de la corona sobrio, donde se mentaban, en índice muy sumario, las prolijas cuestiones internacionales; ahora digo que la suma de los conservadores antiguos con los radicales unionistas no ha dado en Inglaterra todos los frutos prometidos por la inmensa mayoría que ayuntaron en los comicios y por el vigor con que apareciera en el estadio político la situación compleja presidida por Salisbury. Cuando hay en la Cámara de los lores un Presidente del consejo muy noble, llevando la pesadísima carga de los negocios extranjeros, y en la Cámara de los Comunes un ministro cualquiera elocuente, ya sea de Gobernación, ya de Hacienda, que lleva cualquier peso en los negocios interiores, aparece por fuerza éste, aunque no quiera, el director y el responsable de todo. Así lord Salisbury ha tenido que declinar en su ilustre sobrino Balfour la dirección y la responsabilidad (C. L. F. Entre

lores, á que perteneció el primero siempre, aventaja el honor al poder, y entre los comunes, á que pertenece ahora el segundo, aventaja el poder al honor. Todo se lo prometía y aguardaba la escuela conservadora británica del afortunado Balfour. Noble por su cuna, rico por su posición, liberal cuanto puede serlo un lord, publicista de mucho seso, filósofo y creyente al mismo tiempo; sin pasión, y por ende sin acritud; un verdadero discutidor parlamentario; con respeto rígido á la tradición y con diplomática flexibilidad para la democracia, pasaba el célebre Balfour por destinado á continuar la dinastía de los estadistas conservadores, que, arrancando de Pitt y concluyendo con Disraeli, han constituido una gloria de Inglaterra y dado envidia por sus heredadas y permanentes virtudes públicas á todos los políticos de Europa. ¿Y cómo ahora se ha cumplido todo esto? Muy mal, muy mal. El celebrado Balfour queda muy lejos del cumplimiento de tamañas promesas, en una parte burladas por sus ideas personales y en otra parte por el modo de realizarlas. Primeramente no ha mostrado capacidad alguna en la dirección de los debates parlamentarios y en el agrupamiento de los factores políticos. Su glacial indiferencia, su desdén de hidalgo confinante con menosprecio de los demás, su tardanza en asistir á los debates, su descuido en la vigilancia de los oradores y en la preparación de los votantes, dieron por triste resultado dispersiones de fuerzas y deficiencias de discursos que han costado carísimos al Gobierno. Y con esta especie de indolencia nobiliaria, muy ajena de la savia democrática tomada por los conservadores, háse juntado un dogmatismo reaccionario, como el expuesto al público en su ley sobre Colegios, la cual tiró á procurar sean escuelas anglicanas las escuelas neutrales á toda confesión, en buen hora establecidas por el partido liberal. Y es muy extraña la dogmatización teclógica de un ministro inglés, acostumbrado al criterio de la observación y de la experiencia. Pero es mucho más extraña en quien pertenece á un gobierno, el cual no se puede llamar á boca llena conservador como se lla-

maban los antiguos torys, el cual se llama unionista para significar, por medio de tal apellido, su reciente unión estrecha con los más radicales entre las personas que dirigen y gobiernan la democracia británica. Y es tan fundada la segunda observación mía, que hase notado mucho cómo el gran ministro democrático Chamberlain, sistemáticamente se abstuviera de acudir á las sesiones donde se discutía la ley de instrucción pública, por motivo de vedarle, así la conciencia como la historia suyas, aceptarlas de grado, aunque tales declaraciones y procederes quebrantasen el ministerio y mostrasen su falta de unidad. Con un poco de reserva que Rosbery tenga, juntándola con su habilidad en fáciles transacciones respecto del problema irlandés, los unionistas concluirán por desgajarse de los reaccionarios é irse de nuevo á su antiguo ejército; día feliz en que la situación presente habrá caído y los conservadores vuelto á lo que son en Inglaterra de suyo, á una respetable minoría. Y de todo esto deberá responder el poco acierto manifestado por Balfour en la dirección y gobierno del factor esencial á la política inglesa, del factor parlamentario.

XII.

Y esto es tanto más fácil, cuanto que reina en Inglaterra un espíritu de transacciones políticas, incomprensible á los repúblicos del continente. Vinieron los conservadores en hombros de los comicios levantados contra la política de Gladstone y sus amigos en el problema irlandés. Cualquiera otro país, á un triunfo así, hubiese abrazado, no ya una política de negociaciones y resistencias, una política de combates y represalias. Entienden los políticos ingleses de otro modo que nosotros la difícil ciencia del gobierno. Estudian cuanto hay de práctico

en las proposiciones contrarias á sus proposiciones, y lo aplican de modo medido y restringido, con lo cual corren las dos fuerzas mecánicas del mundo social, atendida á la estabilidad y al progreso. En el fondo de las reformas gladstonianas había un elemento muy aprovechable, aunque muy peligroso, por tocar á lo más vivo del tuétano inglés, al interés material; el elemento que servía á los metamorfosis de la propiedad, necesarios allí, donde aún queda subsistente hoy el régimen feudal. Gladstone se proponía en una gran medida la transformación de los colonos que tienen aquellas tierras por contratos de arriendo, en propietarios absolutos y directos; el gobierno actual, en menor medida y tomando mayores precauciones, ha transigido con las ideas gladstonianas y presentado, no todas ellas, una gran parte, al Parlamento, como paso hacia mayores progresos. Cual sucede siempre á la deliberación de una innovadora ley, mientras los partidarios de las innovaciones créenla deficiente, los partidarios de las resistencias créenlas excesivas. Por leyes reformadoras de valía escasa las rechazaron los irlandeses en sus discursos, aunque las facilitarían á una con sus votos, cogiendo una mínima concesión de los conservadores como del lobo un pelo; mas los lores han mostrado su importancia combatiéndolas y condenándolas como si fueran las mismas propuestas por el partido liberal. Y han llevado tan lejos sus combates, que alguna vez parecían Salisbury con sus ministros conservadores, tan aborrecibles al patriciado inglés como en persona Gladstone, de quien abominan y á quien maldicen, sin tomarle para cosa ninguna en cuenta sus méritos y sus servicios. Hora hubo durante toda esta porfía, en la cual creíase posible un grito de ataque á la vieja Bastilla de los privilegios nobiliarios, lanzado por los torys del Gobierno contra los torys del Senado. Al fin todo se arregló por el socorrido método de las transacciones, tan saludable á los pueblos en todo tiempo, cual lo es á Inglaterra hoy, quien marcha de progreso en progreso efectivo, sin revoluciones y sin sacudimientos, no contando entre sus libres ciudadanos, ni un fac-

cioso, ni un revolucionario; felicidad indecible que deben traducir á sus respectivos sistemas y procedimientos políticos todos los estadistas del mundo.

XIII.

De las cuestiones inglesas demos un salto á otras cuestiones más gratas, á cuestiones matrimoniales, en cuyo seno también palpita, y mucho, el interés público. Dos príncipes hoy se casan: el Duque de Orleans con la archiduquesa de Austria, y el príncipe de Nápoles con la infanta montenegrina. Como los Orleans sólo podrían volver al trono por errores democráticos ó republicanos, y estos errores, aunque muy copiosos, no llegan á tanto de restaurar una monarquía, dejemos al Orleans que se case con quien le plazca, diciendo de su matrimonio aquello mismo que decía un chusco, huyendo del teatro en que una comedia realista se representaba: «No me interesan las vidas ajenas.» Pero del matrimonio de un heredero positivo á corona tan espléndida como la corona de Italia en este período, hay mucho que hablar. Italianísimo, como llamaban los reaccionarios á cuantos amábamos la independencia y unidad de Italia, mis ideas republicanas me han vedado acercarme á una familia real, por cuyo glorioso jefe, Víctor Manuel, he tenido un religioso culto, y cuyas victorias he considerado siempre como victorias de la causa del progreso, abrazada por mí desde la niñez y por mí servida también hasta la muerte. Pero no es necesario acercarse mucho á la dinastía italiana para saber que su joven unigénito, de complexión moral muy sana, de inteligencia y sensibilidad muy vivas, de cuidada educación, al recibir del cielo tantos dones, el principal, una corona, para cuyo ayuntamiento no hiciera ningún trabajo ni presentara

ningún título, no ha recibido tales dones ni una buena salud un cuerpo bien formado y apuesto. Las enfermedades, que le atribuían, y la deformidad visible que revelaba, retraíanle un poco de la sociedad y le aconsejaban remitir á lo más tarde posible un matrimonio, forzoso é indispensable á quien debe continuar una gloriosa dinastía. Mas, aparte de todo esto, las difíciles relaciones de la corona real con la teoría pontificia, suscitábanle obstáculos diarios á la realización de un conveniente matrimonio. Católico, no podía enlazarse con una dinastía luterana sin exponerse á la cólera de Italia, eterno centro del Catolicismo á que llamamos con una redundancia romano, así para manifestar su origen antiguo como su indisputable universalidad. Pero, amén de católico, enlazado, en el mero hecho de aspirar al trono italiano por herencia, con la secta gibelina, hoy coronada en Humberto, las princesas católicas de todas partes le creen y le llaman el hijo de los excomulgados. Y aunque tal excomunión carezca de los efectos medioevales, y á ningún Papa se le ocurra poner el reino italiano en formal entredicho; así como á los reyes imperantes negarles comunión ó misa, ni echar el cuerpo sacratísimo de Víctor Manuel á los perros, sino retenerlo dentro de magnífico sepulcro en la Iglesia de todos los santos, donde suele maldecirlo algún sacristán de amén; las creencias están bastante crecidas en las cortes imperiales y regias pertenecientes al Catolicismo, para que una princesa católica se preste á condenarse por una corona, como se ha prestado una piadosa infanta de Parma, Borbón y muy Borbón, á entregar al diablo el alma de su hijo por una corona en Bulgaria. Todo se volvían obstáculos á la boda del príncipe heredero, cuando llega un cuarto de hora y tropieza, felizmente, sin buscarla de propósito y adrede, con su media naranja.

Esta media naranja es una infantita de Montenegro, diminuto principado, á quien lo ha engrandecido un poco el tratado de Berlín dándole Dulciño, y un mucho el difunto Alejandro III, llamando á su príncipe ó monarca el mejor amigo de los czares. Griega de religión, la futura reina de Italia tiene poco

esfuerzo que hacer para cambiar el dogma de Bizancio por el dogma de Roma, cuando, aún después del cisma, los dos dogmas han estado juntos alguna vez en común símbolo; y metido el trono italiano en gravísimas dificultades con un rey negro, sobre quien ejercen los czares una poderosa influencia, encontrará el heredero de tal trono, su titular futuro, entre las joyas del ajuar de su novia, una intervención moral poderosa en favor de los cautivos, hechos por la tirantez del Nego, que Italia desea y necesita redimir. Por todo esto, por el amor y por la política, por el bien particular y por el bien público de príncipe como el de Nápoles, ha sido ya pedida la mano de su novia; se ha notificado el casamiento por la cancillería italiana en estos días á las cancillerías europeas; el emperador de Alemania, que no podía dar una princesa de su sangre al futuro monarca por protestante, ni el emperador de Austria en el mismo caso con las suyas por católicas, se han holgado á una con el buen suceso, mientras la czarina y el czar han enviado á los novios su bendición, como si hubieran sido pontífices ó emperadores sobre el trono de Rusia.

XIV.

Mas, antes de concluir tan larga revista, volvamos hacia Constantinopla, donde se halla el nudo gordiano de la política europea; al volver sobre Constantinopla, noticiemos que ha muerto el canciller moscovita de súbito, acompañando los soberanos rusos, dentro del vagón donde iban éstos, camino desde las visitas al emperador austriaco hacia las visitas al emperador alemán. Enfermó hace tiempo de la vejiga; una dolorosa operación, como la talla, lo había reanimado, y diríase que se hallaba rejuvenecido, cuando un aneurisma traidor le pa-

raliza el corazón y lo mata con la celeridad del rayo. Tres cancilleres no más ha contado Rusia desde los tratados internacionales de Viena el año quince hasta nuestros días. Los dos primeros mucho han podido, como buenos rusos, pero mucho han hecho, constreñidos por las circunstancias contrario al imperio. El canciller difunto no ha tenido que firmar la paz vergonzosa de París, como el canciller adscrito á Nicolás I; no ha tenido que detenerse y refrenarse ante las imposiciones del Congreso de Berlín, como se detuvo y se refrenó el canciller de Alejandro II; ha ido de triunfo en triunfo, desde las orillas del Petchilí hasta las orillas del Bósforo, y desde las orillas del Bósforo hasta las orillas del Sena. Convenido tenía el arreglo de la cuestión cretense hasta con Inglaterra, después de haberse negado al bloqueo ésta, propuesto por él, cuando le asalta la muerte, implacable y traidora, en plena felicidad, ante los jóvenes monarcas, pagadísimos de oír sus sabios consejos y cosechar sus diplomáticos triunfos.

XV.

Mas la cuestión de Oriente se arregla por un lado y se des-arregla por otro. Concluye bien de un modo por Creta, y se agrava de otro modo por Constantinopla. Créese lo de Armenia medio arreglado, y las discordias entre armenios y turcos casi en suspenso, mas resuena de súbito noticia terrible, anunciándonos cómo los armenios han entrado á saco en una banca bizantina, y los turcos de Bizancio han perpetrado una matanza, dejando atrás el furor y la crueldad de los circasianos y de los curdos. La conspiración tenía un origen y un carácter armenio, no recatado por sus manipuladores. A la hora de asaltar el banco, dirigieron una circular anunciando la ex-

pugnación de tal edificio, no encaminada por ellos á protestar del proceder de Turquía, quien oprimiéndoles está en carácter y cumple su fatal ministerio, del proceder de Europa, quien después de haberlos azuzado para que se libertaran de ser oprimidos, los deja inermes en manos del opresor. Diez kilos de dinamita llevaban los conspiradores consigo, dispuestos á saltar la banca turca, y con la banca turca, si era preciso, Constantinopla entera. Fué necesario ponerles un sitio en regla, pues ocupaban todas las ventanas revólver en mano, y admitirles á una capitulación, en cuyos cánones se negaron á deponer sus instrumentos de guerra, sino después de hallarse con toda seguridad bajo un pabellón europeo y en un barco neutral. Con efecto, los llevaron las dotaciones marinas á un buque inglés surto en el Bósforo, y les dieron suelta. Pero los turcos, muy ganosos de aprovechar la coyuntura menor, ofrecida por el movimiento de los hechos, para darse al saqueo y á la matanza, congénitos con su feroz natural, so pretexto de que debiera ser colgada, y no despedida la gente armenia insurrecta, se han dado la satisfacción de que pagasen justos por pecadores, y han emprendido un degüello como los perpetrados en los tiempos prehistóricos, apenas comprensibles y, entre huestes que no se daban mutuamente cuartel, prefiriendo á cautivos, muertos, y satisfechos únicamente cuando dilataban sobre el exterminio de todos los vencidos, sin excepción alguna, su carnícera victoria. Los partes últimos hacen subir á seis mil el número de muertos. Podrán enterrarlos. Podrán ocultar sus despojos á la vista, y desvanecer del aire los ecos de sus extertores y los miasmas de su sangre; pero no podrán hacer los turcos que deje de gritar la conciencia humana contra un emperador y un imperio, cuyos esbirros y satélites renuevan en el seno de nuestra Europa las matanzas de Asia.

EMILIO CASTELAR.

Esparraguera 28 de Setiembre de 1896.

SOBRE LA POESÍA

DE LOS

ROMANCES DE LOS ESPAÑOLES

(CONCLUSIÓN.)

6.º Los de valentías, guapezas y desafueros, grupo no menos rico que el precedente, como se explica ya por la caracterización general expuesta más arriba con toda rudeza y uniformidad notable. Por su conexión con las *comedias de bandoleros*, se ve por estos romances vulgares que el drama nacional estuvo siempre en estrecho enlace con ellos y con las inclinaciones del pueblo. Es singularmente característico el rasgo de que sean tan amenudo mujeres degeneradas las heroínas de estos romances, y que aparezcan como protectores de los malhechores contra la justicia que los perseguía, miembros de la aristocracia, aún los más elevados, convirtiéndose hasta en sus compañeros (compárense sobre esto las notables observaciones de Durán, II, 383 y 389;—Huber, l. c. págs. 461-463).

7.º Los de casos y fenómenos raros y maravillosos. (1)

(1) Entre ellos el que he dado á conocer sacándolo de la *Rosa gentil* de Timoneda en mi *Rosa de romances*, pág. 74, en Durán número 1346: *De una mujer que parió trescientos hijos de un parto* respecto al cual J. Hacher (en su reseña crítica de mi libro en el *Magazin für die Literatur des Ausland* (1846, núm. 95) ha hecho notar que: «la fábula aquí tratada »pertenece á Holanda; yo la he oído allí mismo de tradición oral y J. W. Wolf la cuenta en sus *Leyendas neerlandesas*, (*Niederländischen Sagen*)

8.º Los de asuntos imaginarios. Aquí sólo un romance, el conocido de *La isla de Jauja*.

9.º Los de controversia, agudeza é ingeniosidad. Durán observa con razón que estos romances son un eco notable de aquellos poemas de controversia (*débats, batailles, etc.*) tan gustados en la edad media, salidos en parte de las *tenzones* de los provenzales, en parte de disputaciones escolásticas. Bastará para caracterizarlos citar los títulos de los aquí presentados: *La riqueza y la pobreza*; «*Contienda y argumento entre un pobre y un rico*» (esta disputa, que ha llegado á ser una cuestión universal, da también á Durán ocasión, (pág. 399) para dar su parecer acerca de las teorías de los comunistas); *El trigo y el dinero*; *Las virtudes del día*;» «*Las virtudes de la noche.*»

10.º Romances vulgares jocosos, satíricos y burlescos. Sólo uno, pero muy característico: *Los nombres, costumbres y propiedades de las señoras mujeres*. (Y á la entrada, un apóstrofe humorístico del ciego ó cantor á sus oyentes, es muy dramática).

11.º Cuentos vulgares hechos en romances. De este género, muy notable, emparentado con los *fabliaux* de los franceses y que á menudo se basó en ellos, es una lástima que no nos dé Durán más que dos ejemplos: *El molinero de Arcos* que hace juego con el *fabliau Le meunier d' Arleux* (al que se acerca más aún un arreglo español más antiguo en redondillas, la *Novela del Jardín de amadores*. (Zaragoza, 1611); y: *El fraile fingido*, pero no del conocido *fabliau: Du mari qui confessa sa femme*, como podría sospecharse por el título ni en general apenas de fuentes francesas, puesto que los rasgos fundamentales de la fábula són genuinamente españoles. (1)

»página 75 con cita de sus fuentes impresas. La pila bautismal de plata, que según el romance fué mostrada al emperador Carlos, debe hallarse, si la memoria no me es infiel, en la iglesia de Loosduinen, cerca del Haya. Acaso por esta razón se puede cambiar el *Irlanda* del romance en *Hollandia*.

(1) Aquí es una muchacha á quien sus padres obligan á que despida á su novio pobre y se case con un rico comerciante. Ella, empero, con-

Por la descripción que dí en la primera parte, la bibliográfica, de una colección de romances vulgares de la primera década de este siglo, se puede ver que no sólo se ha perpetuado hasta nuestros días este género de romances, sino también sus mismas clases, acaso aumentadas con algunos pocos, y hasta las versiones aisladas, con pocas alteraciones. Las observaciones que allí hice sobre el desarrollo formal, sus autores y su manera de exposición sirven también para estos más antiguos (1).

suela á su novio prometiéndole que en cuanto se case se desquitará de aquella violencia de sus padres, siendo «manjar de dos mesas;» promesa que mantiene con más fidelidad que la hecha en el altar. Pero el marido concibe sospechas, finge un viaje, vuelve á casa y se convence de que otro ocupa su lugar. Decide entonces como español neto, lavar su honra con la sangre de la infiel, pero quiere salvarle el alma, y para ello antes de matarla envía á su esclavo á buscar un confesor, lo cual es también un rasgo enteramente nacional. Este esclavo es conocido por una prima de su señora, que le sonsaca su comisión y le gana, enviándole á un fraile muy conocido de ella, con ruego de que le proporcione enseguida un hábito, de que tiene urgente necesidad. Disfrazada de fraile corre á salvar á la oprimida; como supuesto confesor es introducida por el marido mismo en la profanada alcoba para anunciar á la culpable la muerte y reconciliarla con el cielo. Pero ella se apresura á despertar al amante, le cubre con el hábito y toma su lugar en el lecho. El así salvado vuelve como fraile al marido, le dice que su sospecha era infundada y que se ha dejado engañar y atormentar por apariencias, acusando á su mujer de adulterio, cuando ésta para proteger su fidelidad había decidido á su prima á que fuera su compañera de lecho, de lo cual había él podido convencerse. En una palabra, le dirige una larga reprimenda por su suspicacia y su indiscreción y le deja tan confiado acerca de lo futuro, que puede proseguir con toda tranquilidad sus tratos con su mujer.

(1) Las colecciones de romances *catalanes* y *portugueses* dadas á conocer en tiempos más recientes, prueban que se conservaron y perpetuaron junto á estos romances vulgares también los antiguos y genuinos en boca del pueblo (esto es, del pueblo que, diferente del *vulgus*, conservó, como los montañeses, etc., su pureza é ingenuidad primitivas), y en su mayor parte en *dialectos populares*, y prueban cómo sucedió, etc. Quedará más de manifiesto por el rico suplemento de romances *catalanes* que se espera del señor Aguiló.

Así es como los poetas artísticos, por una parte, haciendo cosa de moda el escribir romances y ensanchando y ahondando la forma, pusieron en descrédito este género de poesía en la artística, mientras por su parte el canto popular descendía cada vez más á canto de feria. Y sin embargo eran aquéllos por su parte, los que adornaban á la legítima é indestructible poesía romancesca con todo el encanto de la novedad para el arte, para la nación y para el pueblo bajo, y la introducían en la vida nacional en cuanto la transformaban dramáticamente, siguiendo las exigencias del tiempo, y la hacían fundamento de la escena nacional, mientras por otra parte el canto popular, como acabamos de ver en los romances vulgares, se apropiaba de nuevo sus transformaciones dramáticas.

Ya los viejos y genuinos romances populares contenían elementos dramáticos no sólo en la materia, sino también en su manera de tratarla. Los romances expuestos por juglares— aunque sólo fuera por uno—eran probablemente dramáticos, esto es, recitados con cambios de voz y con gestos y juego de fisonomía; por lo menos así presentan hoy en día sus degenerados descendientes, los cantores de feria, los romances en plazas y ventas, como lo mostré en la primera parte. En todo caso puede demostrarse que en el desenvolvimiento del arte dramático en España, los romances estaban en estrecho enlace con él, pues ya en tiempo de Lope de Rueda se empezaba toda representación teatral con un viejo romance, que en un principio era cantado detrás de la cortina; después, y desde Navarra, en la escena. (V. Cervantes, prólogo á sus *Ocho comedias y entremeses*. Agustín de Rojas, *Viaje entretenido*, Madrid, 1795. 8, tomo I, pág. 89. V. Schack, tomo I, págs. 202 y siguientes de la traducción española Depping, I, pág. 21). Más tarde fueron compuestas de ordinario en forma de romance las «loas» ó prólogos á las piezas. Se cantaban también romances, sobre todo *jácaras*, en los bailes teatrales de los entreactos. (V. Ticknor, II, pág. 93.) Es natural por lo tanto que el drama español, cuando en su desarrollo popular alcanzó el más

alto florecimiento, necesitara tanto del rico fondo de los asuntos fabuloso-históricos y aventurero-caballerescos que ofrecían los romances populares y los juglarescos, como de la forma más nacional y más flexible de todas, la forma de romance, que había sido ya empleada á menudo antes de Lope de Vega y más aún por él y su escuela, y que llegó á ser casi la dominante en las *comedias* desde Calderón (Schack, Angel de Saavedra, *Romances históricos*, págs. 8, 17).

Así es que muchas piezas de Lope de Vega, Damián Salustio de Poyo, Guillén de Castro, Mira de Mescua, Mates Frago, Luis Vélez de Guevara, etc., son asuntos dramáticos de romances, y hasta contienen á las veces fragmentos de viejos romances (v. Saavedra, l. c., pág. 2; Depping, l. c., pág. 21-22, y en su colección muchos ejemplos de ello, como I, páginas 328, 348, 359, 410; II, págs. 31, 146, 232, 283, 407). Por esto dice con razón Schack en su tan á menudo citada y tan notable *Historia de la literatura y del arte dramático en España* (traducida directamente del alemán al castellano por Eduardo de Mier, tomo IV, pág. 266): «Merece también consignarse que el romance, en la forma más artística y perfecta de los dramas de Calderón, como raíz ó fuente de toda la poesía española, ocupa mayor espacio y con mayor derecho de lo que había acontecido antes en sus principios. Se creería que el drama español, ya en su apogeo, rinde su tributo de agradecimiento á la poesía popular, y que demuestra con toda evidencia el íntimo enlace que hay entre ambos.» También Durán ha puesto de relieve este enlace tan aguda como hermosamente al final de sus observaciones generales á los romances históricos (pág. 26).

«Los romances viejos populares y sus imitaciones popularizadas, debieran ser los elementos de nuestra epopeya nacional, si nos fuere posible alcanzarla, porque allí se contenía, como dijimos en otra parte, toda la ciencia, la fe, los hábitos y costumbres del país, formadas en el transcurso de muchos siglos, y arraigadas en los corazones; porque allí se

»veía el pueblo pintado á sí mismo, y retratados en los hechos sus sentimientos y sus glorias; porque allí se le presentaba su civilización, y porque era el medio único que tuvo de conservar en la memoria, con lenguaje y formas al alcance de su inteligencia, aquellos hechos y virtudes que amaba recordar, y aquellos vicios que deseaba contener ó castigar. Estos elementos de un gran poema, cuyos semejantes formaron los de otros países y naciones, comenzaron á germinar desde los primeros tiempos de la semi-monarquía asturiana, y se completaron en el último tercio del siglo XVI, en cuya época, en vez de una epopeya, produjeron el teatro nacional, que Lope de Vega adivinó y realizó por el pueblo y para el pueblo. El instinto y el ingenio de este gran poeta abrieron el camino que tenían obstruído los eruditos y los trovadores que imitaban una literatura de origen extraño; y la inspiración popular se apoderó del arte, de la riqueza de la lengua, del colorido poético y de todos los adelantamientos y modificaciones que habíamos adquirido y experimentado en nuestra sociedad. Desde entonces los romances reconquistaron su tipo característico, y se convirtieron en drama, como las rapsodias de los griegos se hicieron epopeyas; desde entonces los juglares y cantores se cambiaron en comediantes, y corrieron las ciudades, villas, lugares, y aldeas, representando farsas y dramas, cual habían recitado y cantado los romances.»

Por esto, como ya lo mostré en la primera parte y al tratar de los romances vulgares, muchos pasajes de las *Comedias* volvieron de nuevo al pueblo como romances, y hasta sus cantores presentaron no pocas veces dramáticamente sus propios romances. (1) Así se ve con toda evidencia el enlace

(1) Merece consignarse como ejemplo de esto en tiempos modernos el romance vulgar mencionado más arriba, y publicado por Boehmer: *Pelear la pava*, en forma dramática, en que el diálogo, como en los antiguos misterios, está enlazado por el relato, que con él entrevera el cantor que recitaba y hasta representaba de seguro, el romance.

íntimo y la reciprocidad de acción, debida á condiciones orgánicas, entre la *comedia* y el *romance*, pues no son más que dos formas diferentes de la misma conciencia nacional, salidas mismo principio popular, teniendo las dos, por lo tanto, un germen tan indestructible, una energía tan vital, que pueden ser suplantados ó modificados temporalmente por influencia extraña, pero han resucitado siempre de nuevo mientras no han perdido del todo los españoles su conciencia nacional. En tiempos recientes los romances, y precisamente los populares épicos, han vuelto á estar en honor entre los poetas artísticos españoles, siendo imitados y cultivados por ellos, como se ha hecho notar ya. (1) Pues, para acabar con Lope de Vega:

Estos romances.
Nacen al sembrar los trigos.

FERNANDO WOLFF.

(1) Recientemente se han unido los más distinguidos poetas de España para erigir un monumento nacional en un *Romancero*, celebrando en esta forma la más nacional, vuelta á sus honores, á todas las personalidades antiguas ó modernas que hayan alcanzado fama nacional de cualquiera clase que haya sido. Muestras de ello han sido ya leídas con creciente aplauso en los más elegantes salones de Madrid (v. *Revue des races latines ó Revue esp. et portug.* vol. 8. 5. Mayo 1858, pág. 269; y *Bibliógrafo esp. y estrang.* Madrid, 1858, núm. 12, pág. 96.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

Historia de Chile por Anson Uriel Hancock, traducida del inglés por José Casado, (vol., 446 págs.—Madrid 1896.—**Bibliotece de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.**—LA ESPAÑA MODERNA.—Precio de este volumen 8 pesetas.

He aquí un libro verdaderamente útil. Es en verdad útil la publicación de esta *Historia de Chile*, como lo sería la publicación de una *Historia*, sumaria y compendidaa, análoga en sus proporciones á esta de Anson Uriel Hancock, de cada una de las diferentes repúblicas hispano americanas. ¡Qué beneficio más grande no se haría con ello á la cultura patria! ¡Cuántos errores y cuántas preocupaciones, cuántas antipatías que tienen por base una ignorancia sin límites, un desconocimiento absoluto de esas historias, no caerían por tierra, si entre nosotros se vulgarizase con libros del corte formal del que hablamos, el conocimiento del pasado de aquellos pueblos, conquista primera de los españoles en tiempos casi heróicos, colonias luego de España y que más tarde perdimos por culpas propias principalmente, que da pena recordar siquiera!

El libro de Uriel Hancock, traducido muy correctamente del inglés por José Casado, se lee con facilidad, es un libro hecho con cierto arte, que entretiene, no se hace pesado, y que además procura ser imparcial, ciñéndose casi siempre á la pura y escueta relación de los acontecimientos. Abarca, naturalmente en resumen y compendio, toda la historia de Chile, desde la época de las conquistas españolas en el continente americano, hasta nuestros mismos dias. Hállase dividido en seis partes:

Las cinco primeras están dedicadas á reseñar é historiar el origen, formación, guerras y desenvolvimiento de Chile, principalmente en su aspecto político, y la sexta comprende un estudio muy detenido de la situación actual de aquella república.

Cada una de las cinco partes, propiamente históricas, abarca uno de los períodos ó fases característicos que el autor distingue en el pasado de la República chilena. La primera parte comprende el *período colonial*. En ella describe Uriel Hancock la conquista española, detallando con bastante minuciosidad las vicisitudes de aquella heroica época. El lenguaje empleado es siempre sobrio, su juicio se esfuerza por ser sereno, imparcial, áun en la descripción de las gigantes luchas de los valientes españoles, con los indomables araucanas; y eso que éstos despiertan en él una grandísima y profunda admiración. El período colonial llega hasta los comienzos del siglo actual, en donde principia el segundo período: *revolucionario*, que constituye el contenido de la parte segunda del libro. Empieza ésta con la sublevación de las colonias españolas, indicando sus causas. Naturalmente, allí nos trata con una gran severidad. La lectura de esta parte, puede recomendarse á las gentes que piden, para salvar las colonias, la restauración de los virreinos. ¡Como si las colonias españolas se hubieran perdido nunca por vivir bajo un régimen de libertad y autonomía! La parte tercera, comprende el *período constituyente*, es decir, la formación de Chile como nación independiente, como República. La parte cuarta, abarca el período azaroso de la guerra de Chile con Perú y Bolivia, abarcando por fin la parte quinta el período contemporáneo de los últimos y recientes acontecimientos, esto es, la administración del célebre presidente Balmaceda y la guerra civil de 1891.

Queda dicho que la última parte del libro de Uriel se refiere á la situación de Chile en el día. Es esta parte muy interesante. Comprende un estudio descriptivo de todo cuanto puede importar conocer, para tener una idea de las condiciones

sociológicas de la República hispano-americana. He aquí, como prueba, las materias á que se refiere: el pueblo de Chile, carácter, composición, etc. Extensión geográfica del país y recursos. Historia natural (fauna y flora de Chile).—Ferrocarri-les, ejército, armada, instrucción pública.—ciudades y go- bierno.—Provincias, capitales y población (datos estadísticos). —Bancos y moneda.—terminando el libro con una larga in- dicación bibliográfica de obras y artículos sobre Chile.

A. P.

Estado actual de los estudios económicos en España, por Ramón Olas- coaga, profesor de la Universidad nacional del Paraguay. Un volu- men, 150 págs. Madrid. Suárez, 1896.—Precio, 2 pesetas.

Al dar cuenta á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA de la traducción del *Tratado de economía política* de Carlos Gide, he- cha por el Sr. Olascoaga, (1) ya les anunciaba la preparación primero, y luego hasta la publicación de este libro sobre los es- tudios económicos en España del traductor de Gide. El propó- sito del Sr. Olascoaga, ya dije al hablar del libro del economis- ta francés, que se reducía en un principio á reunir en un prólo- go que había de ir al frente de éste, algunas noticias sobre el re- ferido tema; pero que ampliadas éstas y concertado un plan re- lativamente complejo, las proporciones del estudio resultaron excesivas para un prólogo y suficientes para hacer un libro in- dependiente. El Sr. Olascoaga hizo el libro que hoy publica, y del cual es preciso decir algunas palabras en esta sección de LA ESPAÑA MODERNA.

Lo primero que se ocurre al leer el título del libro, pensan- do en la situación general de los estudios científicos de todo género entre nosotros, es, si real y positivamente hay en Es-

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA de Setiembre último.

paña materia para él. ¿Puede hablarse, en verdad, de *estudios económicos españoles*? Por lo menos, oficialmente. sí. Hay en España constantemente unas diez personas, que por ministerio de la ley deben cultivar en las diez Universidades que tenemos, la llamada Economía política. Una información acerca del estado actual de los trabajos sobre economía política del profesorado universitario, y aún del profesorado de las enseñanzas mercantiles, cabía y cabe siempre. Mas, aún cuando el señor Olascoaga, para preparar su libro, empezó por dirigirse á la mayor parte de los profesores de Economía política de las Universidades del país, el libro suyo tiene un alcance mayor que el de mero informe crítico acerca del estado actual de la enseñanza universitaria de dicha ciencia. Y ha obrado muy prudentemente al dar á su libro tal alcance. La economía política *oficial* ó mejor *universitaria*, tiene sin duda, algunos representantes que son verdaderos economistas, trabajadores infatigables, originalísimos, y que desde un país más adelantado que el nuestro hubieran formado *escuela* é influído en la marcha general de la ciencia economista. Pero el autor se hubiera visto en gran aprieto, si reduciendo su plan á los *economistas de las cátedras*, se hubiera propuesto exponer las *ideas* de todos los profesores de Economía política.

Por fortuna para el Sr. Olascoaga y para todos, fuera de la vida oficial de la enseñanza universitaria, ó mejor, independientemente de la misma, la Economía política ha tenido en España desde tiempos relativamente lejanos, desde que se ha empezado á trabajar en Europa sobre los problemas económicos, representantes distinguidísimos que han provocado afición muy entusiasta y relativamente constante, hacia este género de estudios, por lo que, aunque sea sin circunscribir la acción de su trabajo á las consultas y respuestas de los profesores universitarios de Economía política y Estadística, pudo muy bien el Sr. Olascoaga, sin dejarse llevar tan solo por un impulso patriótico, proponerse el tema que se ha propuesto y escribir acerca de él su interesante libro.

Y en este punto, precisamente, discrepo yo un tanto del Sr. Olascoaga. Nuestro amigo reconoce que sin duda hay abundancia de materiales, para demostrar que aquí se ha cultivado la ciencia económica, pero á la vez declara no poder menos de «reconocer que el cultivo de los estudios económicos en España no corresponde, ni con mucho, á la importancia que en todas partes tiene y que sin cesar aumenta». ¿Y en qué se fija el señor Olascoaga para emitir este juicio? En que desde luego se observa «que las obras españolas no entran en la corriente internacional, y no influyen, por lo tanto, en el movimiento científico general que cada día tiende más á universalizarse. Podrán, añade, escribirse en España trabajos muy apreciables de Economía, pero son trabajos que no traspasan la frontera ni forman parte del cuerpo de doctrinas estudiadas y propagadas por todo el mundo científico.....»

Indudablemente, el movimiento de los estudios económicos en España, no puede compararse con el de Alemania, Inglaterra, Francia é Italia; pero adviértase bien, tampoco podemos comparar ningún otro movimiento científico nuestro. Ese estado de..... pobreza no es característico de los estudios económicos. Antes, creo, que de los estudios de que menos puede formularse un juicio tan triste, es de los económicos, que conceptúo, con otras escasas manifestaciones en otros órdenes científicos—el pedagógico y el penal—como los menos atrasados—no digo *más florecientes*—de España. Por otra parte, *todo es relativo*, como decía D. Hermógenes. Nuestros economistas, dice el Sr. Olascoaga, no pasan nunca la frontera: á lo cual se debe oponer algún hecho, que el Sr. Olascoaga creo no desconozca, y es, que por ejemplo, los nombres de los Sres. Pí y Margall y Azcárate se citan alguna vez en libros extranjeros, y los Sres. Piernas y Buylla colaboran en revistas económicas francesas é italianas, que acogen y á veces solicitan con gran interés y empeño sus trabajos.

Lo que sí es cierto, por nuestra desgracia, es que las doctrinas de nuestros economistas no forman parte del cuerpo de

doctrinas estudiadas y propagadas por todo el mundo científico. Pero, aparte de que puede haber en ello cierta injusticia, pues bien merece un puesto en la historia universal de la Economía, nuestra brillante escuela economista, con sus campañas en pró del individualismo y del libre-cambio, ese defecto no es propio de los estudios económicos, sino de nuestro general atraso y del escaso valer de esta pobre patria española.

Y dejo ya estas consideraciones preliminares, que se han alargado más de lo que me había propuesto. Voy, para terminar, á dar en brevísimas líneas, idea del plan y contenido del libro. El Sr. Olascoaga, hace en primer lugar, una amplia indicación acerca del estado actual de los estudios económicos entre nosotros, señalando todas las manifestaciones en que éstos se revelan (Conferencias, Revistas y libros), y las tendencias que en ellos predominan; luego expone por el orden siguiente la representación que en España tienen, así como su influjo, la *escuela clásica*, la llamada *escuela católica*, la *escuela socialista* y la *escuela nueva* (armónica). Después dedica un largo capítulo á exponer las ideas y contiendas de libre-cambistas y proteccionistas, para terminar con un estudio muy interesante, acerca de la *Enseñanza de la Economía política en España*.

A. POSADA.

OBRAS NUEVAS

- Almenas (C. de las).**—La municipalidad de Madrid. En 8.º, 119 páginas: 1 peseta.
- Antich é Izaguirre (F.)**—La república literaria. En 4.º, 191 páginas: 1,50 pesetas.
- Arte de hacer toda clase de vinos, licores, sidras, cervezas y aguardientes.** En 12.º, 144 páginas: 1 peseta.
- Arteaga (A.)**—Memorandum de cirugía de urgencia. En 8.º, 74-6 páginas. En tela.
- Bertrán Rubio (E.)**—Los modernos derroteros de la higiene. Un problema de higiene resuelto; la habitación del obrero; epístolas á Plácido. En 4.º, 184 páginas: 2 pesetas.
- Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo XXIX. Cuadernos 1 á 3. Julio á Septiembre de 1896.** En 4.º (Páginas 1 á 272.) Cada cuaderno: 1,25 pesetas.
- Calleja (C.)**—El pro y el contra de llamado suero antidiftérico. En 4.º, 94 páginas: 2 pesetas.
- Casas (J. B.)**—Estudios acerca del régimen y administración de España en Ultramar. En 4.º, XVIII-491 páginas: 5 pesetas.
- Castellanos (A.)**—Apuntes sobre la verdadera patria de Miguel de Cervantes Saavedra. En 8.º, VII-48 páginas: 1 peseta.
- Claveles dobles; cuentos de doble intención.** En 8.º, 208 páginas: 2 pesetas.
- Cortés (J.)**—Tratado teórico-práctico de tauromaquia. En 4.º, VIII-227 páginas: 2 pesetas.
- Díaz Cassou (P.)**—Serie de los obispos de Cartagena. *Addenda et corrigenda.* En 4.º, 40 páginas. No se ha puesto á la venta.
- Díez Vicario (V. de).**—Italia; apuntes é impresiones de viaje. En 4.º, 3 hojas v-337 páginas: 3 pesetas.
- Escrig y Martínez (J.)**—Diccionario valenciano castellano. *Cuadernos 30 y 31. Páginas 1161 á 1235.* En 4.º, á tres columnas. Cada cuaderno: 1 peseta.

- Fernández Guerra (A.). HINOJOSA (E. DE) Y RADA Y DELGADO (J. DE D. DE LA).—Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruína de la monarquía visigoda. *Tomo I. Tomo XIII*. En 4.º, 483 páginas: 20 pesetas.
- Florián.—Los moros de Granada. En 8.º, xxxii-149 páginas: 2,50 pesetas.
- Fors (L. R.).—Baladas americanas. En 8.º, 136 páginas.
- Franco Rodríguez (J.).—Cuestiones antropológicas. En 8.º, 183 páginas: 1 peseta.
- García Plaza (J.).—Los conquistadores, zarzuela en un acto y en verso. En 8.º, 35 páginas: 1 peseta.
- Gil Álvaro (A.).—Glorias de la caballería española, ó reseña histórica de sus cuerpos. En 4.º, 327 páginas: 10 pesetas.
- Gil (R.).—Córdoba contemporánea. Apuntes para la historia de la literatura en esta provincia. 2 *Tomos*. En 4.º, xviii-293-229 páginas: 10 pesetas.
- Gil y Robles (E.).—El catolicismo liberal y la libertad de enseñanza: En 8.º, xi-201 páginas: 2 pesetas.
- Jackson Veyán (J.).—¡Prosa vil! En 12.º, 222 páginas: 0,50 pesetas. Biblioteca selecta. *Tomo 78*.
- Larra (L. M. de).—¡Si yo fuera rico! novela. En 4.º, 317 páginas: 7,50 pesetas.
- Lázaro é Ibiza (B.).—Botánica descriptiva. Compendio de la flora española. *Tomo I*. En 4.º mayor, 736 páginas: 13 pesetas.
- Lizaso y Azcárate (D. de) y MAYANDIA Y GÓMEZ (A.).—Manual para el empleo del material de puentes, modelo danés. En 8.º, vi-381 páginas: 4 pesetas.
- Lobo (R.) y GARCÍA-PLAZA (J.).—La receta de mamá, comedia en un acto y en verso. En 8.º, 37 páginas: 1 peseta.
- Lorenzo González (A.).—La música religiosa y dramática en Zaragoza desde el siglo xvi hasta nuestros días. En 4.º, viii-148 páginas: 2,50 pesetas.
- Mitre (B.).—Horacianas. *Adlitteram versæ*. Con notas y comentarios del traductor. *Segunda parte complementaria*. En 8.º, x-357 páginas: 7 pesetas.
- Montes de Oca (I.).—Dictamen sobre el número de orden del próximo Concilio provincial de Méjico. En 4.º, 34 páginas. No se vende.
- P.—El general Calleja, biografía. En 4.º, 383 páginas y retrato del general: 5 pesetas.
- Pardinilla (M.).—De la literatura bíblica, ó sea lecciones sobre la excelencia de las divinas letras. En 4.º, 305 páginas: 5 pesetas.
- Pérez y Vilallave (J. M.).—Nuevo método racional de lectura, gimnasia intelectual ó lecciones de cosas. *Segunda parte, primer libro de lectura*. En 8.º, 163-v páginas: 0,75 pesetas.
- Posada.—AZCÁRATE.—ROMERO GIRÓN.—Estudios políticos y sociales. En 4.º, 502 páginas: 6 ptas.
- Quadrado (J. M.).—Ensayos religiosos, políticos y literarios. *Tomo IV. La unidad católica*. En 4.º, 513 páginas: 5 pesetas.
- Reparaz (G.).—La guerra de Cuba, estudio militar. En 4.º, 217 páginas: 3 pesetas.

- Requena (V.)—El derecho civil al alcance de los niños. En 12.º, 144 páginas: 1 peseta.
- Rizo y Penalva (I.)—Pascual, novela. En 8.º, 454 páginas: 3 pesetas.
- Romera (E.)—La administración local. Reconocidas causas de su lamentable estado. En 4.º, xv-379 páginas: 5 pesetas.
- Rouanet (L.)—Chansons populaires de l'Espagne, traduites en regard du texte original. En 8.º, xvi-271 páginas: 4,50 pesetas.
- Sánchez Ocaña (R. y M.)—Suplemento segundo al Manual del abogado y del ingeniero de minas ó compilación de la jurisprudencia, leyes, reglamentos, etc., relativos á esta materia. En 4.º, 109 páginas: 2 pesetas.
- Santa María y Jiménez (J.)—Manual del cuerpo jurídico militar. En 4.º, 183 páginas: 3 pesetas.
- Scævola (Q. M.)—Legislación española. Código civil comentado y concordado extensamente, con arreglo á la nueva edición oficial. *Tomo XI*. (Diferentes modos de adquirir la propiedad. Ocupación. Donación.) En 4.º, 816 páginas: 8 pesetas.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Los señores de Hermida</i> , novela, continuación, por Juan Ochoa (conclusión).....	5
<i>El matrimonio en la clase media</i> , por Ernesto López.....	26
<i>Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja</i> , por un Soldado viejo (conclusión).....	51
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	92
<i>La prensa internacional.—Ensueños</i> , por Biarnstjerne Bjornson.— <i>El Marqués de Viane</i> , por Cátulo Méndez.— <i>A la rima</i> , por Carducci.....	105
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	143
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar, de la Academia Española.....	157
<i>Sobre la poesía de los romances de los españoles.—III. Del carácter principal y la base material de los romances</i> , (conclusión), por Fernando Wolff, con notas de M. Menéndez y Pelayo.....	187
<i>Notas bibliográficas</i> , por A. Posada.....	195
<i>Obras nuevas</i>	200

TRATADO DE DERECHO INTERNACIONAL

POR

F. DEMARTENS

Profesor de la Universidad de San Petersburgo, Miembro del Instituto de Derecho internacional, prólogo y notas de Joaquín Fernández Prida. Profesor de Derecho internacional en la Universidad de Valladolid.

Esta obra consta de tres tomos y se vende en las principales librerías al precio de **veintidos pesetas**.

Teoría sobre los Cambios Extranjeros

POR

G. J. GOSCHEN

INTRODUCCION Y TRADUCCION

por el

MARQUES DE VILLAVICIOSA DE ASTURIAS

Precio, **7 pesetas**.

TRATADOS DE LAS PRUEBAS

POR

Francisco RICCI

TRADUCCIÓN AUMENTADA CON NOTAS Y APÉNDICES RELATIVOS
Á LA LEGISLACIÓN ESPAÑOLA, Y CON UN

ESTUDIO PRELIMINAR

POR

ADOLFO BUYLLA

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO, EX DECANO
DEL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS

Y

ADOLFO POSADA

Profesor de la misma Universidad.

Esta obra comprende las partes siguientes: De la prueba en general.—De la prueba por escrito.—De la escritura pública.—De la escritura privada.—De la prueba testimonial.—De la confesión.—Del juramento decisorio.—Del juramento de oficio.—De la cosa juzgada.

Dos volúmenes grandes, **veinte pesetas**.